Universidad Autónoma de Sinaloa

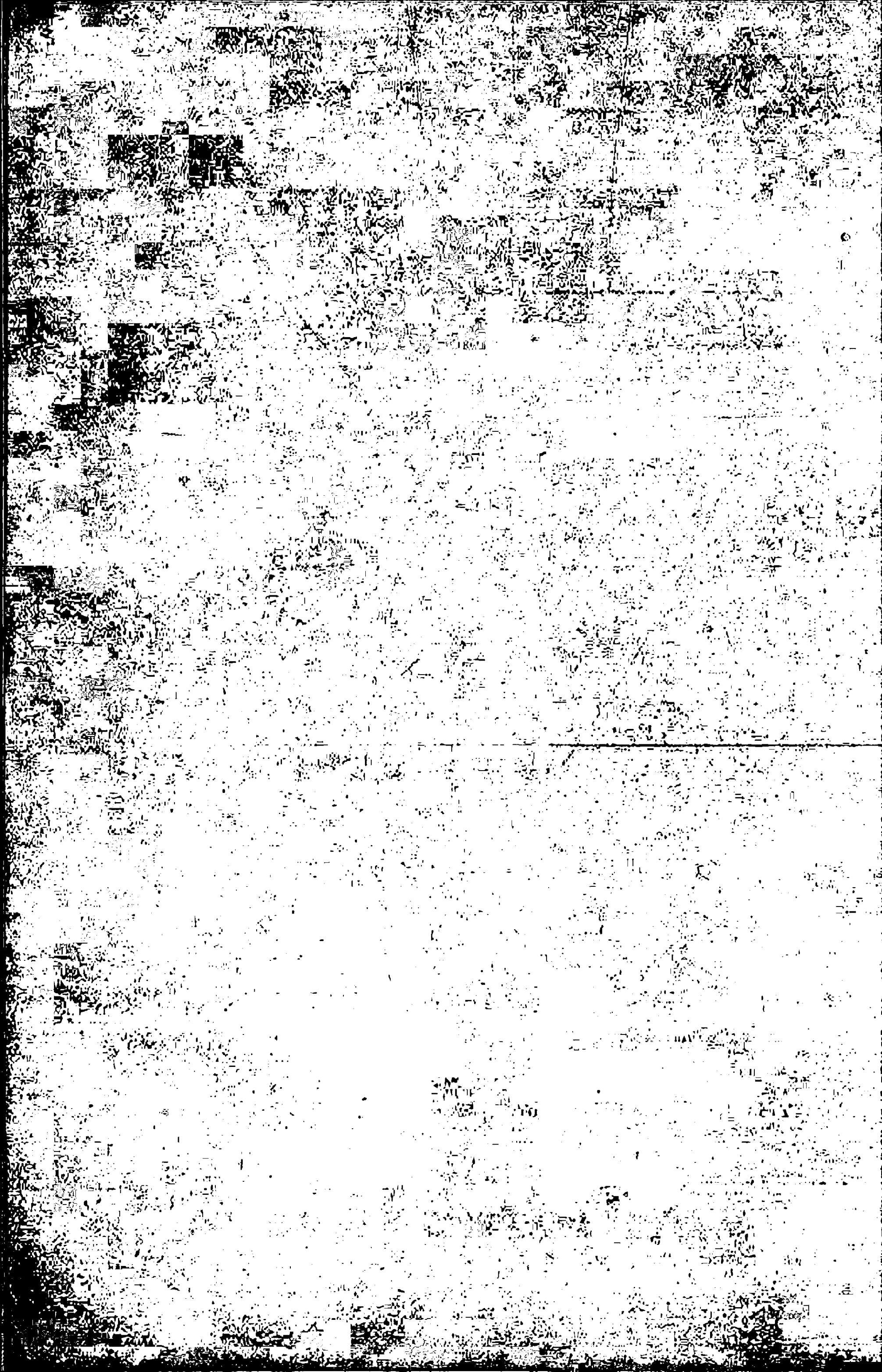
BORIS SOUVARINE



una controversia con TROTSKI

3

renovación



una controversia con TROTSKI

BORIS SOUVARINE

una controversia con TROTSKI

Universidad Autónoma de Sinaloa
México, 1983

Boris Souvarine
UNA CONTROVERSIA CON TROTSKI

Colección Renovación
Traducción: Felipe Cheron

Primera edición de la UAS, 1983

ISBN 968-59-0013-2 (Colección completa)
ISBN 968-59-0016-7

Diseño de portada: Felix Goded
Edición con fines académicos, no lucrativos.

Hecho en México
Printed in Mexico

BORIS SOUVARINE
Una Controversia con Trotski (1929)

La Internacional Comunista salió armada de la cabeza de Lenin así como, según los himnos homéricos, de la cabeza de Zeus salió la diosa guerrera quien, al nacer, "da un grito que sacude el cielo y la tierra". Al haber proclamado la quiebra de la II Internacional desde agosto de 1914, Lenin ya había evocado una futura III Internacional en un artículo del *Socialdemócrata* aparecido el primero de noviembre de 1914. Después no dejó de preconizar la escisión de los partidos socialistas para organizar, como lo escribió, "las fuerzas del proletariado con miras al asalto revolucionario contra los gobiernos capitalistas, a la guerra civil contra la burguesía de todos los países para conquistar el poder político, para la victoria del socialismo". Durante mucho tiempo fue el único o casi, en tener presente semejante perspectiva y, para que el proyecto largamente meditado se volviera realidad en marzo de 1919, fueron necesarias la revolución de octubre de 1917 y la victoria de los Aliados "imperialistas" en 1918 que permitió al régimen soviético mantenerse después de la "vergonzosa paz" (*Dixit* Lenin) de Brest-Litovsk. Empero, la obra artificial de Lenin mostró ser precaria y no le iba a sobrevivir; el fallecimiento del fundador en 1924 provocó poco después la crisis mortal que convirtió la Internacional Comunista, con el mismo membrete, en un apéndice del Estado soviético, al servicio de la política y los intereses de una potencia nueva y, a su manera, conquistadora.

El acto inicial que dio el golpe mortal a esta Internacional improvisada por el "soñador del Kremlin", como lo caracterizaba H.G. Wells, fue la operación concertada entre los herederos de Lenin para desacreditar a Trotski, desterrarlo y expulsarlo de su país, operación que abarcó progresivamente bajo diversas formas a todos los comunistas sospechosos de espíritu crítico y de fidelidad a los propósitos originales de su organización comunista. Los nuevos amos de la situación crearon de pies a cabeza el mito del "trotskismo" e hicieron de él un cargo de acusación mayor que permitiera la exclusión de

todos los no conformistas reales o supuestos, en espera de que se diera muerte a aquellos que se hallaban en poder de Stalin. Ningún conflicto "ideológico" justificó esta interminable matanza: al principio sólo se trataba de divergencias de opiniones respecto de las vías y los medios para remediar las dificultades económicas en Rusia y calmar el descontento de los trabajadores en el partido y las fábricas. En particular –sólo intervino después, e imaginada, con el fin de ocultar una lucha interna por el poder– la disputa relativa a la posibilidad de instaurar el socialismo "en un solo país", en oposición a la olvidada teoría de la "revolución permanente". Por lo demás, esta oscura teoría que databa de la revolución de 1905 no tenía nada que ver con la crisis comunista de 1923 ni, sobre todo, con la interpretación radicalmente falsa que tiene crédito en Occidente y que tanta gente todavía profesa hoy en día.

Internado en Alma-Ata, Asia central, luego exilado en Turquía (1929) en espera de peores vicisitudes, Trotski se propuso convencer y agrupar partidarios fuera de la Unión Soviética, mientras elaboraba una política y una estrategia revolucionarias opuestas a las que sus perseguidores practicaban en Moscú. Pronto se enfrentó con los hombres que, como el que firma estas líneas lo habían defendido por razones morales, por deber de conciencia y voluntad de justicia, no por un "trotskismo" entonces inexistente, pero que Trotski paulatinamente iba a secretar hasta erigirlo en doctrina. A imitación de Lenin, pero en condiciones totalmente diferentes y aún más contrarias a su objetivo, pretendió a su vez constituir una Internacional bajo su influencia, denominada cuarta, conforme con sus ideas aunque menos representativa que la precedente ya que, estaba separada de lo que los teóricos de la I Internacional llamaban el "movimiento real" de la clase obrera. Al mandar asesinarlo, en México en agosto de 1940, Stalin le impuso silencio para siempre, privando a sus discípulos de las lecciones que tal vez hubiera terminado por sacar de su lamentable experiencia.

La breve historia de la Internacional leninista y de su subproducto trotskista queda por escribir, pero los archivos de estas organizaciones efímeras están bajo censura y los materiales de que se dispone son todavía insuficientes y fragmentarios. Cualquier publicación de documentos y testimonios, aun sin orden, que puedan servir a la redacción futura de esta historia se justifica ahora, cuando cierta perspectiva incita a escritores serios a describir la vida y la muerte de esas internacionales que se confunden con el fin de la vida y la muerte de sus inspiradores, considerando que después de Lenin y Trotski sólo subsistieron como cuerpos sin alma. Llegará la hora de los

informes metódicos, de las monografías y análisis que preparen la obra de síntesis. Por lo pronto, cuando el trotskismo o lo que así se llama ha vuelto a la orden del día a causa del conflicto que opone el comunismo chino al soviético, no será ininteresante enterarse de una controversia de 1929 que ilumina los desacuerdos surgidos en cuanto Trotski intentó orientar a su manera –que creía marxista y leninista, así como en nuestra época los antagonismos chinos y soviéticos se valen del "marxismo-leninismo"– los escasos grupos de militantes salidos de la Internacional Comunista y cuya dispersión definitiva sólo logró apresurar.

Han transcurrido treinta y cinco años desde el intercambio de cartas que a continuación se reproduce. Inútil decir que el autor de estas líneas siguió aprendiendo durante un periodo tan rico en acontecimientos históricos y experiencias sociales, aun sin tomar en cuenta su vocación por el estudio. Al no tener nada que renegar de sus intenciones y convicciones de juventud, desde luego no escribiría tales o cuales fragmentos de su extensa epístola, pero todavía podría firmar hoy su parte esencial que representa el punto de vista del espíritu crítico –ahora se diría espíritu "revisionista"– aplicado a las opiniones dogmáticas de su prestigioso interlocutor. Además, después de esta discusión de 1929, no tardó en liberarse del residuo de escolástica con terminología marxista que todavía estorbaba y debilitaba su argumentación, aunque no en el sentido en que lo entendía Trotski, sino al revés.

Se suponen conocidos y suficientemente explicados los hechos debatidos en esta correspondencia, a falta de lo cual las notas rebasarían en volumen el propio texto.

Mientras Lenin estuvo presente en la "cúspide" del partido, no hubo problemas de "trotskismo" en el partido comunista de la Rusia soviética y menos aún, si es posible, en la III Internacional. Ausente Lenin, las relaciones se tensaron en el poliburó donde los demás miembros estaban todos en contra de Trotski. En 1923, las discusiones se enconaron y una crisis interna tomó forma, aunque sin que la unidad del círculo dirigente pareciera puesta en tela de juicio. En 1924, las tendencias hostiles se precisaron pero nada dejaba augurar la lucha a muerte que iba a suceder. Hacia el fin de este mismo año, al publicar las *Lecciones de Octubre,* Trotski desencadenó la animadversión de la "troika" dominante, particularmente de Zinoviev y Kamenev ya que Stalin desempeñaba entonces un papel aparentemente moderador. Sólo después, el partido estupefacto se enteró poco a poco,

a partir de 1925, de que lo amenazaba un gran peligro, representado por el trotskismo.

No parecía nada fácil el hacer admitir que Trotski, considerado en el país al mismo nivel que Lenin y visto en el partido como el brillante ayudante del maestro, encarnaba en realidad una antigua herejía que había que extirpar para salvar a la revolución y al régimen soviético. Sin embargo, un poder sin escrúpulos que disponía por completo de todos los medios de expresión y, si fuera preciso, de coerción administrativa y policiaca, realizó de manera bastante rápida tal hazaña. Zinoviev y Kamenev, directamente provocados por las *Lecciones de Octubre,* tomaron la dirección de la desenfrenada campaña de denigración que iba a desembocar, en 1928, en el arresto de Trotski, luego en su exilio, su quebranto y en el despotismo sin límites de Stalin. Un diluvio de discursos, libelos, folletos y obras de todo tipo desacreditó como desviación "de derecha" a cierta misteriosa teoría de la "revolución permanente" y fundamentó, mal que bien, el mito del trotskismo.

Ahora bien, en el curso de ese año de 1925, Zinoviev y Kamenev a su vez entraron en conflicto con Stalin, al que hubieran querido suplantar y que tachaban ya de "semitrotskista"; pronto se volvieron una oposición declarada que, vencida en el XIV Congreso del partido en diciembre de 1925, se unió en abril de 1926 a la fracción peyorativamente calificada de trotskista. En el mes de octubre siguiente, Zinoviev y Kamenev no tuvieron empacho en reconocer que ellos mismos habían inventado el trotskismo para las necesidades de la disputa: "se trataba de una lucha por el poder", confesó Zinoviev durante un coloquio de los líderes de la oposición en adelante llamada "de izquierda". (El expediente de esta explicación retrospectiva fue publicado por Trotski en su *Boletín de la Oposición* en ruso, n. 9, febrero-marzo de 1930.) Mientras tanto la oposición, que se guardaba de innovar en materia doctrinal y sólo aspiraba a la verdadera fidelidad al marxismo y al leninismo, terminó por elaborar artículos de programa para diferenciarse de la política oficial. Desterrado en Turquía, Trotski se puso a exponer sistemáticamente "criterios" que debían componer un cuerpo de principios que debería predominar en la Internacional Comunista y luego, servir de plataforma para una cuarta Internacional.

Los escritos de Trotski que se reproducen a continuación exponen algunas de las ideas principales sobre lo que consideraba como la ortodoxia marxista y leninista, tan pronto como su exilio le permitió expresarse libremente en el mundo capitalista. En lugar de analizar con sangre fría la experiencia vivida y el curso de los aconteci-

mientos comparándolo con las perspectivas concebidas por los bolcheviques durante y después de la guerra, en lugar de revisar las nociones, dogmas y clisés que hacían las veces de catecismo para los comunistas de todos los matices, creyó poder elaborar una "línea" que dividía el mundo en dos campos antagonistas, aplicable en todas partes, válida para todos y en cualquier circunstancia. Retomaba para su propia cuenta una manía de Lenin quien trazaba sistemáticamente en el movimiento obrero una demarcación de derecha, centro e izquierda, era el único calificado para separar lo bueno de lo malo y tenía, por decreto de la Providencia, la autoridad necesaria para clasificar lo que sea en una de las tres tendencias después de haber decidido que la de izquierda, la suya, era la única conforme al sentido de la historia. Despreciaba cualquier consideración moral desprovista de contenido "de clase", como un prejuicio anacrónico y condenaba cualquier veleidad de poner en tela de juicio tal o cual fórmula contradicha por realidades evidentes. Su controversia epistolar con quien esto escribe resume lo suficiente las opiniones que extensamente sostuvo en los textos publicados en su tiempo por la pequeña prensa casi confidencial de la cual era el oráculo.

Solamente se encontró una de mis cartas, pero no se necesita haber leído las demás para entender de qué se trata. Las de Trotski son suficientemente explícitas: la primera estaba dirigida a varios interlocutores suyos, yo entre ellos; la segunda, más personalmente dirigida al destinatario mencionado, probablemente apareció en ruso en su Boletín; la tercera parece bruscamente interrumpida, sin firma y nunca fue publicada, acaso nunca enviada (en absoluto me acordaba de ella); la cuarta, que completa la primera, debe constituir la respuesta a un alemán y fue reproducida, así como la quinta, en su Boletín ruso. La mía es inédita.

Permítaseme señalar aquí, a propósito de la reiterada referencia a Blandler y Thalheimer en estos textos, que en 1924, en Moscú –en lo más recio de las hostilidades llevadas por la "troika" soberana contra Trotski por un lado, contra Bandler y Thalheimer por el otro–, Trotski me había encargado del enlace entre él y los dos líderes alemanes en desgracia, con el propósito de evitar su presencia comprometedora en el *Revvoïensoviet,* mientras que mis visitas, naturales, no atraían la sospecha. Trotski sólo veía en ellos, así como en mí, oposicionistas que militaban para sanear y democratizar el régimen del partido y de los soviets, el único punto realmente cuestionado por la crisis comunista de aquella época. No los miraba –y a mí tampoco– como una "derecha" objetivamente al servicio del capitalismo. Esto se le ocurrió más tarde, mientras que yo rechazaba su nuevo punto de vista y que,

al hacer mi examen de conciencia, me esforzaba con algunos amigos por discernir “lo vivo y lo muerto” en el querido marxismo de nuestra juventud.

B.S.

CUATRO CARTAS DE TROTSKI

A propósito de los diversos agrupamientos de la oposición comunista

a 31 de marzo de 1929

Camaradas:

Sigo siendo privado de cualquier posibilidad para trabajar con algo de método. Hasta ahora, no me he enterado lo suficiente sobre las publicaciones de la Oposición en Europa. Por tanto, tengo que posponer mi apreciación general de las diversas tendencias en la Oposición. Nos dirigimos hacia una época tan difícil que debemos considerar valioso cualquier amigo de ideas, incluso cualquier amigo de ideas *posible.* Rechazar uno —y a mayor abundamiento todo un grupo—, a causa de una estimación imprudente, una crítica parcial o una exageración de las divergencias de opiniones, sería cometer un error imperdonable.

Sin embargo, considero del todo necesario exponer algunas consideraciones generales que a mi modo de ver son decisivas para poder apreciar los diferentes grupos o tendencias que existen en la Oposición.

Actualmente, ésta se va formando con base en *una delimitación en las ideas* respecto de los principios y no con base en una *acción de masas.* Esto corresponde al carácter del periodo actual. Procesos análogos se produjeron en la socialdemocracia rusa en el momento de la contrarrevolución y en la socialdemocracia internacional durante la guerra. Normalmente la acción de masas borra las divergencias de opiniones secundarias o debidas al azar y contribuye a la fusión de las tendencias cercanas. Por el contrario, durante un periodo de estancamiento o de ocaso, los agrupamientos de ideas siempre se inclinan más hacia la diferenciación, la escisión, la lucha interna. No podemos prescindir de la época en la que vivimos. Hay que asumirla. La delimitación clara y precisa de las ideas es absolutamente indispensable. Prepara éxitos para el futuro. Más de una vez definimos la línea general de la Internacional Comunista como *centrismo.* Es evidente que éste, sobre todo cuando detenta todo el arsenal de la re-

presión, ha de empujar a la oposición, no sólo a los elementos proletarios consecuentes, sino también a los oportunistas más lógicos consigo mismos.

El oportunismo comunista se manifiesta por la tendencia a reconstituir en las circunstancias presentes la socialdemocracia de la preguerra. Esto se ve de manera particularmente evidente en Alemania. La actual socialdemocracia se halla infinitamente alejada del partido de Bebel. Pero la historia es testigo de que este partido se convirtió en la socialdemocracia de hoy en día. Esto significa que en el periodo de preguerra el partido de Bebel ya era del todo insuficiente. Es tanto más cierto cuanto la tentativa hecha para reconstituir este partido o aun su ala izquierda en la situación presente se vislumbra imposible. Empero, hasta donde yo pueda emitir un juicio, los esfuerzos de Brandler, Thalheimer y sus amigos se han orientado, en el fondo, en este sentido. Parece que en Francia, Souvarine se inclina hacia lo mismo, pero de modo menos consecuente.

Considero que hay tres cuestiones clásicas que proporcionan un criterio decisivo que permite apreciar las tendencias del comunismo mundial. Tales cuestiones son las siguientes: primero, la política del comité anglo-ruso; segundo, la evolución de la revolución china; tercero, la política económica en la URSS en conexión con la teoría del socialismo en un solo país.

Tal vez sorprenderá a algunos camaradas el hecho de que yo no mencione aquí los problemas de organización interna del partido. No se trata de un olvido mío sino de algo consciente. El sistema que rige al partido no tiene importancia propia, no tiene valor en sí. Se trata de un factor que proviene de la política del Partido. Los elementos más heterogéneos ven con simpatía la lucha contra el burocratismo stalinista. Los mencheviques incluso no se muestran renuentes a aplaudir algunos de nuestros ataques contra la burocracia. Al respecto, podemos señalar que en esto está basado el pequeño charlatanismo estúpido de los stalinistas, quienes intentan acercar nuestra actitud a la de los mencheviques. Para un marxista, la democracia tanto en el partido como en el país no constituye una abstracción. Siempre está condicionada por la lucha de las fuerzas vivas de clase. Por burocratismo, los elementos oportunistas muy a menudo entienden centralismo revolucionario. Está claro que no pueden ser nuestros amigos de ideas. Aquí, la apariencia de solidaridad sólo está basada sobre una confusión en las ideas o bien, más frecuentemente, sobre una especulación malintencionada.

Primero. Ya escribí en diversas ocasiones sobre el comité anglo-ruso. No sé cuáles de estos textos se publicaron en el extranjero. Me

enteré de que, al parecer, se hicieron correr rumores en el extranjero afirmando que yo habría sido hostil a la ruptura del comité anglo-ruso y no habría hecho otra cosa que ceder frente a Zinoviev y Kamenev. La verdad es diametralmente opuesta. La política stalinista, en la cuestión anglo-rusa, para siempre permanecerá como un ejemplo clásico de *centrismo, deslizándose hacia la derecha,* humillándose delante de verdaderos traidores y recibiendo golpes como recompensa. Las cuestiones rusa y china plantean grandes dificultades para los comunistas europeos debido a las condiciones particulares de China y Rusia. Ocurre algo diferente en lo referente al bloque político con los jefes de las tradeuniones inglesas. Aquí estamos frente a un problema fundamental de la política *europea.* En esta cuestión, la dirección de Stalin pisoteó las bases del bolchevismo y el abecé teórico del marxismo de la manera más flagrante, cínica y arriesgada. La experiencia del comité anglo-ruso casi redujo a la nada la significación de las grandes huelgas de 1926 desde el punto de vista educativo y retrasó el desarrollo del movimiento obrero inglés por muchos años. Quien no haya comprendido esto ahora no es marxista, no es un hombre político revolucionario del proletariado. Y el hecho de que proteste, además, contra el burocratismo stalinista, no tiene ningún valor para mí. La orientación oportunista del comité anglo-ruso sólo podía ponerse en práctica luchando contra los verdaderos elementos revolucionarios de la clase obrera. Y esto, a su vez, sólo puede concebirse siguiendo el camino del aplastamiento y la represión, sobre todo en un partido que posee un pasado revolucionario como el del partido bolchevique.

Segundo. También escribí mucho estos últimos dos años sobre el problema chino. Quizá lograré reunir estos escritos en un libro específico. El estudio de los problemas de la revolución china es una condición indispensable para la educación de la Oposición y la delimitación ideológica en sus filas. Los elementos que no tomaron una posición clara y precisa sobre esta cuestión muestran con esto su limitación desde el punto de vista nacional lo que, en sí mismo, es un síntoma seguro de oportunismo.

Tercero. En fin, la cuestión rusa. Debido a las condiciones creadas por la Revolución de Octubre, las tres tendencias clásicas del socialismo: 1) el marxismo, 2) el centrismo y 3) el oportunismo, se expresan en el ambiente soviético de la manera más clara y evidente, es decir que están compenetradas por un indiscutible contenido social. En la URSS tenemos el ala *derecha* en conexión con los intelectuales calificados y los pequeños propietarios, el *centro* en equilibrio entre las clases sobre el filo del Aparato y el ala *izquierda* que representa

la vanguardia proletaria durante un periodo reaccionario. Por supuesto, no quiero decir con esto que el ala izquierda se encuentra exenta de errores o que podamos prescindir de una seria crítica interna que debe realizarse de modo abierto. Pero tal crítica debe tener una clara base de clase, es decir, tiene que apoyarse en una de las tres tendencias históricas arriba mencionadas. Intentar negar la existencia de estas tendencias, esforzarse por elevarse encima de ellas, es correr hacia un inevitable y triste fracaso. Los que más a menudo siguen este camino son los elementos de derecha cuando todavía no han tomado conciencia de sí mismos o cuando tienen interés en no asustar demasiado temprano a los que constituyen su propia ala izquierda.

Hasta donde sé, Brandler y Thalheimer consideraron que durante estos últimos años, la política del comité central del Partido Comunista de la URSS en las cuestiones económicas fue totalmente justa. Esta fue la situación hasta el viraje de Stalin hacia la izquierda. En el fondo, ahora han de simpatizar con la política llevada a cabo lo más abiertamente en 1924-27 y que en la actualidad representa el ala Rikov, Bujarin, etc. Parece que también Souvarine se orienta en este sentido.

Desde luego no me es posible plantear aquí el problema económico de la URSS en toda su amplitud. Lo enunciado en nuestra plataforma sigue siendo plenamente válido. Sólo que sería útil que la Oposición de derecha formule una crítica clara y precisa de nuestra plataforma sobre este punto. Para facilitarle esta tarea, quiero adelantar aquí algunas consideraciones esenciales.

Los derechistas piensan que si se diera más libertad a la explotación agrícola individual, se podría triunfar sobre las dificultades actuales. No es mi intención negarlo. Poner sus esperanzas en el *agricultor capitalista* (en el "kulak" europeizado o americanizado) indiscutiblemente daría sus frutos, pero éstos serían frutos capitalistas que, en una etapa no muy lejana, llevarían al derrumbe político del poder de los soviets. En 1924-26, apenas dimos los primeros pasos en este sentido; esto provocó un renacimiento extraordinario de la autoconciencia de la pequeña burguesía de la ciudad y del campo que se apoderó de muchos soviets locales, un aumento del poder de la burocracia que se volvía consciente de sí, una presión contra los obreros, el total aplastamiento de la democracia en el Partido. Quien no comprenda la interrelación de estos hechos, no entiende nada de la política revolucionaria en general. Seguir un rumbo que lleva al agricultor capitalista es absolutamente incompatible con la dictadura del proletariado. En esto, hay que escoger.

Tomemos, sin embargo, el lado estrictamente económico del pro-

blema. Existe entre la industria y la explotación agrícola una interdependencia dialéctica. Pero la industria, como principio mucho más dinámico, constituye el elemento motor. El campesino necesita productos manufacturados para intercambiarlos contra su trigo. La revolución democrática dirigida por los bolcheviques le dio la tierra. La revolución socialista, realizándose bajo la misma dirección, aún sigue dándole menos mercancías y más caras, que el capitalismo en su tiempo. Precisamente por esto la revolución socialista, a diferencia de su antecesora democrática, está amenazada. Ante la falta de productos industriales, el campesino contesta con una huelga agrícola pasiva: no entrega el trigo existente al mercado y no aumenta la superficie sembrada. Los derechistas creen que hay que dejar más libertad a las tendencias capitalistas en el campo, cobrarle menos y reducir el ritmo de desarrollo de la industria. Pero esto significa que la cantidad de productos agrícolas en el mercado aumentará mientras que la de los productos industriales disminuirá aún más. La desproporción existente entre ellos y, que es la base de la actual crisis económica, irá acentuándose. Habría una salida posible, que consistiría en exportar al extranjero los cereales de los campesinos e importar en cambio objetos manufacturados europeos para estos campesinos o sea, para los más ricos. En otras palabras, esto equivale a establecer una alianza entre la economía de los agricultores exportadores y el capitalismo mundial, en lugar de la unión entre la explotación campesina reagrupada en cooperativas y la industria socialista. El Estado se transformaría, no en un constructor de la economía socialista sino en un intermediario entre el capitalismo mundial y el del interior del país. No cabe duda de que estos dos socios eliminarán muy rápidamente al intermediario, empezando, por supuesto, con el monopolio del comercio exterior. En efecto, el libre desarrollo de la explotación de los campesinos, recibiendo del extranjero lo que les es necesario en contra de la exportación del trigo, presupone el libre intercambio de las mercancías y no el comercio exterior monopolizado entre las manos del Estado.

A veces los derechistas dicen que Stalin puso en práctica la plataforma de la Oposición y habría demostrado su inanidad. Es cierto que, con su mente empírica, Stalin se asustó al enfrentarse con las consecuencias del rumbo "agricultor" (kulak), que implantaba tan ciegamente en 1924-27. Es cierto que, al dar un salto hacia la izquierda, Stalin utilizó los vestigios de la plataforma económica de la Oposición. Pero es radicalmente falso que haya realizado la plataforma económica de la Oposición. Para empezar, ésta excluye cualquier política que conduzca hacia una economía cerrada, aislada. Es absurdo es-

forzarse por separar la economía soviética del mercado mundial con una muralla china. El *aspecto* general de su desarrollo (incluida la agricultura) y de ningún modo el grado de su "autonomía" en la división mundial del trabajo, decidirá la suerte de esta economía. Todos los planes económicos de la dirección de Stalin se basaron hasta ahora en la *reducción del comercio con el extranjero* para los próximos cinco-diez años. Esto no puede calificarse de otro modo que de cretinismo pequeñoburgués. Tal manera de plantear la cuestión no tiene nada en común con la Oposición. Al revés, deriva por completo de la teoría del socialismo en un solo país.

Desde un punto de vista exterior, la tendencia de Stalin en aumentar la industrialización, lo acerca a la Oposición. Pero éste no es sino un aspecto superficial. La industrialización socialista presupone un amplio plan meditado en su integralidad, en el cual la orientación del desarrollo interno estaría ligada íntimamente con una utilización creciente del mercado mundial, manteniendo con intransigencia el monopolio del comercio exterior. Sólo con esta orientación se puede, no liquidar ni eliminar, sino atenuar las contradicciones de una evolución socialista realizándose en un entorno capitalista, consolidar el poder económico de la República de los Soviets, mejorar las relaciones económicas entre ciudad y campo y reforzar la dictadura del proletariado. La política stalinista de los virajes empíricos no hace sino empeorar la situación.

Tales son los tres criterios fundamentales que deben servir para delimitar internamente la Oposición. Provienen de la vida de tres países. Por supuesto, los demás países tienen problemas propios; la actitud observada hacia éstos determinará la posición de cada grupo peculiar y de cada comunista considerado aisladamente. Algunos de estos problemas nuevos pueden pasar mañana al primer plano y empujar todos los demás hacia atrás. Pero *hoy,* las tres cuestiones mencionadas me parecen decisivas. Es imposible encontrar su lugar en los principales agrupamientos del comunismo sin haber tomado una posición clara y precisa frente a esos problemas.

Esto es todo lo que puedo decir hasta ahora en relación a las preguntas que me hicieron. Si acaso no hubiera entendido cabalmente la posición de Brandler, Souvarine y sus amigos de ideas, en razón de un conocimiento insuficiente de las publicaciones aparecidas, es evidente que me apresuraría a introducir en mi juicio las rectificaciones que se desprendieran de los hechos y documentos que se me señalarían.

L. Trotski

Carta de L.D. Trotski al camarada Souvarine*

Constantinopla, a 25 de abril de 1929

Estimado camarada Souvarine:

Recibí su carta del 16 de abril. Me sorprendió un poco. Usted dice que esperaba de mí otra actitud con respecto a los grupos de oposición en el extranjero. Según usted, no hubiera debido pronunciarme de inmediato, sino observar, estudiar y esforzarme por reagrupar los grupos y los hombres capaces de pensar y actuar como marxistas. Me reprocha no haber tomado el tiempo para "examinar, reflexionar y discutir". Y me previene de que tendré que deplorar mi prisa.

Pienso que su crítica, de tono amical, lo que advierto con gusto, refleja toda la falsedad de su posición actual. No puede usted ignorar que hasta ahora no me he pronunciado sobre ninguna de las cuestiones internas controvertidas que dividen los grupos de oposición franceses, alemanes, austriacos y demás. En el curso de los últimos años, quedé desvinculado demasiado tiempo de la vida interna de los partidos [comunistas] occidentales y en efecto necesitaré tiempo para conocer en detalle tanto la coyuntura política como los grupos de oposición. Si a pesar de todo emití una opinión respecto de estos últimos, sólo fue en relación a tres cuestiones capitales para nuestra época: la política interior de la URSS, la orientación de la revolución china y la tendencia del comité anglo-ruso. ¿No es extraño el que me incite usted, precisamente sobre estas tres cuestiones, a no apresurarme, ganar tiempo, informarme y reflexionar? Mientras tanto, en lo que se refiere a usted, en absoluto renuncia a su derecho a tomar públicamente posición sobre estas tres cuestiones y esto en un sentido del todo opuesto a las decisiones que constituyen la base misma de la oposición leninista de izquierda.

Declaré en la prensa que estaba dispuesto a rectificar o modificar

*Agradecemos a la biblioteca de Harvard College por habernos proporcionado las cartas de L. Trotski del 25 de abril y 10 de mayo de 1929.

completamente mi opinión sobre el grupo Brandler o sobre el suyo, si hechos o documentos nuevos fueran llevados a mi conocimiento. Desde entonces, el grupo Brandler muy amablemente me envió una colección completa de sus publicaciones. En el *Arbeiterpolitik* del 16 de marzo [de 1929], leí el informe de Thalheimer sobre la discusión rusa. A decir verdad, no necesité consagrar mucho tiempo al "estudio" y a la "reflexión" para ver que el grupo Brandler-Thalheimer se sitúa del otro lado de la barricada. Recordemos, si me lo permite, los hechos:

1. En 1923, este grupo no supo entender ni explotar una excepcional situación revolucionaria;
2. En 1924, Brandler se afanaba por considerar la situación revolucionaria bajo el ángulo del porvenir inmediato y no del pasado;
3. En 1925, Brandler declaró que no había la menor situación revolucionaria, sino un análisis de Trotski "sobrestimando la situación";
4. En 1925-26, estimaba que era justo poner las esperanzas en el kulak, en aquel entonces concepción de Stalin-Bujarin;
5. En 1923-25, en tanto que miembro de la comisión del programa, Thalheimer sostenía a Bujarin contra mí en relación al programa (nada menos que un esquema de capitalismo *nacional* en lugar de una generalización doctrinal de la economía y la política *mundiales*);
6. Hasta donde sé, Brandler y Thalheimer nunca protestaron contra la teoría del socialismo en un solo país;
7. Brandler y Thalheimer intentaron introducirse en la dirección del partido enarbolando los colores stalinistas (a semejanza de Foster en Estados Unidos);
8. En lo que se refiere a la revolución china, Brandler y Thalheimer se dejaron arrastrar por la dirección oficial del partido;
9. Hicieron lo mismo a propósito del comité anglo-ruso.

He aquí, pues, una experiencia que abarca seis años. Usted no puede ignorar que no me apresuré en lo más mínimo para condenar a Brandler. Después del lamentable fracaso de la revolución alemana de 1923, asumí sin reservas su defensa al mostrar que sería inadmisible hacer de él un chivo expiatorio cuando la responsabilidad de la catástrofe alemana recaía por completo sobre la dirección Zinoviev-Stalin de la Internacional Comunista. Sólo emití un juicio político negativo sobre Brandler después de convencerme de que no quería o no podía sacar lecciones ni siquiera de los acontecimientos más importantes. Su análisis retrospectivo de la coyuntura alemana de 1923 es del todo semejante a la crítica que los mencheviques hacían

de la revolución de 1905 durante el periodo de reacción. Tuve tiempo suficiente para "reflexionar" sobre todo esto.

El informe entero de Thalheimer acerca de la discusión rusa puede resumirse en una sola frase: "el programa de Trotski exige una presión financiera más fuerte sobre los campesinos". Esta sentencia de Thalheimer vuelve con variantes a todo lo largo del informe. ¿Puede existir posición más vergonzosa para un marxista? Para mí, el verdadero problema empieza con la negación del campesinado *como un todo*. Se trata de *la lucha de clases dentro del campesinado*. La oposición pedía que, de manera general, entre cuarenta y cincuenta por ciento de los campesinos fuese exento de impuestos. Desde 1923, la oposición advirtió que el retraso de la industria llevaría a la aparición de "tijeras" en la fijación de los precios y, por consiguiente, a la mayor y más nefasta explotación de las capas sociales inferiores del campo por los kulaks, los intermediarios y los revendedores.

Los campesinos medios representan un protoplasma muy especial. La formación de este protoplasma se realiza inevitable e invariablemente en dos direcciones: capitalista por medio de los kulaks y socialista por medio de los campesinos semiproletarios y de los jornaleros agrícolas. Quien ignore este proceso fundamental, quien generalice al hablar del campesinado, quien no perciba que el "campesinado" tiene dos caras enemigas, está definitivamente perdido. El problema del Termidor y del bonapartismo es en esencia el problema kulak. Quien desvía la mirada de este problema, quien reduce su importancia atrayendo la atención sobre el régimen interior, el burocratismo, los métodos sucios de polémica y otras manifestaciones o reflejos externos de la presión que la anarquía kulakiana ejerce sobre la dictadura del proletariado, se asemeja al médico acechando los síntomas, las erupciones epidérmicas, sin interesarse en los trastornos funcionales u orgánicos.

Al mismo tiempo Thalheimer sigue repitiendo, como un papagayo bien amaestrado, que nuestra reivindicación relativa al voto secreto en el partido es "menchevique". Empero, no puede ignorar que los miembros obreros del Partido Comunista Ruso tienen miedo de hablar y votar de acuerdo con su conciencia. Temen al "aparato" que refleja la presión del kulak, del funcionario, del tecnócrata, del pequeñoburgués, de la burguesía extranjera. Cierto, el kulak también reclama el voto secreto en los soviets, pues de la misma manera lo estorba el aparato que, a pesar de todo, experimenta por otro lado la presión de los obreros. Estas son manifestaciones de la dualidad del poder que encubre la burocracia centrista, que zigzaguea en medio de las clases y que, precisamente por esta razón, socava la posición del

proletariado. Los mencheviques quieren el voto secreto en los soviets para el kulak y el pequeñoburgués, contra los obreros, contra los comunistas. Yo quiero el voto secreto para los obreros bolcheviques en el partido contra los burócratas, contra los termidorianos. Pero Thalheimer, que forma parte de aquellos que no ven las clases, confunde la reivindicación de la oposición leninista con la de los mencheviques. Detrás de este absurdo, intenta disimular su posición meramente burguesa respecto de la cuestión campesina.

Claro, no sólo los obreros bolcheviques, sino también sus enemigos infiltrados en el partido, tratarán de sacar provecho del voto secreto. En otras palabras, la lucha de clases en el interior del partido comunista, hoy aplastada por las altas esferas del "aparato" bonapartista, aparecerá a la luz del día. Es precisamente lo que necesitamos. Así, el partido se mostrará tal cual es. El mismo hará su verdadera depuración que contrarrestará la depuración amañada que realizó la burocracia en beneficio de su propia conservación.

Sólo después de haber depurado el Partido por el medio que acabo de indicar, podrá transferirse el voto secreto a los sindicatos *proletarios*. Después de haber transcurrido años durante los cuales las organizaciones sindicales fueron despojadas de su personalidad, digo que solamente de esta manera se podrá determinar efectivamente el grado de influencia de los mencheviques, de los socialistas revolucionarios y de los reaccionarios. Sin tomar el pulso del conjunto de la clase obrera, no puede defenderse la dictadura efectiva del proletariado. Hoy el mal es tan generalizado que sólo empleando medidas drásticas se podrá ponerlo a descubierto. Una de ellas –por supuesto no la única– consiste en reivindicar el voto secreto en el Partido y luego en los sindicatos.

En lo que respecta a los soviets, zanjaremos la dificultad una vez llevada a cabo la experiencia en el partido y en las organizaciones sindicales proletarias.

En todas las cuestiones esenciales de la revolución mundial y de la lucha de clases, Brandler y Thalheimer se encuentran al lado de Stalin y Bujarin, a quienes la socialdemocracia sostiene precisamente sobre estas cuestiones (China, tradeuniones británicas, campesinado). Y esta reivindicación del voto secreto para la vanguardia proletaria contra el aparato que practica el menchevismo mediante métodos de terror, Thalheimer la califica... de menchevismo. ¿Puede imaginarse quiebra ideológica más lamentable?

Sin duda el grupo de Brandler reúne muchos obreros que, alejados del partido por la gestión sucia de Thaelmann y compañía, se equivocaron de puerta. La oposición leninista debe ayudarlos a per-

cibir claramente la situación. Sólo llegaremos a esto mediante una lucha intransigente y severa contra la evolución política de Brandler y Thalheimer y contra todos los grupos que se solidarizan con ellos o los sostienen de manera práctica.

La orientación stalinista en la Internacional Comunista no ha dicho la última palabra. Apenas entramos en una era de crisis, escisiones, reagrupamientos y trastornos. Nos espera un trabajo de varios años y no todos estarán a la altura. Me habla usted de las indecisiones de Radek, de Smilga y de Preobrajenski. Las conozco suficientemente. No es el primer día, el primer mes ni aun el primer año que se les ve dudar. Notemos –y subrayémoslo– que estos camaradas siempre vacilaron o adoptaron una posición errónea sobre todos los problemas esenciales de la revolución mundial. Radek defendió una política equivocada sobre las cuestiones de China y del comité angloruso y, hasta 1927, dudaba de que fuera factible cualquier otro rumbo económico que no fuese el de Stalin y Bujarin. Asimismo, Preobrajenski adoptó una posición equivocada sobre la cuestión china y sobre el programa de la Internacional Comunista (actitud conciliadora respecto del nacional-socialismo). Smilga y Radek se pronunciaron contra el abandono por el partido comunista de las filas del Koumintang y contra la consigna de la dictadura del proletariado chino durante la revolución, luego contra la de la Asamblea constitutiva durante la contrarrevolución.

Las hesitaciones actuales de esos camaradas, en materia de organización interna del partido, derivan de la falta de claridad de su posición doctrinal y política en general y del hecho de que están andando en la cuerda floja. Siempre ha sido así y así seguirá siendo.

Lenin nos enseñó a no temer las defecciones, las pérdidas y las deserciones, incluso de camaradas influyentes y dignos de respeto. En última instancia, la línea política es la que decide. Saber mantenerse en la línea justa en un periodo de reflujo político, de ofensiva por parte de la burguesía, de la socialdemocracia y del bloque derecha-centro en la Internacional Comunista (todos estos fenómenos son del mismo orden), tal es hoy el deber del revolucionario proletario. Una apreciación exacta de la época y de sus fuerzas motoras, una previsión justa del porvenir obligan a todos los elementos auténticamente revolucionarios de la clase obrera a reagruparse y estrechar filas bajo la bandera bolchevique. Así veo el problema.

Mucho me agradaría el que pudiera usted asociarse a las consideraciones precedentes. Ello nos permitiría militar juntos. Y me doy

cuenta cabal de la utilidad que representaría tal colaboración para la causa.

Saludos fraternales,

L. Trotski

Carta de L. Trotski a B. Souvarine

Constantinopla, 10 de mayo de 1929.

Estimado camarada Souvarine:

Una vez más quiero intentar explicarme con toda franqueza, aunque sea en pocas palabras y que yo deba decir que sus cartas decepcionan en lugar de avivar mis esperanzas en la posibilidad o probabilidad de una colaboración. Diríase que se ha impuesto por regla la de eludir las cuestiones de principios, tanto en el terreno social como fundamental y que concentra toda su atención en aspectos sicológicos o personales. En su primera carta, me aconsejaba esperar y reflexionar prediciendo que yo lamentaría mi opción. En su segunda carta, me acusa de tener una actitud abstracta con respecto a los individuos. Sus observaciones me autorizan a la vez a expresarme con toda franqueza. Usted remplaza o propone remplazar la selección de los individuos a partir de una línea política determinada, por una selección fundada en las calidades o el talento personales. En todos sus juicios, prescinde de las tendencias políticas fundamentales, es decir de las líneas sociales potenciales, y remplaza todo esto por un juicio cualitativo sobre los hombres, los grupos, los métodos y los medios. Perdón, ésta no es una política. No lleva ni puede llevar a ninguna parte. Se queja del daño causado por algunos representantes de la oposición rusa. Admito que hubo actos incorrectos aunque esté seguro de que usted exagera, pues el hecho de perder la línea política tiene fatalmente como consecuencia falsificar las proporciones. Y usted perdió la línea política. Nadie puede rencontrarla, usted menos aún. Si no le hubiera ocurrido esta gran desgracia, al leer diez líneas de su carta habría comprendido sin dificultad cuál es su rumbo político. Los hombres políticos maduros, con experiencia y que saben lo que quieren, se entienden con medias palabras, ya estén en el mismo campo o en el adversario. Ahora bien, usted elude cuidadosamente las cuestiones por las cuales hay que empezar. ¿Será porque instintivamente teme descubrir su talón de Aquiles, esto es, la ausencia

de una línea política? Rehusa toda responsabilidad respecto de Brandler. ¿Tomó usted posición contra él con la intransigencia que requiere su línea oportunista? ¡No! Ataca a los que comparten mis ideas porque son demasiado dóciles o no suficientemente independientes, incluso por otros motivos, reales o ficticios, pero meramente personales o sicológicos. La línea política permanece fuera de su campo visual. Aun en una carta personal, sólo habla de las "contradicciones" de Brandler. Tal o cual contradicción puede existir tanto en el que comparte sus ideas como en el que es su enemigo. Antes de hablar de contradicciones, hay que zanjar la cuestión de saber –basándose en hechos *esenciales*– a qué campo pertenece Brandler: ¿al de los amigos o al de los enemigos? Usted elude esta cuestión capital y primordial. ¿Por qué? Porque usted mismo no zanjó la cuestión de saber a qué campo pertenece.

Todos estos indicios son de lo más alarmantes. Está tomando un camino que conduce a la derecha.

¿Qué nivel ha alcanzado usted en este proceso? No lo sé, más bien no me conformo con decir: ¿Debe considerarse perdida la causa? Todavía le escribo la presente por esta única razón. Sin la más leve ironía, antes bien con toda la seriedad que implica la gravedad de la situación, quisiera devolverle su consejo: tome su tiempo, no se apresure en pronunciarse mientras no vea claro en usted; no mande demasiado pronto a la imprenta cada fase transitoria de su pensamiento actual; no se apure en maniatarse con un pequeño error de ayer y darle más fuerza hoy al cometer uno más grave que podría ser irreparable.

No envío a nadie copia de la presente, pues a pesar de la penosa impresión que me dio la última carta que me mandó, no quiero renunciar a la esperanza en un trabajo en común sin haberlo intentado todo en este sentido, con el añadido de la presente advertencia que le dirijo con toda sinceridad.

L. Trotski

Carta de L. Trotski
(a un destinatario no identificado)

Constantinopla, 12 de junio de 1929

Estimado camarada:

Mucho le agradezco su carta del 3 de junio de 1929: contiene una serie de informaciones muy importantes para mí y que espero utilizar en el futuro. Me limitaré aquí a examinar la cuestión de nuestra actitud para con la oposición alemana de derecha.

1. Usted admite que Brandler y Thalheimer no entendieron la situación revolucionaria de Alemania en 1923, ni la de China en 1925-27, ni la de Inglaterra en 1926, ni tampoco el carácter termidoriano de la lucha contra el "trotskismo" desde 1923 hasta 1927. Admite todo esto. Es decir, entonces, reconoce el hecho de que Brandler y Thalheimer no son revolucionarios puesto que los revolucionarios se determinan y se reconocen con base en su actitud en relación con los problemas esenciales de la revolución mundial. ¿Qué podemos tener en común, en política, nosotros bolcheviques, con no-revolucionarios, más aún, con gentes que, durante los seis o siete últimos años, han combatido nuestras decisiones y consignas revolucionarias en los momentos de más grande responsabilidad?

2. Sin embargo, le aflige el que se califique a Brandler y Thalheimer de liquidadores-mencheviques. Cierto, si se toma esto al pie de la letra, es falso. Pero la "tendencia" que los opone a nosotros es indudablemente una tendencia de liquidadores y de mencheviques. El *Arbeiter Zeitung* me critica exactamente de la misma manera que Thalheimer. Ambos simpatizan con Stalin en mi contra y con Rikov y Bujarin contra Stalin. Pero el periódico lo hace abiertamente, mientras que Brandler y Thalheimer juegan al escondite de la manera más lamentable. En tales circunstancias, prefiero el *Arbeiter Zeitung* de Viena, es decir el enemigo declarado.

3. Su carta contiene argumentos mortales para los derechistas. No obstante, usted cree necesario agregar que la situación en el partido comunista alemán sería mejor si éste llevara a la práctica la su-

puesta política de derecha y no la actualmente practicada.

4. Empero, ya vimos una vez la política de Brandler cuando dirigía al Partido. Llevó a la inmensa catástrofe de finales de 1923. Esta catástrofe constituye la base de todos los virajes posteriores del comunismo alemán hacia la derecha y hacia la izquierda. Establece las premisas políticas del periodo de estabilización del capitalismo europeo que siguió. ¿Cómo no ver, pues, que en calidad de hombre político Brandler se halla del otro lado de la barricada?

5. Usted sabe que no he llegado de un solo golpe a esta conclusión aniquiladora. Quería esperar que Brandler aprendiera. En el otoño de 1925 comprendió su falta de capacidad. Varias veces me dijo, él mismo, que no tenía fuerzas para volver a encontrarse en una situación revolucionaria. Sin embargo, cuando dejó pasar ésta, se volvió totalmente altanero. Empezó a acusarme de "pesimista". El consideraba el año 1924 con más "optimismo". Entonces comprendí que este hombre no sabía distinguir el frente del dorso de la revolución.

Nada más sería una semidesgracia si sólo se tratara de una particularidad individual. Pero ahora esto se ha instituido en sistema, sobre el cual se constituye una fracción. ¿Qué podemos tener en común con semejante fracción?

6. Lo anterior de ninguna manera implica el que tome la defensa de Maslow y demás. En 1923, el radicalismo verboso de Maslow estaba ligado a la misma pasividad que la de Brandler. Sin comprender el abecé de la cuestión, Maslow intentó ridiculizar mi reivindicación que exigía la fijación de la fecha de la insurrección. En el V Congreso, todavía estimaba que la revolución progresaba. En otros términos, en las cuestiones esenciales, compartía los errores de Brandler, sirviéndolos con una salsa ultraizquierdista. Pero Maslow se esforzaba por instruirse, hasta no caer en el pantano de los capitulacionistas. Otros ultraizquierdistas aprendieron algunas cosas. En absoluto me hago responsable de la línea del *Volkswille* en conjunto. Todavía ahora presenta bastantes resabios del pasado, es decir combinaciones, tendencias oportunistas y ultraizquierdistas. No obstante, estos camaradas aprendieron mucho y buena parte de ellos debemos ser capaces de seguir aprendiendo después. En cambio, Brandler y Thalheimer dieron un enorme paso hacia atrás al erigir su ceguedad revolucionaria en plataforma.

7. Usted ve uno de sus méritos en su lucha por la democracia en el Partido. No veo tal mérito. Brandler y Thalheimer nunca se manifestaron en contra del aniquilamiento de la Oposición de izquierda. No sólo toleraron el régimen stalinista sino que lo sostuvieron. Hicieron coro con la persecución termidoriana contra el "trotskismo".

¿Cuándo sintieron en ellos una vocación de lucha por la democracia en el Partido? Pues cuando el Aparato empezó a aplastarlos a ellos mismos y cuando se convencieron de la imposibilidad de que volvieran a tomar la dirección sirviendo simplemente a los stalinistas. ¿Puede reconocerse realmente como un mérito de los oportunistas el hecho de que empezaron a gritar cuando los centristas, temiendo la crítica de izquierda, los destrozaban? A nadie le gusta ser vencido. No hay ningún mérito en esto. Los métodos centristas de lucha contra los derechistas son repugnantes y, en última instancia, ayudan a la derecha. Pero esto de ningún modo significa que el régimen democrático del partido comunista deba asegurar un derecho de ciudadanía a la tendencia oportunista de Brandler.

No puede considerarse la democracia en el Partido como una cosa en sí. Hablamos de la democracia con base en *posiciones revolucionarias determinadas* que excluyen al brandlerismo.

8. Percibe el segundo mérito de los brandleristas en su lucha por las reivindicaciones transitorias, en su tendencia para encontrar un vínculo con las masas, etc. Pero, ¿necesitamos este vínculo por sí mismo y no por objetivos *revolucionarios* (y, por consiguiente, *internacionales*)? Si se toma como punto de partida el solo vínculo con las masas, volvamos los ojos hacia la II Internacional y hacia Amsterdam. A este respecto, la socialdemocracia alemana es mucho más imponente que Brandler y Thalheimer.

Desde luego puede decirse que esto es una exageración: Brandler y Thalheimer, mire usted, no son la socialdemocracia... Cierto, *todavía* no son la socialdemocracia y no la socialdemocracia *actual,* naturalmente. Pero hay que saber examinar los hechos en su desarrollo. Tampoco la socialdemocracia alemana empezó con Hermann Müller. Por otro lado, hasta hoy Brandler todavía no anhela más que tener consigo a las masas, pero no las tiene. Usted mismo habla con indignación del hecho de que los brandleristas dan la espalda al proletariado internacional. ¡Nada les importan la revolución rusa, la revolución china o la humanidad! Quieren hacer su política en Alemania, así como Stalin quiere construir el socialismo en Rusia. Vivir y dejar vivir a los demás. Pero sabemos a qué nos llevó esto: al 4 de agosto de 1914. Permita que se le recuerde una vez más que las fracciones jóvenes, en particular las fracciones oportunistas de oposición, son más "simpáticas" que los viejos partidos socialchovinistas de la misma manera como un cerdito es más simpático que un cerdo viejo.

9. Empero, los que se imaginan que Brandler puede llevar realmente las masas al "terreno de la realidad" (o sea, el nacional-reformismo) se equivocan seriamente. Porque en este terreno Brandler

tiene un competidor invencible. Mientras un obrero de la masa tenga que escoger entre Brandler y Wels, se pronunciará en favor de este último y a su manera tendrá razón: es inútil volver a empezar desde el principio lo que ya ha sido hecho una vez.

10. Usted parece presentar como un mérito de Brandler y Thalheimer su crítica de la política del primero de mayo de Thaelmann. Al mismo tiempo expresa la certidumbre de que no puedo aprobar esta política. No sé si usted leyó mi carta al VI Congreso titulada "¿Y ahora?". Contiene un capítulo especial consagrado a las perspectivas del camino hacia la izquierda de la clase obrera alemana; hay ahí una *advertencia directa y categórica contra la sobrevaluación atolondrada de Thaelmann en cuanto al grado en que se encuentra la vuelta hacia la izquierda y contra el peligro de aventuras ultraizquierdistas que de ahí derivan.* Escribiré más detalladamente sobre todo esto en un folleto que espero publicar el mes entrante. Criticando el espíritu de aventura burocrático, delimitaré con tanto más precisión mi crítica en relación a la de Brandler. Los oportunistas siempre tienen un aire triunfante cuando critican el espíritu de aventura revolucionario. Pero son precisamente ellos quienes lo preparan: Brandler preparó a Maslow, así como Maslow preparó a Thaelmann quien combina todos los errores de Brandler y Maslow añadiendo sus propias faltas, consecuencias de la estupidez burocrática y de la ignorancia fanfarrona.

11. Usted señala diversos grupos de la Oposición de izquierda y los califica de "sectarios". Hay que ponerse de acuerdo sobre el contenido de esta palabra. Entre nosotros hay elementos que se satisfacen con criticar verbalmente los errores del partido oficial, sin fijarse ninguna otra tarea más amplia, sin encargarse de ninguna obligación revolucionaria práctica, haciendo de la oposición revolucionaria un título, algo como la orden de la Legión de Honor. También hay tendencias sectarias que se manifiestan hilando muy fino cada problema. Es preciso combatir esto. Personalmente, estoy dispuesto a luchar contra esto sin detenerme, si es necesario, en la vieja amistad, las relaciones personales, etcétera.

No obstante, no hay que hacerse ilusiones. En la actualidad los marxistas revolucionarios se hallan reducidos nuevamente (no es la primera vez, ni probablemente la última) a formar una sociedad internacional de propaganda. Semejante posición contiene, por sí misma, ciertos elementos de sectarismo de los que sólo puede triunfarse gradualmente. Parece que el hecho de que seamos poco numerosos, de plano les asusta. Claro, es desagradable. Más valdría, por supuesto, tener detrás de sí organizaciones masivas. Pero, ¿como nosotros,

vanguardia de la vanguardia, tendríamos tales organizaciones inmediatamente después de que la revolución mundial sufriera en los países más importantes del mundo derrotas catastróficas, provocadas por la dirección menchevique disimulándose detrás de una máscara de seudobolchevismo? ¿Cómo? Sí, ¿cómo?

Atravesamos un periodo inmensamente reaccionario que sucede a los años revolucionarios (1917-23). Nosotros, marxistas revolucionarios, nos encontramos rechazados a un nuevo grado superior de la historia en la posición de una pequeña minoría, acosada casi como al principio de la guerra imperialista. Así como lo demuestra la historia entera, comenzando con el ejemplo de la I Internacional, semejantes recaídas son inevitables. La ventaja sobre nuestros antecesores consiste en que en el presente el ambiente es mucho más maduro y que nosotros mismos somos mucho más "maduros", ya que nos apoyamos en Marx, Lenin y muchos otros. Sólo podremos utilizar esta ventaja nuestra si sabemos manifestar la mayor intransigencia ideológica, aun más feroz que la de Lenin al principio de la guerra imperialista. Impresionistas sin carácter, como Radek, seguirán abandonándonos. Seguirán hablando de nuestro "sectarismo". No temamos las palabras. Ya pasamos dos veces por esto. Así fue durante la reacción de 1907-1912 en Rusia. Así fue durante la guerra en toda Europa. La reacción actual es más profunda que las precedentes. Todavía habrá capitulaciones aisladas, deserciones y traiciones directas. Esto forma parte del periodo actual. Tanto más segura resultará la selección. En la actualidad, aparecer como un "sectario" del marxismo revolucionario a los ojos de los filisteos, los llorones o los superficiales, es el honor más grande para un verdadero revolucionario. Vuelvo a repetirlo hoy: no somos más que una sociedad internacional de propaganda. No veo en esto ningún motivo de pesimismo aunque tengamos tras nosotros la enorme montaña histórica de la Revolución de Octubre o, para ser más exacto, precisamente por eso. No dudo de que el nuevo capítulo de la revolución proletaria tenga como punto de partida de su desenvolvimiento a nuestro grupo "sectario".

12. Para terminar, diré algunas palabras sobre la fracción de Brandler en conjunto. Usted conviene conmigo que Brandler y Thalheimer mismos son incorregibles. Estoy dispuesto a admitir con usted que en todo caso su fracción vale más que sus jefes. Muchos obreros se dirigen a esta fracción desesperados por la política del partido oficial y al mismo tiempo sin poder olvidar la desgraciada dirección de los ultraizquierdistas después de 1923. Todo esto es cierto. Una parte de estos obreros, lo mismo que una parte de los obreros ultraizquier-

distas, se pasará a la socialdemocracia. Otra parte vendrá hacia nosotros, si no aprobamos a los derechistas. Nuestra tarea consiste en explicar que la fracción de Brandler no es sino una nueva vía que conduce a la socialdemocracia.

13. ¿Necesitamos una plataforma de reivindicaciones transitorias? Sí. ¿Necesitamos una táctica justa en los sindicatos? Ciertamente. Pero sólo podemos hablar de estas cuestiones con los que decidieron clara y firmemente para ellos mismos *por qué* todo esto nos es necesario. Así como no discutiré de las diversas tendencias del materialismo con un hombre que se persigna al pasar frente a una iglesia, no elaboraré una táctica ni consignas con Brandler quien, por principio, llama cara al anverso de la revolución (y viceversa). Hay que empezar por parapetarse tras posiciones de principio, ocupar una justa posición de partida y, luego, desarrollarse según las líneas de la táctica. Estamos actualmente en un periodo de clarificación de principio para nosotros mismos y de delimitación implacable frente a los oportunistas y los confusionistas. Solamente en esta dirección se halla la salida que desemboca sobre la ancha avenida de la revolución.

Mejores e intransigentes salutaciones de su

L. Trotski.

CARTA DE BORIS SOUVARINE A LEON TROTSKI

París, 8 de junio de 1929

Estimado amigo:

Sus cartas más o menos públicas del 31 de marzo y del 25 de abril me invitan a un intercambio de opiniones quizá tardío: sus conclusiones se adelantaron al debate. Sin embargo, esta respuesta puede no ser inútil, aun cuando sólo le proporcione un tema por refutar.

Su manera de abordar el asunto no me parece de lo más acertada. Al plantear como "criterios decisivos" para las tendencias del comunismo internacional cuestiones secundarias de estrategia, táctica, método, aplicación, implica tanto el reconocimiento de los hechos consumados en el Partido Comunista Ruso y la Internacional desde la desaparición de Lenin, cuanto la aceptación de nociones impuestas como doctrina oficial en 1924 por simulacros de congresos: el XIV Congreso del partido bolchevique y el V de la Internacional. Ahora bien, estos hechos y estas nociones representan una ruptura con los principios inspiradores y directrices de nuestro movimiento hasta 1923. Hubiera sido mejor tomar como piedra angular los axiomas de la teoría y la política comunistas después de someterlos debidamente a la prueba de los hechos.

El comunismo definido por Marx debe ser la expresión de los intereses generales del proletariado; el neocomunismo de 1924, comúnmente llamado leninismo, refleja los intereses restringidos de la nueva formación dirigente de Rusia en contradicción con una herencia de ideas recibidas con el poder y cuyo sentido originario se pierde a medida que este poder cede frente a la presión de las clases más exigentes. Cierto, no podría prescindirse de los hechos consumados, pero el realismo político consiste, por así decirlo, en reconocerlos *de facto* sin admitirlos *de jure.* Y si bien es cierto que las cuestiones de táctica o de método son inseparables de consideraciones de principio, no es una razón para abordar por la tangente, mediante el estudio de los efectos, el examen de las causas. Al final de su segunda

carta, usted invoca "una apreciación exacta de la época y sus fuerzas motoras, una previsión justa del porvenir": he aquí lo que verdaderamente importa ante todo, pero también precisamente lo que usted deja en la oscuridad. No dice una sola palabra al respecto. Había que empezar con esto.

Al constatar la existencia de una interrupción en el sexto año de la revolución rusa, en absoluto es mi intención pretender que el comunismo contemporáneo haya pasado de la perfección absoluta a la degeneración total. Las debilidades y taras de nuestro movimiento existían antes de la muerte de Lenin. Y las responsabilidades del propio Lenin en el giro de nuestro destino son proporcionales al lugar que ocupaba entre nosotros. Pero en el primer periodo de nuestra Internacional, las insuficiencias y los errores se debían sobre todo al movimiento mismo, a las condiciones históricas de su nacimiento en el caos de Europa inmediatamente después de la guerra, a una mentalidad de reacción sistemática contra las tendencias decadentes del socialismo, a la inmadurez de los cuadros de nuestros partidos improvisados: la hegemonía de los bolcheviques era inevitable y correspondía a una selección natural; al favorecer el desarrollo propio de los demás partidos, tendía normalmente a desaparecer para dejar lugar a una cooperación internacional de fuerzas conscientes. En el segundo periodo, el movimiento en progreso merced a la conciencia, la depuración relativa, el temple de las primeras luchas y la experiencia caramente adquirida, choca contra esta tutela que, al principio, históricamente necesaria, tiende a sobrevivir a su necesidad histórica y extrae del Estado soviético los medios artificiales para dominar, al mismo tiempo que el curso de la revolución la vuelve cada vez menos calificada para ejercerse. A las órdenes de una autoridad gradualmente esterilizante, la Internacional declina entonces sin cesar. A esta fase que todavía dura corresponde una nueva ideología compuesta, donde subsisten rasgos de la antigua pero donde predominan las teorías circunstanciales.

Mi observación acerca de la evolución del poder soviético bajo las exigencias de ciertas clases tampoco debe comprenderse como la desaprobación de toda concesión, de todo compromiso en este orden de cosas. Dejemos a los literatos las platónicas afectaciones de intransigencia. Hablando de la Nueva Política Económica (NEP), decía Lenin: "no es una evolución, sino una táctica". Empero, la duración se convierte en calidad y, a la larga, la táctica se transforma en una segunda naturaleza. Tratándose de un país agrario aislado en su revolución, el fenómeno difícilmente podía evitarse; a lo más se podía retrasar y esto debía hacerse orientando racionalmente la economía

soviética en el sentido del progreso industrial, estimulando la actividad del proletariado, animándolo a hacer uso de sus libertades, democratizando realmente el Partido y todas las organizaciones e instituciones de trabajadores, ayudando al desarrollo propio de las secciones de la Internacional. El porvenir habría dependido en mucho de la clase obrera europea. El mérito de la oposición fue entenderlo con tiempo. La culpa de los sucesores de Lenin es no haberlo hecho y volverlo irrealizable por las vías normales. Admitido esto, permanece el hecho de que el poder soviético no debe prohibirse contemporizar con clases o categorías sociales no proletarias, interior y exteriormente. La política de una revolución socialista mucho tiempo aislada sólo puede ser un arte del convenio salvaguardando las posiciones fundamentales. Se trata de saber cómo se podría, cediendo terreno para durar, no perder toda razón de existir: la solución no cabe en una simple fórmula. Solamente quiero decir que un paso hacia atrás no forzosamente es criticable; hay que echar la culpa a los errores que lo volvieron necesario en los casos en que una política clarividente hubiera permitido evitarlo. Y que si el poder soviético se encuentra verdaderamente orillado a transacciones de clase, ésta es una razón más para que el conjunto del movimiento comunista tome sus distancias con el leninismo que las refleja.

En nuestros medios se ha vuelto imposible adelantar una sola palabra sin respaldarla con un montón de explicaciones, precisiones, restricciones. Ya no hay idioma común entre comunistas. Es un síntoma bastante llamativo de desconcierto y decadencia. Desde las primeras palabras de esta carta, ya tuve que recurrir a dos disgresiones aparentes y aun así no se acaba con los riesgos de malentendidos. Cualquier precaución que se tome, siempre se queda uno con el sentimiento de haber dicho demasiado, o demasiado poco. Cada término parece exigir glosas. Y me sería difícil seguir más adelante sin aclarar ciertas interpretaciones del concepto de leninismo.

Descartemos el sentido casi banal en que se empleó la palabra hasta la muerte de Lenin, simple variedad de vocabulario y la vulgarísima aceptación actualmente vigente en la Internacional. No obstante, subsiste un leninismo que reivindica el conjunto del Partido Comunista Ruso, del cual no excluyo a la oposición y que incluso ésta reivindica con singular energía. Para facilitar el razonamiento, admitamos que el leninismo de la oposición sea el más digno del nombre invocado, incluso el único auténtico. Discutiremos de esto algún día con tiempo. ¿Qué representa esta ideología reciente, no en las definiciones ventajosas que algunos dan de ella, sino en la realidad? Para ser más preciso: ¿puede considerarse este leninismo como la

prolongación contemporánea del marxismo? No puedo emprender aquí el estudio, ni siquiera el esbozo, de semejante tema, pero creo útil indicar los lineamientos de una idea general.

El marxismo conoce la eterna suerte de los grandes sistemas filosóficos, históricos o sociales que marcaron su época; como se trata de ciencias no experimentales, los discípulos y comentaristas disponen de un margen de interpretación con límites imprecisos del que a menudo abusan. En particular, es tanto más fácil deformar la concepción materialista de la historia cuanto implica, al abarcar todos los fenómenos de la vida social, actos humanos que difícilmente pueden relacionarse con vículos de causalidad a las fuerzas históricas. Por ende, necesita periódicamente recobrar su verdadero sentido por medio de restituciones hechas con ideas similares a las de los creadores del método. Estos últimos no creyeron necesario redactar tratados de su ciencia y recurrieron a la demostración por el uso, lo que hace que la universalidad de sus conceptos se encuentre repartida en el conjunto de su obra, escrita o vivida. Especialmente, no experimentaron la necesidad de afirmar o confirmar nociones evidentes para ellos, sin autorizar con esto a nadie a considerar estas lagunas como negaciones. Desde hace ya más de un cuarto de siglo, se han instituido controversias sobre diversos aspectos del marxismo y, si no fueron inútiles las primeras, es forzoso constatar el carácter ocioso de las más recientes: repiten y vuelven a mascar los argumentos y las réplicas conocidos. Este es otro síntoma de decaimiento del pensamiento comunista: no sale de las repeticiones inútiles y eso en un mundo en evolución y frente a ciencias físicas y naturales en progreso. Todavía hay que tomarse la molestia de recordar, de vez en cuando, que aparte de la causa económica y el efecto político, también es necesario tomar en cuenta la acción de rechazo del efecto sobre la causa y todo lo que de ahí resulta. O, si no, explicar la inutilidad de agotarse en investigaciones sobre la repercusión de los descubrimientos técnicos en materia de cemento armado en la venalidad de algún general chino. Sin hablar de la influencia del petróleo sintético sobre la sicología de un jefe de departamento. Correctamente manejado, el instrumento de trabajo marxista habría permitido superar desde hace mucho tiempo este nivel teórico.

En el terreno de la lucha práctica, afortunadamente las diferenciaciones siempre fueron más sencillas. En la socialdemocracia rusa de antaño, ramificación del marxismo político activo, el menchevismo expresaba la propensión al fatalismo económico, entonces llamado "mahometano" por escarnio y, el bolchevismo la tendencia activista a veces denominada jacobina o blanquista. El menchevismo parecía

más ortodoxo porque era más fiel a la letra, mientras que el bolchevismo se permitía libertades en nombre del espíritu. Sin embargo, a la luz de la experiencia histórica, el bolchevismo resultó ser la inspiración animadora de la revolución. ¿En qué residía su superioridad? Encontré al respecto una notable e involuntaria explicación preventiva en un escrito de Lenin ("Nuestro programa", de 1899) publicado solamente después de su muerte. He aquí el fragmento sobresaliente:

> "De ninguna manera consideramos la teoría de Marx como algo perfecto e inatacable: al contrario, estamos convencidos de que esta teoría sólo dio los cimientos de la ciencia que los socialistas deben perfeccionar necesariamente en todos los sentidos si no quieren quedarse a la zaga de la vida. Pensamos que los socialistas rusos en particular necesitan interpretar de modo independiente la teoría de Marx, ya que sólo proporciona direcciones generales que, en el detalle, deben aplicarse de manera diferente en Inglaterra y en Francia; en Francia de otro modo que en Alemania y en Alemania no como en Rusia".

Esta manera de no conformarse a la letra de las fórmulas de Marx era realmente la más conforme a la enseñanza del marxismo. El bolchevismo fue la aplicación inteligente y eficaz del método marxista en Rusia para la conquista del poder. Pero en Rusia. No en otra parte. Puesto en práctica en otros países, habría fracasado. Por lo demás, esta versión rusa prerrevolucionaria del marxismo no desempeñó ningún papel en la Internacional antes de la guerra. Por más que se intente subrayar el apoyo de Lenin a la enmienda de Rosa Luxemburgo en Stuttgart, sólo se logrará hacer resaltar la verdad de la observación. Lenin atacó violentamente a los "venerables" fundadores de su Partido, Axelrod y demás, a su maestro Plejánov, a su amigo Mártov; luchó ásperamente contra Rosa Luxemburgo y los líderes polacos, mezclados al movimiento ruso: pero se abstenía de tratar de la misma manera a Bebel y Kautski, Guesde y Adler, Jaurés y Turati, Hyndman y Vandervelde. Si emitió su opinión en contra de Bernstein, fue a propósito de una controversia general del socialismo europeo en la cual no se singularizaba mucho y la excepción confirma la regla. Buena lección para todos nosotros hoy día; sólo nuestro trabajo en nuestro propio país puede calificarnos para intervenir útilmente en los demás. Después, durante la revolución, Lenin insistirá a menudo sobre su idea favorita de respetar el carácter propio y las particularidades de todo movimiento revolucionario.

El bolchevismo era una simplificación del marxismo para uso de

un país con clases claramente delimitadas donde la revolución se inscribía permanentemente al orden del día contra un régimen que se sobrevivía a sí mismo. En el terreno de las ciencias sociales, habría representado un marxismo empobrecido, pero en la acción práctica respondía a las necesidades de tiempo y lugar. Este es su mérito imprescriptible. Octubre lo sancionó. Pero la conquista del poder es una cosa y la organización socialista de la economía otra. El bolchevismo posrrevolucionario ya no es capaz de resolver los problemas del poder. Mientras dura la guerra civil, sus calidades primordiales encuentran su aplicación, el genio estratégico de Lenin hace maravillas, los adictos de las diversas escuelas socialistas rusas se funden en el gran Partido de la revolución y surgen ahí como las mejores cabezas. En la era del trabajo pacífico creador, el bolchevismo se muestra insuficiente para la tarea. El renacimiento de la producción rusa se lleva a cabo en el sentido de un capitalismo de Estado donde una nueva categoría social se apropia y consume gran parte de la plusvalía producida por los asalariados. Lenin muere sin haber podido mostrar si hubiera sido capaz de transformar el bolchevismo guerrero en bolchevismo constructor. Muere y deja una herencia demasiado pesada a discípulos acostumbrados a no pensar sino a repetir la palabra de su maestro.

Mientras desempeñaba su grandioso papel en la escena rusa a la cual estaba adaptado, el bolchevismo intervino en la arena internacional. Después de los primeros balbuceos de Zimmerwald y Kienthal, donde la izquierda no era más que una débil minoría, sigue la acción de gran amplitud con delegaciones de emisarios, el estímulo dado a los grupos revolucionarios de otros países, luego la formación de la III Internacional. La inteligencia política de Lenin, su conciencia de la originalidad de las condiciones de cada país y de las soluciones propias a cada partido se ven desbordadas por el ímpetu del movimiento que lo rodea. Y aquí están los resultados, el contraste con las victorias en Rusia es impresionante. En Europa sólo hay derrotas, sólo hay fracasos. De toda una época de guerras civiles, de encarnizadas luchas de clases, ni siquiera quedan, para el futuro del proletariado, partidos comunistas dignos de este nombre, ni siquiera el recuerdo de episodios que merezcan enriquecer la tradición revolucionaria. Sin Lenin y sin usted, sin su golpe de timón "a la derecha" en el III Congreso de la Internacional, nuestros partidos hubieran perecido en la sangre. Privados de Lenin y cortados de usted, se consumen en la impotencia.

Fuera de Rusia el bolchevismo fracasó. Y no solamente por haberse equivocado sobre las relaciones de fuerzas. No entendió el carácter

de la época, no supo analizar el estado del capitalismo, calculó mal las facultades de resistencia de las clases dominantes, sobrestimó la conciencia y la combatividad de las clases explotadas y cometió el error fatal de querer fabricar partidos comunistas a semejanza suya. Sin dejar nunca de profetizar, no previó nada. No ocurrió nada de sus predicciones apocalípticas, ni las crisis, ni las revoluciones, ni las guerras anunciadas sin tregua, con aplomo. En cambio, nos dimos cuenta demasiado tarde del restablecimiento del equilibrio capitalista, la hegemonía estadunidense, el fascismo, las consecuencias de la ocupación de la Ruhr, el plan Dawes, la nueva etapa de la revolución china y cuando se produce una insurrección en Viena, una huelga general en Inglaterra, todo sucede sin nosotros. Cuando los comunistas tienen algo que ver con lo que pasa, el partido no sólo es derrotado sin provecho, sino desacreditado: después de Finlandia, Hungría, Bavaria es el caso de Bulgaria, Estonia, China. Y si frente a los acontecimientos de la década pasada, durante un tiempo el más lúcido entre nosotros ha sido usted, aunque compartiendo errores colectivos, esto sin duda se debe al hecho de que usted era el hombre que es, pero probablemente también a su crecimiento autónomo fuera del bolchevismo.

El bolchevismo posrrevolucionario hubiera necesitado una vuelta a Marx. Al revés, se alejó cada vez más del marxismo. Su esquematismo simplificador llevó la parodia de la doctrina original hasta la caricatura. El determinismo económico de sus adaptadores se ha vuelto poco a poco digno de una comedia de Molière. Y las consecuencias de sus principios de organización prepararon la ilustración posterior de las visiones proféticas de Chtchedrin. Marx y Engels, como teóricos militantes, al tener que recalcar ciertas demostraciones, subrayar ciertos rasgos de su concepción para las necesidades de la polémica, ya habían dado motivo a las exageraciones y deformaciones económico-materialistas de discípulos demasiado limitados. Engels lo reconoció en términos explícitos. De tal modo, un marxismo bastante elemental fue de uso en la II Internacional. El bolchevismo se había ajustado perfectamente a una simplificación específica, necesaria para las condiciones catastróficas de la inminente caída de un inmenso imperio anacrónico. Después del trastorno, demostró que estaba, como dice Lenin, "a la zaga de la vida" y, absorbido por el nuevo Estado en construcción, dejó hacerse más grande el retraso. De manera insensible, se formó un bolchevismo de Estado que, después de la muerte de Lenin, tomó el nombre de leninismo.

Este leninismo representa a su vez una simplificación desmedida del bolchevismo de después de la toma del poder y una nueva etapa

de alejamiento del marxismo. No sólo se halla aún más "a la zaga de la vida" que la doctrina precedente sino que está inhabilitado para alcanzarlo. Se trata de una teoría que elimina del marxismo el método dialéctico, la riqueza científica, la universalidad, para sólo conservar de él ciertos esquemas desprovistos de valor sin el contenido originario y una práctica de carácter religioso sometiendo las masas a una obediencia, fórmulas, ritos cuyo conjunto constituye a la vez la actividad del Partido y la vida del Estado. El leninismo es una mística armada de una fraseología determinista que vive de las cenizas de Lenin después de haber sofocado su luz, así como el menchevismo se aferraba devotamente a la letra de los textos de Marx sin apropiarse del fondo. Logra perdurar en Rusia aprovechando un entorpecimiento social, viviendo de lo adquirido y saqueando las herejías que condena; pero sus intervenciones en Europa, en América y en Asia son una irrisoria inanidad. Con razón todas las fracciones del comunismo se valen de él, pues no son sino variantes de un mismo fenómeno, a pesar de las influencias externas que empiezan a hacerse sentir en ellas.

En 1923, dándose cuenta de ello o no, la oposición tendía a delimitarse del leninismo; en 1926, después de algunos sobresaltos, volvió al atolladero común. Al adoptar el nombre de bolchevique-leninista, tanto como al esforzarse por realizar el proyecto, en defensa suya confiesa rivalizar con la mayoría en una emulación de conformismo seudoleninista, de fidelidad al pie de la letra a textos de Lenin, además escogidos y aislados, como si se encontraran ahí respuestas definitivas a todas las cuestiones planteadas por la historia. En la literatura bastante abundante de la oposición, no se halla un solo ejemplo de alusión crítica a un acto o una palabra de Lenin. En las filas de la oposición no hubo iconoclasta alguno que protestara públicamente contra la divinización de Lenin y el que se hiciera una Biblia de su obra, ni que propusiera incinerar el cadáver embalsamado junto con su mausoleo. En la práctica de la oposición, vuelve uno a encontrar las reacciones espontáneas, los métodos, las costumbres de la mayoría. El leninismo nivela por abajo a los hombres y a las fracciones.

La explicación sociológica lejana de esta ideología se relaciona probablemente con el carácter rural primitivo del país donde ha sido elaborada. El leninismo es una expresión de la ignorancia campesina recubierta con un barniz de marxismo. Siguiendo a Kautski, Lenin veía en el pensamiento de Marx una síntesis superior de la filosofía alemana, de la economía política inglesa y del socialismo francés. El leninismo prescinde de todo este contenido intelectual para forjar

un sistema de creencias. Además, los únicos marxistas rusos son aquellos que vivieron en Occidente o asimilaron una sólida cultura europea. Así es como el actual conflicto entre las dos principales tendencias en el Partido ha revestido en parte el aspecto de la tradicional disputa entre eslavófilos y occidentales y exhaló, a veces, el olor del nacionalismo "verdadero-ruso". El marxismo, valiéndose también del racionalismo de los enciclopedistas, casi no tiene nada en común con este fenómeno de misticismo campesino que realizó, a su manera, después de la muerte de Lenin, el consejo de Carlyle que instaba a Inglaterra a reconocer por fin "su Lutero y su Cromwell, su sacerdote y su rey". Pero en lo que no había pensado el predicador místico, fue en una fusión de lo espiritual y lo temporal en un cadáver, cuyo ilegítimo heredero hay que soportar después.

La superioridad de la que se vanagloria la oposición, a saber, de tener una "línea leninista de izquierda", es ilusoria. Primero, esta línea es imposible de encontrar; después, aun suponiendo que sea leninista, no es suficiente para infundir respeto; por último, el hecho de que sea de izquierda no demuestra nada. A menos de tomar, según la expresión de Bacon, "la paja de los términos por el grano de las cosas", uno no puede sino advertir la actual identidad congénita entre las tesis de la oposición y las de los dirigentes en cuanto al encadenamiento de los postulados con las deducciones, al mecanismo del pensamiento, al sentido general. La disparidad de conclusiones secundarias no importa. Por eso la mayoría de los oposicionistas pudo tan fácilmente volver a la "línea" oficial: no basta con dividir a sus partidarios en "capitulacionistas" y "anticapitulacionistas" para salir bien de este apuro, especialmente cuando se pretende, por otra parte, explicarlo todo mediante las corrientes de clase. El examen de sus afirmaciones esenciales mostrará si estoy equivocado. Tengo prisa por llegar a esto. El capítulo sobre el leninismo merecería un trabajo aparte y a fondo; cuando quiera, lo ilustraré con ejemplos, comparaciones y pruebas en apoyo de las precedentes aserciones.

"Nos dirigimos hacia una época tan difícil que debemos considerar valioso cualquier amigo de ideas, incluso cualquier amigo de ideas *posible.* Rechazar uno –y a mayor abundamiento todo un grupo–, a causa de una estimación imprudente, una crítica parcial o una exageración de las divergencias de opiniones, sería cometer un error imperdonable". Esta es su primera afirmación y la suscribo plenamente. Pero al mismo tiempo usted asigna de oficio un lugar "del otro lado de la barricada" a aquellos que no tienen la misma respuesta que

usted a las cuestiones que decidió erigir como "criterios". A no ser que se trate de una barricada circular, cualquiera que se permita interpretar y resolver a su manera ciertas dificultades de táctica y método se encuentra entonces en el campo de la burguesía. Con su concepción de las clases y de las corrientes políticas, todo se simplifica, todo se aclara sin muchos esfuerzos: de un lado, proletariado e izquierda; del otro, burguesía y derecha y, como sucede que subsisten algunas situaciones más complejas, ahí está el "centrismo" que, si no existiera, habría que inventar para meter ahí todo lo que molesta. En cuanto a la barricada, como no tiene tres lados, se trata de una metáfora de uso ocasional, para los casos en que no se debe recurrir al providencial centrismo.

Luego usted dice, con toda razón, que la oposición se forma "con base en una delimitación de las ideas" y no "con base en una acción de masas" y que "durante un periodo de estancamiento o de ocaso, los agrupamientos de ideas siempre se inclinan más hacia la diferenciación", etc. "La delimitación clara y precisa de las ideas es absolutamente indispensable". Es exactamente lo que pienso. "Es imposible obtener la unión de la oposición predicando de manera abstracta la fusión o recurriendo a simples medidas de combinación de organizaciones", añade su *alter ego,* en el mismo sentido. Totalmente de acuerdo. Estas opiniones justifican ampliamente la resistencia opuesta a las tentativas desconsideradas de unión de los grupos de oposición en Francia dictadas por la oposición rusa y que usted desaprueba ahora de diversas maneras. Pero, ya que también admite que por ahora el problema es la "delimitación de las ideas", ¿dónde quedó su teoría de las influencias obligatorias de clase que impregna todos sus últimos escritos? ¿Las ideas serían la emanación rigurosamente automática de los estados, relaciones y remolinos de clase? Si ésta fuese su concepción, usted confirmaría mi tesis sobre el leninismo de la oposición de tal modo que me eximiría de cualquier demostración posterior. Por último, en lo que se refiere a la claridad y la precisión que usted exige en tres ocasiones, en efecto son necesarias pero, a mi modo de ver, no en el sentido en que tal vez usted lo admitiría. Tengo un vago recuerdo de Henri Heine a propósito de un autor cuyo talento consistía en sacarle las lágrimas a su público, calidad que compartía con una vulgar cebolla. Asimismo, la claridad y la precisión que espera usted son fáciles de obtener, gracias a la técnica contemporánea, con un vulgar disco de fonógrafo. Incluso, hasta hoy esto es todo lo que ha obtenido como ayuda en la Internacional. Así, "Moscú" tuvo antes que usted una multitud de simpatizantes de los cuales ya no queda ni la huella. Me permito, pues,

precisar que las ideas no sólo deben ser claras y precisas sino también pensadas, asimiladas, conquistadas de un modo casi orgánico. Debería ser evidente. Pero hoy en día hay que poner los puntos sobre las íes.

Usted dice que "el oportunismo comunista se manifiesta por la tendencia a reconstituir en las circunstancias presentes la socialdemocracia de la preguerra", atribuyéndome vagamente tal desviación, más clara según usted en Brandler y Thalheimer. No sé lo que piensan éstos ni sobre qué se basa su crítica. Por lo que a mí respecta, indudablemente está usted equivocado. Como no se refiere a hechos ni a textos, mi refutación no encontraría asidero. ¿Urge una profesión de fe sobre este tema inesperado? Mi fidelidad al espíritu de los cuatro verdaderos congresos de la Internacional debería disipar sus dudas. Quien se equivoca seriamente es usted con su concepción del oportunismo: desde hace varios años usted y sobre todo sus seguidores, noventa por ciento de las veces acusan injustamente de oportunismo a sus contrincantes y adversarios. Le voy a oponer una excelente definición de Lenin, ya que está prácticamente prohibido arriesgar una contradicción sin apoyarse en autoridades reconocidas: "el oportunismo es el sacrificio de los intereses primordiales de la masa al interés momentáneo de una ínfima minoría de obreros o bien la alianza de una parte de los obreros con la burguesía contra la masa". Engels definió más brevemente al oportunismo como "el abandono de las consideraciones fundamentales en favor de los intereses pasajeros". Esto no corresponde mucho a la tendencia denunciada. ¿Hay entre nosotros camaradas quienes, aun cuando sean tal faltos de espíritu dialéctico, anhelan reconstituir la vieja socialdemocracia después de quince años, en condiciones tan profundamente diferentes a las de antaño? Ya que en esa estamos, ¿por qué no hacer de nuevo la Conjuración de los Iguales? Y a este respecto, precisamente, algunos de nuestros amigos no están lejos de haberlo pensado. Hablaremos de ello más tarde, si procede.

Al hablar del partido de Bebel, observa usted: "la historia es testigo de que este partido se convirtió en la socialdemocracia de hoy en día. Esto significa que en el periodo de preguerra el partido de Bebel ya era del todo insuficiente". Justo. Pero déjeme añadir: la historia es testigo de lo que ha devenido el partido de Lenin; esto prueba que, en vida de Lenin, este partido ya estaba enfermo. Y no soy yo quien piensa en resucitar el partido de Bebel, sino más bien usted quien quiere rehacer el partido de Lenin, como si no hubiera pasado nada desde hace cinco años. Podría intentar demostrarlo, pero usted tiene prioridad para reforzar su juicio sobre mí. Sólo añadiré una

palabra: todo mi trabajo tiende hacia la *superación* de las etapas señaladas por nuestros antiguos partidos; por ende, se trata de lo contrario de una vuelta hacia atrás. Nadie puede pretender tener éxito en eso, pero el *sentido* de tal esfuerzo no puede negarse.

Pasemos a su punto de vista sobre la correlación entre las clases sociales y las tendencias políticas. Es necesario aclarar un tanto esto ya que, si no, todos sus escritos de los últimos años escaparían al análisis. Hasta podría llegar yo a sostener que se vuelve prisionero de una terminología y que la expresión de su pensamiento padece de una especie de velocidad ya adquirida. Según usted, todo se reduce a posiciones de "izquierda" o de "derecha", en correspondencia con las corrientes proletaria o burguesa; quien se imagina sustraerse al dilema es, en el mejor de los casos, un utopista propenso a colocarse "por encima de las clases" o "entre las clases" y, en realidad, un "centrista" que se ignora y quiere conciliar los antagonismos sociales: su equilibrio inestable debe hacerlo caer tarde o temprano de un lado o del otro de "la barricada". Existirían "tres tendencias clásicas del socialismo: el marxismo, el centrismo y el oportunismo"; también las denomina "tendencias históricas"; dice que están "compenetradas por un contenido social"; en el "ambiente soviético", este contenido social es "absolutamente indiscutible" (advierto el matiz porque ciertamente quiere decir que fuera de Rusia este contenido no es tan preciso) y llama a estas tendencias, respectivamente de izquierda, centro y derecha. Veamos esto desde más cerca, bajo el ángulo histórico, el único que conviene al método de investigación marxista.

En el movimiento proletario británico cartista, la *Working Men's Association*, inspirada por Owen y Hodgskin, representa a los "cartistas de la fuerza moral" (hoy se diría derecha) y la *Democratic Association*, influenciada por el jacobinismo burgués francés, representa a los "cartistas de la fuerza física" (ahora se diría izquierda). O'Connor escribía en la *Northern Star:* "Invariablemente el grito de la clase obrera era: 'no nos separen de los *whigs*'; como éste era mi objetivo principal, tuve que luchar contra montañas de dificultades". En las revoluciones francesas del siglo XIX, la izquierda se expresa a través de las sociedades secretas y los agrupamientos insurreccionistas inspirados por Blanqui, donde predomina la influencia de los pequeñoburgueses, los intelectuales, los artesanos, mientras que los proletarios más bien se dirigen hacia la derecha, hacia el democratismo religioso de Buchez, el comunismo pacífico de Cabet, el mutualismo de Proudhon. Después de la revolución de 1848, Marx y Engels son los derechistas porque liquidan las ilusiones de los habladores pequeñoburgueses, los Ledru-Rollin, los Louis Blanc, los Mazzini, los Kossuth;

al respecto, una célebre página de Engels permanece asombrosamente actual:

> "La democracia vulgar esperaba la liberación de la noche a la mañana; nosotros explicábamos desde el otoño de 1850 que la primera parte del periodo revolucionario por lo menos había concluido y que no había que esperar nada hasta la explosión de una nueva crisis económica universal. Por ende, nos rechazaron como traidores a la Revolución las mismas gentes que casi todas hicieron la paz con Bismarck..."

En Alemania, los lassallistas alguna vez pasaron por izquierdistas a causa de su postura y su prosa, frente a los socialistas de Eisenach y a los marxistas; su teoría de apariencia muy radical: "enfrente de la clase obrera, todas las demás clases no forman sino una sola masa reaccionaria", renace en el "serrucho" leninista actual: "clase contra clase" y su práctica de apoyo a Bismarck se prolonga en la táctica leninista de apoyo solapado, pero efectivo, a Hindenburg, a Poincaré, a Chamberlain; el encalado marxista proletario del programa de Erfurt no impidió, por lo demás, la rutina estatista democrática lassallana de la socialdemocracia. En la I Internacional, Marx se halla a la derecha de Bakunin, la ciencia revolucionaria está desbordada por el temperamento sedicioso campesino. Después de la Comuna, los blanquistas refugiados en Londres rompen con los marxistas que acusan de tibieza e inacción. Durante medio siglo el anarquismo, de origen campesino pero que tuvo algunas repercusiones obreras, hostigó al socialismo proletario desde un punto de vista admitido como "de izquierda". En Rusia, los pioneros de la socialdemocracia, futuros bolcheviques y mencheviques, son prosaicos derechistas frente a los *narodovoltsi*, los terroristas, los socialistas-revolucionarios, los maximalistas, campeones de la insurrección del "pueblo", de los campesinos. Después de la revolución de 1905, Lenin se encuentra a la derecha de su partido y se alía con los mencheviques contra su izquierda, de la cual se separa. En Francia, la tendencia de izquierda se expresa en el herveísmo, de triste memoria. En Holanda, la brillante escuela de los marxistas de izquierda con Pannekoek y Gorter es una corriente de intelectuales. En la revolución alemana contemporánea, Liebknecht y Rosa Luxemburgo pasan por derechistas y su izquierda se hunde en el *National-Bolschevismus* o bien hace polvo en una pequeña secta obrera separada de la acción. Durante la crisis comunista de Brest-Litovsk, Lenin otra vez está a la derecha y Bujarin, junto con los socialistas-revolucionarios de izquierda, lo trata

de capitulacionista. Después de nuestras derrotas en Europa central, en el III Congreso de la Internacional de nuevo es Lenin el derechista, con la activa participación de usted. En su carta al congreso de Iena, Lenin escribía en 1921: "para elucidar y corregir estas faltas (que algunos presentaron como ejemplos típicos de la táctica marxista), era *necesario* estar en el ala *derecha* durante el III Congreso de la Internacional". Después de la muerte de Lenin, sus verdaderos continuadores son condenados como fracción de derecha por haber hablado de democracia en el Partido, de industrialización, de plan de orientación económica, de pausa en la revolución europea.

La experiencia histórica ilustrada con un serio análisis de las tendencias de clase se revela, pues, en contra de su esquema. Muestra que las corrientes llamadas de izquierda traducen frecuentemente la impaciencia, la combatividad o la ideología de las fuerzas pequeñoburguesas citadinas y rurales, aun cuando arrastran a elementos del proletariado; en determinados cúmulos de circunstancias —no revelados aquí puesto que en absoluto tengo la intención de defender la opinión contraria a la suya—, es una fracción del proletariado la que se encuentra a la izquierda, lo que prueba que hay que evitar las generalizaciones lapidarias ante la complejidad del tema; en regla general, la clase obrera en su masa organizada se inclina en el sentido llamado de "derecha" y esto lo confirma de manera duradera el imponente crecimiento numérico de los sindicatos reformistas y las organizaciones socialistas, sin hablar siquiera del residuo de socialdemocracia que subsiste en los partidos comunistas. Las crisis del capitalismo engendran una dinámica en las fuerzas de clase que escapa a las clasificaciones rígidas, a las fórmulas comodines y exige un método de interpretación ágil, vivo, rico y, si me permite una sentencia de Lassalle: *armado con toda la ciencia de la época.* Los más auténticos intérpretes del marxismo no se colocan necesariamente ni a la izquierda ni a la derecha y sería arbitrario tacharlos de centrismo, ya que esta denominación se refiere a los convenios equívocos entre doctirnas incompatibles; en nuestro III Congreso, definíamos su posición de la manera siguiente: "ni oportunismo de derecha, ni inoportunismo de izquierda"; la conciencia revolucionaria y la ciencia comunista no caben en moldes definitivos, sin que esto implique que están "por encima de las clases" ni "entre las clases".

Las dos grandes revoluciones del continente, llevadas a cabo en países agrarios y que por ello presentan singulares semejanzas a pesar de sensibles diferencias de época, de condiciones internas y de circunstancias exteriores, de desarrollos, de ideas recibidas y de influencias experimentadas, no pudieron evitar golpear a su ala izquierda después

de la derecha. En Francia, los Enragés y los Hebertistas fueron aniquilados por haber incitado, éstos al saqueo y aquéllos a la guerra. La idea corriente en los comunistas de que estas amputaciones condujeron directamente al Termidor, no resiste cinco minutos frente a una argumentación avisada. En Rusia, los socialistas-revolucionarios de izquierda y los anarquistas fueron derrotados asimismo por haber incitado, éstos al saqueo y aquéllos á la guerra. Robespierre y Lenin, cada uno encarnando *su* revolución, no podían actuar de otro modo. Ni uno ni otro pueden ser tachados de centrismo, a no ser que se cambie el sentido del término. No suprimieron su izquierda para compensar el aplastamiento de su derecha, sino porque estaban conscientes del peligro que se correría si las minorías activas lograran arrastrar a las masas seduciéndolas con programas irrealizables. Antes de ellos, en el momento de la "gran rebelión" inglesa del siglo XVII, Cromwell asimismo tuvo que golpear a su derecha y a su izquierda, los presbiterianos y los niveladores, mientras que la revolución industrial sólo iba a engendrar las clases de la sociedad moderna en el siglo siguiente. Una política revolucionaria consciente tiene la obligación de detener cualquier ola, aun la proveniente de la clase cuya ascensión refleja o de las clases aliadas, que presente el peligro de desviarla de su ruta histórica.

En cuanto al contenido social de las "tres tendencias", por más que usted diga, es muy discutible, aun en el "ambiente soviético" e incluso limitándonos al movimiento comunista. En 1925, uno de los principales teóricos de la oposición, experto en el manejo de su método, definía de la siguiente manera las corrientes políticas y sociales del Partido según las ideas de los líderes: Zinoviev, Kamenev, Sokolnikov representan por excelencia a la derecha, los campesinos; Trotski, Piatakov, Preobrajenski, a la izquierda, los proletarios; Stalin, al centro, los burócratas. Seis meses después, los tres más auténticos derechistas se hallaban en la izquierda. Luego, varios de sus lugartenientes o ayudantes de izquierda se dirigieron hacia la derecha, quedándose la mayoría en el centro. Otros personajes representativos de clase tuvieron, según su ortodoxo intérprete, enigmáticas vicisitudes: Rikov, reflejo de la mentalidad de los técnicos y Tomski, de los obreros calificados, hubieran debido sostener una política de industrialización; ocurrió lo contrario. Racovski y Radek, con fama de derechistas, se encontraron en la izquierda, cada quien con sus razones, en espera de regresar a su punto de partida o a otro lugar. Una teoría que acerca, hasta volverlos inseparables, los programas políticos y los intereses sociales, explica mal todos estos cambios de sitio. En cambio, pueden encontrarse explicaciones aproximativas

si se hace intervenir también los datos subjetivos sin perder de vista las nociones marxistas de sociología. Las ideas, aun nacidas de exigencias de clase, adquieren una vida propia, reaccionan de rebote sobre sus orígenes y se influencian recíprocamente. A su vez, las personalidades desempeñan su papel con una importancia variable. Se necesitan graves crisis para que las fuerzas económicas y sociales anulen las causas secundarias y hagan prevalecer los grandes intereses colectivos. Entre dos crisis, como en el periodo actual, no es raro que los motivos menos importantes se antepongan a las determinantes profundas. El verdadero marxista es precisamente aquel que discierne los "momentos" sucesivamente esenciales en el ciclo de las causas y los efectos.

Los términos convencionales de izquierda y derecha sobrentienden significaciones muy diversas (negativas y positivas, como se dice en Rusia), y esto es tan cierto que pueden adoptar un sentido ora elogioso, ora peyorativo, según las circunstancias en las cuales se emplean o bien la entonación que se les da en determinada atmósfera. (En el movimiento revolucionario, "derecha" implica casi siempre una idea despreciable y era preciso ser un Lenin para escogerse tranquilamente un lugar a la derecha, mientras que sus camaradas de tendencia más discutidos intentaban hacerse pasar... por la verdadera izquierda). En "izquierda" puede leerse espíritu revolucionario, entusiasmo militante, intransigencia de clase, pero también charla romántica, atolondramiento, demagogia o aventurismo. En "derecha", puede encontrarse espíritu de contemporización o de compromiso, miedo a los golpes, oportunismo, pero también conocimiento exacto de la realidad, apreciación justa del obstáculo, inteligencia táctica. Una misma facultad puede ser cualidad en unos y defecto en otros: un partido combativo debe saber contemporizar, pero la contemporización elevada a la altura de un principio, como lo hacen los ingleses con el culto de Fabius Cuntactor, se convierte en liberalismo burgués. Además, un Trotski puede permitirse en sus estudios expresiones que se presten a la exégesis, pero no tiene derecho a ponerlas en circulación como fórmulas políticas susceptibles de trasmutarse en veneno con la intervención de vulgares filisteos.

En lo que se refiere al "centrismo", es difícil comprender exactamente lo que entiende con esto. "Más de una vez –escribe usted– definimos la línea general de la Internacional Comunista como centrismo". No ha definido absolutamente nada. Al contrario, el centrismo le conviene para evitar las definiciones. ¿De qué manera, por ejemplo, el motín de Reval y las explosiones de Sofía competen al

centrismo? ¿O bien la táctica que tiende a favorecer, en las luchas políticas electorales, en Francia a los reaccionarios y los clericales, en Inglaterra a los conservadores y los jingoes? ¿O bien la denuncia del pacto Kellog como amenaza de guerra contra la República de los soviets al mismo tiempo que el gobierno soviético lo firma? En este caos teórico y táctico, a veces sangriento, se mezclan diversos fenómenos de aberraciones personales y colectivas, de degeneración física y moral, de desconcierto intelectual, de ignorancia, de presunción –emanaciones de una verdadera papilla social donde la inconciencia del proletariado rivaliza con la incoherencia del pequeñoburgués. Ya sé que usted tiene una respuesta lista, siempre la misma, para cada caso embarazoso: el viraje, ora de derecha, ora de izquierda. Se trata precisamente de una respuesta para no responder. Pues queda por explicar el viraje, darle este contenido social cuya existencia usted conoce, de fuente segura. Durante la guerra, Lenin combatía un "centro" que había definido: se trataba de una posición intermedia entre el reformismo integral y el marxismo consecuente. El "centro" de los parlamentos burgueses también representa una tendencia suficientemente comprensible para todos. Pero el centrismo de usted permanece, si no inexplicable, por lo menos inexplicado a pesar de explicaciones ocasionales que no resistirían la yuxtaposición.

Contar con el ocaso del capitalismo cuando la producción y la técnica están en pleno desarrollo; vaticinar una revolución próxima mientras que, frente a nuestros ojos, los partidos comunistas se aislan y se degradan; prever la guerra ante un periodo de paz –tal vez esto sea muy "izquierdista", pero no es cosa de revolucionarios conscientes dignos de conducir las masas. En público Lenin llamaba "jactancia comunista" *(comtchvanstvo)* a esta verbonomía sonora y, en privado, se expresaba de manera aún más severa. Claro está, el repetir durante dos o tres décadas el anuncio de algún violento sacudimiento social siempre terminará por encontrar una aparente justificación en el mundo capitalista lleno de crisis sucesivas; empero, el acontecimiento no tomará menos por sorpresa a todos aquellos que hacen profesión de presagiarlo. Para darse cuenta efectivamente del porvenir capitalista en el desarrollo de las fuerzas productivas, de las reales amenazas de guerra y de las posibilidades efectivas de revolución, no sólo es preciso un punto de vista de clase y un método de análisis marxista sino el dominio de sí mismo, el estudio y algo de modestia. Lo que no es incompatible con el espíritu combativo, con una sana audacia. A falta de esto, aun en situaciones catastróficas, comunismo será sinónimo de bancarrota. Y si ésta es una inclinación hacia la derecha, que así sea. Afortunadamente la alternativa no está demostrada y

el comunista perspicaz encontrará su orientación de clase sin caer en el infantilismo empedernido ni la senilidad precoz.

Los tres "criterios" adelantados en su primera carta para apreciar las actuales tendencias comunistas, me parecen arbitrariamente escogidos y desprovistos de valor en sí. Está usted esperando de un comunista francés, checo o italiano que proporcione una solución definitiva a los problemas esenciales de la política en Inglaterra, de la economía en Rusia, de la táctica en China. A falta de esto, lo coloca de aquel lado de "la barricada" donde se encuentran, según usted, la burguesía, la socialdemocracia y el "bloque centro-derecha". Y la corrección de su posición se establece en conformidad con su propio punto de vista, considerado este último como referencia probablemente por predestinación. Todo esto no corresponde a nada serio. Independientemente de su visión global sobre la época, un comunista debería juzgarse más bien con base en la lucidez de que haga muestra en los asuntos de su propio país. Su visión internacional no sería por eso desdeñable, sino que tendría tanto más precio cuanto el individuo se mostrara digno de su tarea en el terreno donde lo colocó el azar. En el mundo contemporáneo, no hay un cerebro enciclopédico capaz de dominar todas las cuestiones vitales. La especialización, ligada a conocimientos generales, se vuelve necesaria tanto en política como en la producción. La ventaja de una colectividad internacional es justamente de agrupar capacidades cuyo equivalente no existe en una sola cabeza. En determinadas circunstancias históricas, el criterio decisivo puede ser otro: la Comuna de París, la guerra de 1914, la revolución rusa podían comprobar la calidad de un comunista de Suecia, España u Holanda. Pero la historia del "comité anglo-ruso", las peripecias del "Koumintang" y las complicaciones de la NEP permanecen muy oscuras para la totalidad de los comunistas de ambos hemisferios, con excepción de algunos en cada uno de los países directamente interesados. En cuanto a los rarísimos camaradas que poseen una vista panorámica del mundo y una cultura suficiente y, cuyo más eminente representante es usted, corren el riesgo de extraviarse, tal como lo demuestra precisamente su ejemplo, lo que voy a intentar establecer a insistencia suya.

Marx y Engels, cuya obra resiste el deterioro del tiempo y al veneno de la erudición burguesa y cuya envergadura crece a medida que se acentúa la perspectiva histórica, vivieron en Inglaterra y estudiaron especialmente esta tierra clásica del capitalismo. Ahí observaron el desarrollo de las clases, en relación con la evolución de la técnica

y las consecuencias de sus antagonismos. Sin embargo, ahí tal vez sus facultades de previsión fallaron. Lenin, cuyo sentido político, cuyo "realismo" reconocen incluso los hombres de Estado burgueses y cuyo dominio del análisis marxista y flexibilidad táctica conocemos, también vivió en Inglaterra y se permitió predicciones rebatidas por los hechos. Creía en una revolución británica después de la guerra y veía en la red de los *shop stewards' committees* el embrión de un sistema soviético. Quiso reunir los diversos partidos y grupos comunistas de Inglaterra y Escocia en una sola sección de la Internacional y, con la ayuda de otros errores, sabemos lo que de ahí resultó. Ahora bien, usted intima a gentes que no tienen ninguna de las calidades de estos maestros a que aprueben sus opiniones sobre el curso de los acontecimientos en el Imperio británico y sobre su táctica en una de sus crisis. Aun en el caso de que usted tuviera razón, lo que demostrarán el presente y el porvenir, ¿qué sentido podría tener la aprobación de iletrados en la materia? Sobre la política económica de la URSS, los hombres más calificados de la revolución discuten desde hace cinco años, se echan a la cabeza estadísticas y porcentajes sin resolver nada: ¿y reclama el asentimiento de no se sabe cuáles analfabetas con respecto a tesis cuyos mismos signatarios no logran ponerse de acuerdo entre sí sobre su interpretación correcta? Acerca de China, por fin, ¿de quién puede usted esperar en Europa una confirmación legítimamente motivada? No intente atribuirme, para facilitar su réplica, una concepción de mandarinato repartiendo las funciones cerebrales entre especialistas altamente calificados. Sabe perfectamente lo que quiero decir. No se trata de teorizar sino de reconocer un estado de hechos. Nuestro movimiento está desamparado, dislocado, casi en todas partes hecho pedazos. No tiene ni cabezas, ni cuadros, ni masas. Tampoco información ni cultura. Las publicaciones de nuestros partidos son mancilladas por mercenarios ignorantes. Quedan algunos hombres dispersos quienes trabajan para ponerse "al día" y sólo lo logran de manera muy relativa. Los pequeños grupos de oposición obstinados en ir viviendo en el derrumbamiento no pueden dejar de adoptar la opinión del miembro más antiguo o más instruido, sin que ello comprometa verdaderamente a nadie. Y no logrará usted hacer que crezca el *rank and file* con la imposición de sus dilemas. En Francia conozco a dos o tres camaradas que puedo consultar útilmente sobre Inglaterra o Rusia; no conozco a ninguno para China. Y ninguno se permitiría erigir su opinión en criterio. En los demás países, excepción hecha de Rusia, la situación no ha de ser mejor. Así pues, no puedo concebir peor manera que la suya para plantear la cuestión de los criterios en general. Y no lo hace

mejor en cada ejemplo particular.

No hay diferencia notable entre sus tesis sobre las tendencias económicas, sociales y políticas del Imperio británico y las del poliburó ruso. Además, usted fue quien alimentó en ideas sobre Inglaterra a las dos fracciones adversas con su libro de 1925. El excesivo esquematismo de esta obra, la trasposición demasiado estricta de procesos revolucionarios continentales al terreno inglés, son el origen de los errores cometidos de un lado y del otro. (Por supuesto, hablo de las opiniones ostentadas, de las resoluciones públicas y no de las segundas intenciones no expresadas como hubo de existir en Tomski y que no conozco en detalle). Al examinar las tesis opuestas, salta a la vista la identidad en el análisis, la apreciación, la concepción táctica general. Sólo discrepan sobre las fechas de la ruptura del comité anglo-ruso y la denuncia de la actitud de los líderes tradeunionistas. Ahora bien, la cuestión de fecha podría tener una importancia decisiva en una operación generalmente bien conducida, en la que el brusco viraje se hiciera en su debido lugar y hora. Pero en un conjunto no discontinuo de incomprensiones y errores, donde los bolcheviques sólo demostraron una vez más lo nocivo de sus intervenciones en situaciones en las que son impotentes para percibir y sostener los intereses proletarios, esta cuestión del momento de la ruptura ya no presenta la menor significación. Por más que se ensañe usted con esto, nadie lo comprende y, además, cuesta trabajo recordar de qué se trata, de tan pobre que es su criterio. Están extraviados, dirigentes y oposicionistas, en una dirección en la que es imposible adelantar un paso sin dar un paso en falso y, metidos por completo en el callejón sin salida, están discutiendo alrededor de una imperceptible diferencia de matiz.

Creyeron, tanto unos como otros, que la crisis industrial inglesa iniciaba un periodo revolucionario. Se equivocaron. Creyeron que la mayoría del *Labour Party* se solidarizaba con el bolchevismo. Se equivocaron. A los delegados tradeunionistas en Rusia les rellenaron la cabeza con ilusiones, algunas de las cuales terminaron por creer ustedes mismos. Se equivocaron. Festejaron como si fueran revolucionarios y casi comunistas a los líderes de la izquierda de los tradeunionistas, después de haberlos denunciado en un principio como "socialdemócratas" de izquierda peores que los de derecha y de tal modo creyeron haberlos sovietizado. Aquí se equivocaron doblemente. Crearon un comité anglo-ruso sobre la base de un engaño mutuo, donde los bolcheviques creían hacerse pasar por sindicalistas a lo inglés y los tradeunionistas por casi comunistas a lo ruso. Se equivocaron. Tomaron la huelga general por la primera etapa de una re-

volución. Se equivocaron. Mandaron ostensiblemente subsidios creyendo ayudar al movimiento y dar valor a vuestras intervenciones. Se equivocaron. Luego denunciaron como traidores a los representantes sindicales ingleses, antes puestos sin motivo por las nubes soviéticas. Una vez más se equivocaron. No dejaron de equivocarse. Después de esto, la oposición tomó al universo por testigo de que había reclamado a su debido tiempo el repudio público de los "traidores" y el llamamiento a las masas, mientras que el poliburó se había decidido demasido tarde a ello. Indiferencia general en el mundo entero y con razón.

Tal vez la situación era revolucionaria en su mente, pero no en Inglaterra. En todo caso, no en el sentido en que lo entendía, admitiendo que lo hubiera sido en el de Kautski cuando escribía, veinticinco años antes, que la revolución social ya no podía ser prematura. No puede hablarse de revolución si no hay revolucionarios, puesto que los hombres hacen la historia. Usted sabe tanto como yo que no existen comunistas en Gran Bretaña. Pero hay algo peor que la ausencia de comunistas: la presencia de un partido de algunas centenas de seudocomunistas quienes desprestigian su bandera y alejan a los trabajadores deseosos de adherirse a ella. En lugar de este obstáculo, más valdría que fuese despejado el terreno. Los obreros sublevados de la Clyde y de Gales nunca se unirán a un grupo sumiso a la vista y conocimiento de todos. Usted esperaba del desarrollo de la lucha un levantamiento de militantes nuevos capaces de suplantar la vieja dirección sindical; los cuadros no se improvisan así: se necesitan años para formarlos y templarlos. Es sabido el balance que presentan los métodos empleados por el bolchevismo en este terreno: en diez años la Internacional perdió a todas sus personalidades destacadas, a todos sus militantes de valor, en todos los países y no fue capaz de formar uno solo. Hablaba del comunismo británico como de una abstracción respondiendo perfectamente a sus definiciones; en el terreno de lo concreto, es una broma. No sólo en cuanto a la cantidad, sino sobre todo a la calidad. En su programa, la antigua *Social Democratic Federation* todavía reivindicaba la abolición de la monarquía: el partido comunista ya ni siquiera se permite tamaño atrevimiento; he aquí todo el progreso realizado. Es cierto que este residuo se prosterna delante de "Moscú" y se afirma muy leninista. Pero es evidentemente por esto que el proletariado lo desprecia.

Confiaba en un empujón hacia la izquierda provocado por el desempleo: un razonamiento marxista le hubiera preservado de tal género de ilusión; la miseria no crea fatalmente la conciencia de la miseria; a veces, el pensamiento y la acción de una clase se producen

en razón inversa de sus motivos materiales de rebeldía. Cree que es eficaz denigrar a los jefes para ganarse a sus tropas: aquéllos desdeñan sus censuras y éstas ya no quieren oírlas. Recuerdo la sorpresa de Taine frente a miserables proletarios ingleses que pagaban un shilling y medio para escuchar una conferencia sobre Macaulay; las groserías de la Comintern no tienen ascendiente sobre un público de tal manera educado. Usted no sabe hablar a obreros ingleses. Yo tampoco. Pero en la hipótesis de que tuviera que dirigirme a ingleses, quizá tendría una posibilidad de hacerme escuchar pues empezaría por estudiar al auditorio. Mientras que usted, al persistir en no tomar en cuenta ninguna diferencia entre los obreros de Londres y los de Moscú, pierde su tiempo y su energía. Una vez más, no intente atribuirme un respeto que no tengo hacia la educación de obreros que se quedan boquiabiertos delante de Macaulay: sólo aconsejo emplear un lenguaje inteligible y el suyo no lo es. Y usted puede "denunciar", "desenmascarar", etc., hasta más no poder, al proletariado no le importa. Y con toda la razón. Pues aun cuando comete el error de vivir políticamente con prejuicios inculcados por su burguesía, está en lo cierto al pretender dirigirse a sí mismo. Cree hacerlo dándose como líderes a unos J.H. Thomas; esto prueba hasta qué punto los Tom Man pueden estar desligados de su clase. Thomas no engaña a nadie: hasta publicó un libro, *When labour rules,* para afirmar su fidelidad a la realeza. Los ferrocarrileros votan por él con conocimiento de causa. Esto no concuerda con el leninismo, pero es el leninismo que falla frente a los hechos. Thomas representa a su federación sindical, que lo eligió. Nadie elige a Tomski, quien no representa a nadie. Un telefonazo de Stalin es suficiente para barrer con Tomski; pero por más que Stalin mande telegramas, Thomas quedará en su lugar. Advierta usted que Thomas estuvo a punto de ser derribado, en su último congreso, pero por sus electores ferrocarrileros y no por Stalin. Una intervención en su contra por parte de los comunistas, lo salvó. Todo esto está lleno de enseñanzas.

El *Labour Party* simpatizó de una manera muy especial con los bolcheviques: era la simpatía de los fabricantes y comerciantes hacia buenos clientes. Usted lo sabía. Debía saberlo. No podía sino saberlo. Si tomaron esta coincidencia de sentimientos entre los desempleados y los empleadores por una solidaridad entre proletarios, esto fue un error imperdonable por parte de ustedes. Y si no se hacían ilusiones, ¿por qué haber fundamentado una política sobre un malentendido o una supercherÍa? De cualquier lado que se voltee uno, tienen la culpa ustedes. Los delegados tradeunionistas en Rusia, sugestionados por ustedes, publicaron un extenso informe lleno de

enormidades; en Moscú se les había prometido encargos para "su" industria. Pero, con todo, terminaron por considerar al bolchevismo como excelente para los rusos pero detestable para los ingleses: esto muestra cuánto los desprecian y qué alta idea se hacen de su isla. El poliburó no le sacó jugo al dinero; esto le enseñará a querer comprarlo todo.

Los líderes de la izquierda tradeunionista no se convirtieron en comunistas por el hecho de haber sido nombrados de manera honoraria en diversos soviets, como tampoco eran socialdemócratas antes; siguieron siendo lo que siempre fueron: liberales, evolucionistas, discípulos de Mill y de Spencer. Siguieron siendo laboristas. En resumidas cuentas, esto es lo que les reprocha. Acusación ridícula: sólo había que no tomarlos por lo que no son. Es insensato repudiarlos como traidores por el hecho de que en su comité anglo-ruso –donde no habían ingresado como bolcheviques sino como tradeunionistas– se condujeran como tradeunionistas y no como bolcheviques; no pudieron traicionar una causa que no habían abrazado, faltar a compromisos que no habían contraído. Usted es quien se equivoca al reprochar a legalistas, a parlamentarios, a pacifistas evangelistas, el no haber dirigido una huelga económica como sediciosos y revolucionarios. No me conteste que toda acción económica tiene un carácter político: lo sé tan bien como usted, pero ellos, los proletarios ingleses, no lo saben y se trata de hacérselo entender. Con su método, los confirma en sus tradiciones. En su moción dirigida al comité central del partido, a propósito del comité anglo-ruso, que cabe en sólo dos páginas del *Boletín comunista,* encontré veinticinco veces las palabras "traidores" y "traición", sin tomar en cuenta buena cantidad de "felonía", "perfidia" y demás. Comete veinticinco veces el error de subrayar de tal modo su pobreza de argumentos. Si esta moción contuviera más ideas, necesitaría menos adjetivos.

En este lío político-táctico, se pierde completamente de vista la ruptura del comité anglo-ruso, a pesar de todos sus esfuerzos. Ya ni siquiera se trata de su concepción del movimiento obrero inglés en sus relaciones con el comunismo, sino de la posición de usted frente a la clase obrera no comunista de todos los países, por consiguiente: problemas de las relaciones entre partidos proletarios, noción de frente único, actitud hacia los sindicatos. La llamada orientación de izquierda, adoptada por el poliburó y la oposición con variantes insignificantes, me parece del todo opuesto al espíritu del marxismo; aisla cada vez más a los comunistas, los vuelve ajenos al conjunto del proletariado, los erige en adversarios de la masa. Y todavía sería poco juzgarla sectaria: por lo menos una secta vive de sí misma y no molesta

a nadie. Pero la secta leninista pretende imponerse por doquier al movimiento obrero e imponerle sus voluntades dictadas por un "buró" ruso que se otorga la expresión suprema de la conciencia revolucionaria. Totalmente desprovista de la superioridad que le confería un prestigio y el ascendente necesarios, sólo puede dedicarse a sus empresas echando mano de la baja política y las peores maniobras. El proletariado termina por ver en ella a una enemiga y la trata como tal. Este es el resultado de las consideraciones trascendentales de la izquierda.

A esta aberración que no tiene actualmente la excusa de traducir un pasajero impulso elemental del proletariado, pues es obra de revolucionarios profesionales y de funcionarios inveterados, opongo nuestra verdadera política de clase en su comprobada forma tradicional: alianza del proletariado con las categorías sociales más o menos hostiles a la burguesía dominante, acción en común de los partidos y sindicatos obreros, "frente único honesto" como decía Radek (aun cuando se retracte) con base en un programa mínimo, conforme a acuerdos precisos que salvaguarden nuestra libertad de expresión y de acción posterior. Esto puede implicar rupturas de coaliciones y choques entre asociados de la víspera, pero en una sana competencia. Fuera de este camino, no vislumbro salvación para nuestro movimiento en peligro de naufragio.

De las declaraciones de la oposición, bajo diversas formas, sobre el movimiento obrero internacional, se desprende el hecho de que todo aquel que contradice es de algún modo traidor o contrarrevolucionario. A veces se toma el trabajo de distinguir entre la traición "objetiva" y la contrarrevolución "subjetiva", lo que oscurece aún más un tema algo embrollado. Cuando cambia la expresión, el sentido no varía. "La ofensiva de la burguesía, de la socialdemocracia y del bloque centro-derecha de la Internacional Comunista" son, escribe usted, "fenómenos de un mismo orden". Y la metáfora de "la barricada" sirve para arrojar del lado malo a hombres cuyo elogio puede leerse, por una singular contradicción, en su última "carta a los obreros de la URSS", en su calidad de compañeros de Lenin durante los primeros y difíciles años de nuestra Internacional. Lo más curioso es que, por otra parte, no pierde una sola ocasión para descubrir bajo cada manifestación de opinión una base de clase, lo que, en buena lógica, excluiría la explicación de traición. Ya es tiempo de acabar con esta confusión agravada por un injustificable método de clasificación. Puede explicarse fácilmente el que la guerra nos haya incitado, refractarios a la unión sagrada como estábamos, a repudiar como traidores a nuestros antiguos líderes. Se había pres-

tado juramento en Stuttgart y Bâle y en los congresos nacionales: teníamos el derecho de denunciar un flagrante incumplimiento de la palabra dada. No obstante, nuestra indignación de aquella época no podría hacer las veces de política ni de doctrina. Cuando una "traición" es el hecho de varios millones de hombres simultáneamente, ya no se trata de una traición en el sentido banal sino de una evolución o una desviación históricas de las cuales hay que estudiar las razones sociales y sacar todas las consecuencias sin dejarse ir a fórmulas que alivian y simplifican, pero no explican nada. El laborismo inglés, el austro-marxismo, la socialdemocracia de la posguerra merecen otra cosa que un epíteto. Sobre todo cuando los comunistas, en el estado de indescriptible decaimiento en que se empantanan, no tienen la menor autoridad para censurar a todo el mundo, padre incluido. ¿No es doloroso ver a un partido, a una Internacional –que han excluido a todos sus representantes notables con diversos calificativos de traidores en el curso de una década– otorgarse el derecho de denunciar a traidores en los partidos vecinos? Para empezar, las oposiciones deberían dar el ejemplo de la decencia y la objetividad.

La distinción entre líderes y seguidores no proporciona la clave de la dificultad; es demasiado fácil asimilarlos a generales y ejércitos creyendo enfrentar éstos contra aquéllos. En el movimiento social de Occidente, esta comparación raramente es válida. Las masas y sus elegidos actúan unos sobre otros y la mayoría de las veces son inseparables. Hay jefes que siguen a sus tropas y otros que las preceden; depende de muchas circunstancias. Pero en general, la conciencia y la actividad de clase se traducen mal que bien a través de los cuadros políticos y sindicales y aun cuando los obreros están descontentos con sus representantes habituales, los prefieren a aquellos que los atacan y cuya agresión proveniente desde fuera tiene como consecuencia acercar lo que se quería separar. En el mundo capitalista, los ejércitos no eligen a los generales, pero las organizaciones proletarias escogen sus delegados bajo los auspicios de reglamentos de inspiración democrática cuya relatividad y sofística conocemos y que incluyen, sin embargo, según los países y las épocas, más o menos libertad real de decisión para los hombres de la base. En todo caso, éstos tienen la convicción de haber seleccionado a sus representantes. Desde hace diez años, es en Rusia donde no se elige a nadie. La repartición de las responsabilidades entre los jefes y las masas no se hace en nuestra mente como en la opinión colectiva de aquellos que queremos convencer; para hacer compartir sus puntos de vista, los comunistas hasta ahora no hubieran podido arreglárselas de peor manera, a juzgar por los resultados... desacumulados en diez años.

El reformismo obrero tiene profundas raíces en la economía capitalista y su ideología se alimenta de abundantes y diversas fuentes que usted no va a descubrir clamando contra la traición ni agotará condenando en barullo a todos sus contradictores con el empleo de una sentencia única. No niego a nadie el derecho o el deber de desprestigiar hombres para debilitar el crédito de sus ideas, mas usted no lo hace en el momento oportuno y tanto el desorden como la uniformidad de sus juicios anulan lo que pueden contener de eficacia. Para resumir la demostración, proyectemos en el pasado su argumentación aplicándola a un tema ya tratado por otros. En su *Manifiesto,* Marx y Engels dedican un extraordinario capítulo al análisis de las diversas especies de socialismos de su época, reflejo de las principales corrientes de clase, en la complejidad de sus orígenes, de sus aportaciones y préstamos, de sus tendencias oscuras o declaradas. Nombran a Sismondi y Grün, Proudhon y Babeuf, Saint-Simon y Fourier, Owen y Cabet, aluden a otros, para someter sus escritos y sus acciones al examen de su crítica "científica". En el idioma de la oposición, este capítulo se reduciría ahora a un breve párrafo en el que aprendería uno que Sismondi es un traidor, Proudhon un traidor, Saint-Simon un traidor, etc. Supongamos luego a un nuevo Marx tratando de las tendencias actuales del socialismo: ¿se expresaría escribiendo que Otto Bauer y Sidney Webb, de Man y André Philip, Eastman y Roland-Holst, Bujarin y Thalheimer son traidores o semitraidores por distintos conceptos? Con sólo plantear la pregunta, se responde a la misma.

"No se trata de la misma cosa", he aquí todo lo que a un "oposicionista bolchevique-leninista" (por desgracia) se le ocurre replicar. Pero en la medida en que "no se trata de la misma cosa", esto se vuelve de nuevo contra usted. ¿Puede establecerse que los errores e ilusiones anteriores al *Manifiesto* ya no tengan razón de ser en la actualidad? Todo lo contrario, la tienen más que nunca y reforzada. Si el "socialismo feudal" y el "verdadero socialismo alemán" desaparecieron con la maduración capitalista, los diversos socialismos pequeñoburgueses, conservadores o utópicos subsisten en nuevos desarrollos y la rápida degeneración del comunismo los fortalece. Los éxitos parlamentarios hacen que el proletariado espere un progreso pacífico y el giro de las más recientes revoluciones bajo el signo comunista lo confirma en esta esperanza. No se ve arrinconado a la elección entre la muerte y la rebeldía, sino entre el motín vencido de antemano y una vida soportablemente mediocre. Su ideología de perfeccionamiento progresivo descansa sobre un terreno económico y una estructura social que corresponden evidentemente a un periodo

de civilización industrial que el leninismo no supo analizar. Quizá Marx tuvo una intuición genial al discernir que las convulsiones se producen en las extremidades del organismo burgués antes de alcanzar el corazón donde las posibilidades de equilibrio son más importantes. Profundizando esta idea y confrontándola con los acontecimientos contemporáneos, seguramente encontraríamos una importante explicación de fenómenos históricos de los cuales somos testigos: el hecho de que hoy en día las revoluciones de tendencia comunista se hayan producido en países agrarios incita a investigar en esta dirección.

La versión de la traición vicia al comunismo que se pretende ortodoxo en sus variantes rivales y esteriliza de antemano sus tentativas concurrentes para ganarse el alma de los proletarios conscientes. Sólo puede encontrar asidero en el poder de las tinieblas y preparar mañanas decepcionantes. Hay que acabar con esta sociología primitiva. Y puesto que el leninismo nos retrae más acá del marxismo, no me cansaré de referirme a Marx y Engels, a quienes nuestro movimiento de ideas se muestra impotente para superar. En su primer artículo de la *New York Tribune* sobre la revolución de 1848, empezaban precisamente por refutar de una vez la acusación de traición que atañía entonces a Louis Blanc y Ledru-Rollin así como usted la dirigió contra Purcell y Citrine: las causas de la sublevación y de su derrota, escribían, "no deben buscarse en los esfuerzos, talentos, faltas, errores o *traiciones* de algunos jefes, sino en el estado social general, en las condiciones de existencia de cada nación que participó en el movimiento". "...Si usted estudia las causas del éxito de la contrarrevolución, por todos lados recibirá esta cómoda respuesta: es el señor fulano de tal o el ciudadano zutano quien *traicionó* al pueblo. Según el caso, puede ser cierto o no, pero de ninguna manera esto explica algo y tampoco muestra cómo ocurrió que el 'pueblo' se hubiera dejado traicionar de tal modo. Triste destino para un partido político el ver su caudal reducirse a saber que el ciudadano fulano no merece la menor confianza". Realmente uno cree leer una crítica en regla de sus tesis sobre el comité anglo-ruso. "Ningún hombre sensato creerá jamás que once individuos, la mayoría mediocremente dotados para el bien tanto como para el mal, hayan podido arruinar en tres meses a una nación de 36 millones de habitantes, a no ser que estos 36 millones hayan estado tan despistados como los once". Esto se aplica exactamente a las pobres gentes del consejo general de las tradeuniones en su lamentable dirección de la huelga.

No intentaré aquí señalar en detalle aquellas de sus opiniones sobre Inglaterra pero creo equivocadas. Bastará con indicar dos aspec-

tos más del problema. Admitió la opinión corriente sobre la desaparición del liberalismo y este lugar común es uno de los elementos principales de su tesis. Ahora bien, los hechos le obligan a reflexionar. Los liberales obtuvieron cinco millones y cuarto de sufragios en las últimas elecciones, sobre un total de veintidós millones y medio y un escrutinio proporcional indiscutiblemente les hubiera dado dos millones más de votos, actualmente aglomerados en ambas alas en virtud de la conocida particularidad del modo de votación inglés, esto es, les corresponde aproximadamente la tercera parte de los sufragios. Pero esto aún no es nada comparado con el resurgimiento del liberalismo en el *Labour.* Las diferencias entre laboristas y liberales se han atenuado al grado de permitir pasar de un partido al otro tan naturalmente como los oposicionistas rusos vuelven al conformismo leninesco. Cobden ya no molesta a los discípulos degenerados de Owen y viceversa. Asimismo en Francia, donde el radicalismo renace de sus entierros periódicos, todavía logra revivir bajo una nueva forma en el partido socialista. En una futura edición de su obra, habrá que tomar esto en cuenta. Por último, usted considera como adquirido el principio del fin del imperialismo británico; pero el moribundo toma su tiempo para desaparecer y todavía nos depara un género de lecciones cuya repetición nos hará precederlo en la tumba si no nos decidimos a sacarles provecho. Algunos torpederos en el Yang-tsé y fajos de dólares atinadamente concedidos a los fieles partidarios de Stalin en el Kuomintang, rápidamente barrieron con todas las teorías leninistas para uso de China. Más recientemente, en Afganistán, el "rey progresista" querido del inefable poliburó pudo apreciar el poder del agonizante. La jactancia de izquierda no puede ni preparar, ni parar, ni reparar semejantes golpes. La pérfida Albión no tiene talla para producir teorías. Pero los escribanos del Kremlin aún tienen algo que aprender de su empirismo.

"¿Hacia dónde va Inglaterra?" A este respecto, siempre carecemos de certidumbres. A falta de esto, nos queda el recurso de ahondar hipótesis. He aquí una de Marx, digna de atención (La Haya, 1872):

> "Sabemos que hay que tomar en cuenta (en la lucha por el poder político) las instituciones, las costumbres y las tradiciones de las diferentes comarcas y no negamos que haya países como Norteamérica e Inglaterra –y si yo conociera mejor sus instituciones, quizá añadiría Holanda– donde los trabajadores pueden conseguir lo que se proponen de manera pacífica".

Veinte años más tarde, en ocasión del programa de Erfurt, Engels confirmaba la misma idea (1891):

> "Puede concebirse que la antigua sociedad pueda transformarse pacíficamente en la nueva sociedad en países donde la representación popular concentra en sí todo el poder; donde puede hacerse todo lo que se quiera, en conformidad con la constitución, en la medida en que se tenga tras sí a la mayoría del pueblo, en repúblicas democráticas como Francia y Norteamérica, en monarquías como Inglaterra, donde se discute cada día en la prensa la eventual redención de la dinastía y donde esta última es impotente frente a la voluntad popular".

Contrariamente a Stalin, Marx y Engels no eran infalibles. Pero aun cuando se equivocaban, sus "errores" contenían más sustancia nutritiva que las "verdades" actuales de la inefable *agit-prop*. En este caso, ¿es seguro que la perspectiva trazada por ellos sea ilusoria? Al respecto tengo algunas ideas que le comunicaré si me acoge de su lado de la "barricada". Perspectivas tanto más aleatorias cuanto voy a pasar al segundo "criterio": el chino.

Empero, en los puntos a primera vista esenciales, nuestras concepciones en relación al desarrollo de la revolución en China han coincidido. No me comprometo a decidir ahora si esto se debe a mi insuficiente capacidad en los asuntos chinos o a la superioridad de los bolcheviques en el terreno del Oriente campesino en relación al del Occidente industrial. Hemos intentado respectivamente restaurar una verdad general sobre la necesidad de tener un partido de clase del proletariado, con su fisonomía distinta, su programa socialista, su acción autónoma, sus metas propias, sus órganos independientes, su derecho a la crítica para con aliados temporales, su libertad de maniobra, sin perjuicio de las limitaciones que acuerdos circunstanciales o necesidades políticas ocasionales pueden imponer. Hemos denunciado como una abdicación sin excusa la subordinación de nuestro movimiento a los jefes militares de la burguesía nacionalista, la sustitución del programa comunista por el programa republicano de Sun Yat-sen, la complicidad de nuestro partido chino en matanzas de obreros y campesinos insurrectos, en feroces represiones de huelgas espontáneas. La incorporación de los comunistas al Kuomintang asimilado en esa circunstancia al *Labour Party*, el "bloque de las cuatro clases", el renunciamiento al modo de hablar comunista, el aplastamiento de las sublevaciones campesinas, la colusión con generales y toukiouns sobornados por el imperialismo extranjero o

instrumentos de la reacción china, todo esto muestra hasta qué punto el "leninismo teórico y práctico" es ajeno a la obra de Lenin. Acertadamente se recordó el pensamiento de éste acerca de las relaciones de los comunistas con los movimientos nacional-revolucionarios, claramente expresado en el II Congreso de nuestra Internacional: Lenin insistía enérgicamente para que el apoyo de los comunistas fuera proporcionado únicamente en caso de que tuviéramos la posibilidad absoluta de llevar a los explotados, obreros o campesinos, una educación, una organización, una preparación revolucionarias. Por mi parte, ya hice referencia a sus tesis y su informe durante la guerra del Rif, mucho antes de los trágicos episodios de Changai y Hankeu, a fin de atacar la política seudocomunista francesa en los acontecimientos de Marruecos y la apología de Abdel-Krim, digno preludio a la exaltación de Chang-Kai-chek.

Respecto de las preocupaciones de táctica al día, que parecen atormentarlo, no me permitiré entablar un debate antes de estar en condiciones para poder aprobar útilmente o invalidar con suficiente conocimiento de causa. El terreno de los acontecimientos, la geografía económica, la complejidad social, la historia y la política chinas son para mí una cultura demasiado reciente. Por ejemplo, no me aventuraría a emitir un juicio sobre la hora oportuna de la "consigna de los soviets" en China sin antes haber extraído de diferentes opiniones obtenidas a través de una consulta con chinos dignos de confianza —a falta de una encuesta sobre el propio terreno—, la idea que la palabra soviet, traducida o no al chino, despierta en la mente de los proletarios de allá o sin saber a qué correspondería la noción de tal sistema representativo en la mentalidad de las masas. Sólo advierto que en Rusia los soviets no fueron el resultado de una "consigna" sino el fruto de una generación espontánea que los bolcheviques supieron conquistar después y, que si los soviets no nacen en China por medio de una irresistible necesidad del movimiento popular, ninguna "consigna" los volverá viables, aun cuando los comunistas lograran constituir algunos aquí y allá. No faltan los ejemplos de comités y de consejos efímeros en diversos países debidos a la sola iniciativa comunista, que se han volatilizado sin dejar huella. Los bolcheviques tienden demasiado a querer zanjarlo todo con base de "consignas"; de mil consignas lanzadas en el vacío por nuestros partidos, novecientos noventa y nueve son absolutamente vanas y rara vez la milésima es fructífera. Una consigna debe ser la expresión consciente de un pensamiento latente en las masas o la definición de una reivindicación destinada a reunir fuerzas; la fabricación en serie de consignas por las oficinas de la Internacional y sus secciones, traiciona la men-

talidad de casta de funcionarios parásitos que se imaginan destinados a pensar en lugar del proletariado y sólo se dan la ilusión de desempeñar un papel mientras que el desenvolvimiento de los hechos hace caso omiso de sus declamaciones. Por último, es controvertible considerar la etapa soviética como fatal en virtud del precedente de la revolución rusa y del entusiasmo momentáneo de los medios revolucionarios hacia una institución de la que nadie fuera de Rusia tenía una idea exacta; a medida que la verdad sobre el estado político interno de la URSS se ha ido revelando, el encanto soviético se desvaneció; fue forzoso reconocer que la máquina administrativa y gubernamental soviética no tenía una virtud intrínseca: no es más que un marco cuyo contenido depende del grado de conciencia y del nivel de desarrollo de las clases trabajadoras y puede servir aún mejor que el viejo aparato parlamentario al sometimiento del pueblo soberano. En Rusia, los soviets ocuparon el lugar de la Duma censataria, de los zemstvos y de las municipalidades. En Occidente, no está dicho que serán los sucesores de los parlamentos clásicos. En Oriente, es muy posible que el modelo ruso tenga eco, a la manera del parlamento inglés en Europa. Todavía falta demostrarlo y esto debería tocarles a los autóctonos. Dichas estas palabras, con todo, Stalin le dio a usted la razón al adoptar la consigna de los soviets, aunque demasiado tarde, en pleno reflujo de la revolución, pero la confirmación tiene poco valor.

Al abstenerme de seguir detalladamente sus informes de teórico y estratega eminente de la lucha de clases sobre el proceso revolucionario en China, no intento esquivar la dificultad. A primera vista, sus artículos y tesis me parecieron justos y fuertemente motivados en su conjunto, mas no me siento lo suficiente documentado ni con el dominio suficiente del tema como para atreverme a una discusión porfiada. En cambio, estoy totalmente seguro de tener la razón cuando me opongo decididamente a una tendencia primordial que es común a la derecha y a la izquierda de nuestro partido ruso —tan es cierto que el leninismo les es común— que empuja a unos y otros a querer imponer una dirección rusa al movimiento chino. Me parece que esto prevalece sobre todas las demás consideraciones. En China la revolución debe ser china, la emancipación de los trabajadores chinos será obra de los propios trabajadores chinos. Los partidos socialistas y comunistas del mundo, las internacionales, el Estado soviético deben darles su ayuda y solidaridad, consejos y cooperación, pero no dominar su movimiento. Las mejores directivas de Stalin o Trotski nunca valdrán las de cabecillas seleccionados por el proletariado chino en persona. Un error concebido en Cantón es preferible a una verdad de

Moscú en el sentido relativo en que sus autores se instruirán con su experiencia y a su vez podrán instruir al movimiento revolucionario, mientras que obedeciendo a una inspiración exterior, no sabrán volverla fructífera. Para auténticos comunistas, es intolerable asistir a confrontaciones de tácticas en honor de acciones revolucionarias en China donde los comunistas chinos nunca tienen la palabra. (Desde luego no hablo de las delegaciones fabricadas entre bastidores de la Comintern, sino de los auténticos representantes del joven comunismo chino). La competencia entre las fracciones rusas no debería contar para nada frente a la opinión de los militantes surgidos de la efervescencia proletaria y campesina en China. Si hay un partido comunista chino, es él quien debe tomar la dirección de las operaciones. Nada más necesario que haga la economía de los titubeos y faltas propias a cualquier partido nuevo aprovechando las lecciones de las demás revoluciones y la madurez de los demás partidos, pero que los bolcheviques de la decadencia no vayan a creer que están sobre la tierra para dictar la conducta de los revolucionarios en cualquier punto del globo. Y si no hay partido comunista chino o es tan pequeño que no se puede tomar en serio, no hablemos de instaurar soviets en China, ni de quemar la etapa capitalista.

De ninguna manera preconizo la expectativa frente a acontecimientos tan importantes para el futuro de la humanidad y, más inmediatamente, para la Unión Soviética y los imperialistas rivales, ni abandonar a su suerte un partido comunista nuevo. Pero cualquier intromisión abusiva de "Moscú", allá y en otras partes, inevitablemente ha de traer aparejado los más grandes desastres a pesar del valor en sí de las tesis en presencia y descalificar cualquier intervención de este tipo, aun necesaria. Y no hablo de las condiciones en que se improvisa en las oficinas moscovitas las recetas revolucionarias para uso de los partidos menores: usted las conoce tan bien como yo, sólo pueden preparar derrotas. Ya no es necesario demostrarlo. Tengo por seguro que si la Internacional Comunista hubiese podido experimentar en México sus tácticas de derecha o izquierda, la revolución mexicana habría muerto; la que perdura no es soviética, pero por lo menos tiene el mérito de existir.

Habría mucho que decir sobre la política exterior de la URSS aunada a la táctica de la Internacional en relación con China, sobre las innumerables "traiciones" registradas en la guerra civil, la acción de los sindicatos, el juego comunista con el fuego nacionalista, las perspectivas de porvenir. Usted insiste ahora sobre la consigna de una Constituyente en la fase consecutiva al aplastamiento de la vanguardia proletaria, con un razonamiento tal vez justificado en lo abstracto,

pero que no sé cómo puede realizarse en las condiciones presentes de China, sobre el cual ante todo quisiera saber lo que piensan nuestros camaradas chinos, si quedan algunos. Pero usted proyecta publicar un libro entero con sus comentarios sobre la revolución china y no puedo intentar su examen paralelo en algunas páginas. La actualidad me invita más bien a pasar al tercer "criterio": la política económica de la Unión Soviética.

También sobre este tema está usted preparando un libro que leeremos todos con gran provecho. Seguramente Stalin ya reservó su ejemplar, pues no puede negársele una particular aptitud para tomar prestadas las ideas de aquellos que las tienen y, hoy día, le ha puesto a usted a contribuir de tal modo que ya no se sabe quién de ambos está más comprometido. Es peligroso tratar en pocas líneas un tema digno de ser tratado extensamente. Sin embargo, lo intentaré, contando con su buena voluntad por interpretar correctamente mi boceto sin exigir demostraciones que regresen hasta la república de Novgorod o se extiendan hasta los últimos detalles de la situación actual.

La política económica vigente desde el fin del llamado comunismo "de guerra" (es decir, la práctica de consumo de los productos acumulados anteriormente bajo el capitalismo) es admitida en Rusia por las diferentes fracciones del Partido. Las divergencias se manifiestan en la determinación de las proporciones, los métodos, los medios para llevarla a cabo. En este terreno, las cuestiones de *medida* son de capital importancia, pues la naturaleza del régimen futuro depende del grado de acentuación en un sentido u otro. De acuerdo con el propósito original de sus promotores, la NEP no era una evolución sino una táctica; pero además de que una táctica no puede prolongarse de manera indefinida sin traer consigo alguna transformación orgánica, la falta de medida suscita dos peligros según el sentido hacia el cual se incline: el de derecha, evolución hacia el capitalismo; el de izquierda, estatismo que frena la producción. De ahí la aspereza de los conflictos entre las tendencias que se refieren a desacuerdos que el público no entiende en absoluto. (Dicho sea de paso, el de librar combates de los cuales la masa se siente ajena, llegando hasta presentarse de manera aparentemente hostil a los intereses de la gran mayoría, es una torpeza constante por parte de la oposición).

Al principio de la NEP, nadie sabía exactamente en qué consistía en los hechos. Las definiciones teóricas no proporcionaban una idea concreta de ella. Fueron las leyes y los decretos emitidos a lo largo de los primeros años para responder a las necesidades más urgentes,

las que trazaron contornos más o menos precisos. Las dificultades económicas sucesivas, las crisis parciales y los reveses generales hicieron que se impusieran luego correctivos. Se avanzó a tientas, de manera empírica, actitud que Stalin ilustra muy bien. La desaparición de Lenin le había colocado a usted como el único dirigente capaz de abarcar con la mirada todo el horizonte y de concebir una política de gran alcance. Sacudió la inercia del Partido consecutiva a la guerra social y dirigió su atención hacia la urgente necesidad del progreso industrial. La revolución le debe el haber evitado una ruptura material entre la ciudad y el campo, el impulso dado a la producción industrial, el plan económico general, pues su programa se ha impuesto a sus vencedores políticos de la misma manera como sucede con esas civilizaciones que subyugan a sus vulgares conquistadores.

La oposición preconizaba la inversión anual de mil millones de rublos en la industria; después de haberle demostrado por medio de la GPU* lo utópico de su proyecto, Stalin se las arregló para invertir el doble. La oposición denunciaba lo insuficiente del plan económico quinquenal de 1926-31; después de mandarla a revisar sus cálculos a Siberia y en la cárcel, Stalin hizo establecer un nuevo plan para 1928-33 al lado del cual las anteriores exigencias de los "industrialistas" parecen timoratas. La oposición dio la señal de alarma ante los efectos de la inconsciente política agraria del partido que favorecía una diferenciación de clase en el pueblo en el mismo sentido al que antaño tendía, conscientemente, Stolipin: el desarrollo del capitalismo agrícola; después de ahogar su voz, Stalin declaró la guerra a los kulaks. La oposición combatió un peligro "de derecha" en el Partido representado por una tendencia a reducir las subvenciones para la industria pesada en provecho de la industria ligera y de las explotaciones rurales individuales, a concederle demasiado al capital extranjero, a gravar demasiado fuertemente los campesinos pobres y medios, a pagar demasiado caro el trigo de los campesinos ricos; Stalin encargó a su portapluma oficial Bujarin la tarea de establecer una resolución en contra del peligro de derecha y se sirvió de la teoría para derribar al teórico. No obstante, la oposición no se dio por vencida, aunque varios de sus partidarios lo hicieran. Usted subraya las inconsecuencias de principio, las oscilaciones experimentales, las contradicciones internas, las lagunas y las debilidades de la política oficial, pero no puede negar que se haya aplicado su concepción en sus grandes líneas. Además, frente a esta orientación, la opinión común de nuestros camaradas en Moscú, antes de recibir sus instrucciones,

*Policía secreta estalinista.

esperaba la inminente coalición de la izquierda con el centro dirigente; las defecciones en sus fuerzas no son sino el resultado de este estado de ánimo. ¿Por qué subsistió el antagonismo fundamental?

Es que tiene como criterio, no la "política económica" como lo pretende usted, sino la política a secas, claro que inseparable de la otra. La cuestión planteada en el Partido desde la muerte de Lenin, es la del poder. Al anteponer como criterio la política económica, cree impedir que se vulgarice el conflicto, cree quitarle el carácter personal, respetar un marxismo formal. En realidad, cae en el materialismo infantil del leninismo. Aquí lo político no deriva de lo económico, sino que lo precede. Como marxista, debería en primer lugar reconocer este hecho y luego aclararlo, lo que es fácil ya que lo político en cuestión resulta de lo económico *anterior*, no del inmediato; la superestructura subjetiva no se eleva instantáneamente de la infraestructura objetiva como un elevador arranca del piso; antes de que los procesos de lo más recóndito del campo se manifiesten en las decisiones gubernamentales a través de múltiples barreras, es preciso que pase cierto tiempo para que puedan actuar las repercusiones, contrarrestadas además por las contrainfluencias. Como leninista, usted invierte los fenómenos. De ahí resulta una extrema confusión que se siente en todos sus últimos escritos.

La oposición ocupó los principales puestos de dirección de la economía soviética y sólo dependía de ella el convertirla de hecho en su casi monopolio, debido al valor y la capacidad de su personal, en particular absteniéndose de perder el tiempo en funciones diplomáticas donde se hacía el instrumento de una política general reprobada en sus teorías. Así hubiera podido ejercer una influencia preponderante equivalente al dominio efectivo de las riendas del Estado, incluso con un poliburó indeseable. Stalin, a quien nunca molestaron los principios ni las opiniones doctrinales, no discutía su autoridad en este terreno; al contrario, deseaba verlo gestionar todos los organismos económicos superiores y hubiese dejado trabajar a los oposicionistas a la cabeza del Consejo de los Comisarios, del Consejo económico, de la Comisión del plan de Estado, del Comité de las concesiones, de los grandes trusts de producción. Se opuso firmemente a su exclusión no sólo del partido, sino de las instancias supremas mientras usted no representaba un peligro para su hegemonía política y procuró asumir las más altas responsabilidades en la actividad económica. Lo que a ningún precio quería concederle, era la posibilidad de que lo amenazara en el secretariado, el poliburó, el comité central del Partido. Su implacable lucha posterior contra la llamada oposición de Leningrado –sus enemigos decididos que se convirtieron en sus

aliados por cálculo táctico–, luego contra la llamada oposición de derecha –que tuvieron una y otra, así como la suya, toda libertad para trabajar en la "sima"–, no puede entenderse de otro modo. Es una verdadera ofensa para la verdad el hablar de corriente proletaria a propósito del equipo de funcionarios de Piter que mantenía relaciones más que frías con los trabajadores que había castigado duramente; la explicación de la concentración principal de las llamadas oposiciones de izquierda en ambas capitales mediante una referencia a la base obrera es ilusoria: los oposicionistas de las diversas tendencias provienen de la aristocracia política y de las administraciones del Estado, es decir de los privilegiados gozando de algunos derechos civiles. En cuanto al proletariado agobiado por el cansancio, si tuviera la menor posibilidad para pronunciarse, sin duda alguna apoyaría a aquellos que le parecieran, con razón o sin ella, representar la paz interna y externa, más bienestar y más libertades.

Sabemos que todas las cuestiones están relacionadas entre sí y que todas las palancas de mando son interdependientes, pero ya que usted circunscribe el criterio a la "política económica", digo que tenía todas las posibilidades para hacer prevalecer, de hecho, la suya, pues ningún poliburó jamás hubiese podido tachar de falso un programa concertado de los órganos económicos directores. Mas con su concepción leninista del papel del partido, no percibió otros medios sino el del dominio de las posiciones políticas centrales, empresa desmedida, fuera de proporción para los medios de una fracción aislada, en un periodo de apatía en que la más sincera y verdadera palabra parece sonar a hueco. No puede trazarse demarcación entre el poder político y el económico, pero se ha creado una innegable especialización de funciones y, una vez más, usted mismo extrae la política económica de la política general. (Por lo demás, suscribo a esta distinción del todo convencional y relativa destinada a facilitar el estudio). Con el pretexto de que toda lucha de clases es una lucha política y tiende a servirse del poder, usted convirtió esta generalidad indiscutible en posibilidad inmediatamente accesible, sobrestimando las perspectivas, los datos reales, las condiciones prácticas. Esto lo condujo a que dejara paso a las miopes consideraciones maniobreras y a sufrir la influencia perniciosa de las gentes más impacientes. Llegó a forjar teorías para justificar una táctica en lugar de poner la táctica al servicio de una teoría.

El problema capital de la revolución rusa es el del poder político. He aquí un auténtico criterio, para toda la Internacional. ¿Sólo puede durar el régimen soviético comprimiendo a todas las clases trabajadoras, empezando por el proletariado, e imponiendo silencio al pueblo

entero? Los proletarios y revolucionarios de todos los países, incapaces de decir de cuántos rublos se dispone para la industria ni cuáles impuestos puede soportar un campesino medio, comprenden muy bien esta cuestión. Incluso es la única clara para todos, aun en Rusia. Ahora bien, la oposición siempre tuvo miedo de plantearla. Nunca la planteó porque no se sentía capaz de resolverla en caso de que hubiera tomado, o sólo compartido, el poder. En 1923, usted reivindicó la "democracia interna en el partido"; tres años después, balbuceó reivindicaciones democráticas bastante tímidas en favor de los sindicatos; tres años más tarde, preconizó el voto secreto en el partido y, en menor medida, en los sindicatos. Pero todas estas exigencias parciales ponen en evidencia su indecisión para abordar frontalmente la dificultad en toda su amplitud.

A menos de aspirar a sustituir pura y simplemente una dictadura de clan por otra, hay que definir, aunque sea aproximadamente, los límites, las formas, el grado de la dictadura y las garantías protectoras de los ciudadanos. La constitución soviética, esta pieza de museo, nunca se aplicará sin una legislación que asegure la ejecución de sus principios y sin un grupo de hombres decididos a luchar para imponerla. En materia de consigna, la de dar fuerza y vida a la Constitución me parece la única susceptible de captar la adhesión de las masas y prepararlas para la acción. Si el estado de sitio, la omnipotencia policiaca y los plenos poderes del poliburó son admisibles en permanencia, las oposiciones comunistas no deben sustraerse a elllo. Y si este régimen de excepción sólo se justificaba en las circunstancias extraordinarias de la guerra civil, no hay nada más urgente que someter a todos los ciudadanos y a todos los partidos a la legalidad revolucionaria. Si no, la arbitrariedad gubernamental no encontrará contrapeso sino en un nuevo Octubre o en la contrarrevolución. Pero no es mi criterio el que está en tela de juicio; regresemos al suyo.

El programa económico de la oposición, en sus grandes líneas, se ha impuesto al partido, aunque la actual dirección no se muestre capaz de asimilar cabalmente su contenido y no se pueda confiar mucho en que lo aplique inteligentemente. Usted subraya con razón el hecho de que la economía soviética no debe aislarse del mercado mundial y que el ritmo de su crecimiento decidirá su suerte. Stalin no puede entenderlo cuando el debate se sitúa a nivel teórico, pero *a posteriori* puede admitir las cosas tal como son y aceptar las medidas consecuentes: no sería la primera vez. Su capitalismo de Estado implica cierta anarquía empíricamente corregida, como para el otro capitalismo y esto puede durar mientras una crisis profunda no provoque una vuelta brutal a los principios. Pero el hecho de que las

ideas básicas de la oposición se ven confirmadas por el cambio de opinión de los dirigentes, que se refleja sobre todo en el plan quinquenal, no es forzosamente una justificación. Se debe permitir a un comunista el derecho a plantear objeciones a unos y otros, precisamente sobre estas cuestiones de proporciones, de ritmo y de aplicación que no se resuelven con palabras, sino en el trabajo práctico. Si no hacen desviar el curso general y si responden a necesidades concretas, tiene poca importancia el que coinciden con observaciones de adversarios de tendencia, incluso de enemigos políticos: los mencheviques no siempre se equivocan en los detalles y se puede leer con provecho algunos artículos de Miliukov; Lenin coleccionó cierto número de aprobaciones burguesas sin perturbarse por ello; ¿estamos obligados a contradecir sistemáticamente a quienquiera no tenga nuestra opinión?

Por el solo hecho de que las oposiciones de izquierda o de derecha tienen una actitud crítica, pueden ver mejor ciertos aspectos de las cosas que las gentes en el poder, satisfechas de sí mismas. En cambio, la lógica interna de la lucha las incita a menudo a la demagogia y a la denigración. Sería laborioso y fastidioso determinar los móviles y las fuentes de inspiración que dictan a los protestantes del leninismo sus afirmaciones contradictorias o sus teorías improvisadas a la ligera. La oposición de izquierda reprochó al gobierno el inclinarse a reconocer las viejas deudas: ¿no fueron Racovski, Preobrajenski y Piatakov quienes establecieron y aprobaron el proyecto de acuerdo con Francia basado sobre una liquidación de las deudas? Denunció como impracticable la jornada de siete horas: ¿por qué ahora la reivindica en sus volantes de agitación distribuidos en las fábricas? Niega representar una amenaza para los campesinos, declarándose enemigo solamente de los kulaks: ¿cómo puede hablar entonces de viraje hacia la izquierda a propósito de violencias administrativas, incursiones policiacas, operaciones punitivas que enfrentan la masa campesina con el régimen? La oposición de derecha censura las ambiciones del plan quinquenal: pero Rikov hace informes oficiales para justificarlo. Juzga vertiginoso el desarrollo industrial y se sirve de estadísticas falaces para pretender que ningún país capitalista ha conocido semejante despegue: sin embargo, Bujarin hace trampas con los puntos de comparación y olvida que las naciones llegadas tarde a la industria quemaron las etapas primitivas; es así como la producción del Japón creció en ochenta y tres por ciento desde 1913.

Además, esta oposición es corresponsable de todas las faltas cometidas desde hace seis años y en privado hace declaraciones que harían enrojecer a los Blancos.

¿Con qué título unos y otros pretenden examinarnos y aplicarnos criterios?

Digo que las cuestiones de proporciones, de medida, tienen una importancia enorme en el terreno en que estamos discutiendo. La aplicación de medidas exageradas puede comprometerlo todo. Se exageraron las requisiciones: se produjo lo de Cronstadt; se exageró la ofensiva: sucedió lo de Varsovia; se exageraron los impuestos: ocurrió lo de Georgia. Si se exageran las concesiones, se va a producir la invasión del capital financiero. Cuando no llegan a ser mortales, las exageraciones siempre se pagan con una regresión excesiva. Las últimas exageraciones administrativas-represivas en el campo llevaron a las clases rurales a formar un frente común y fomentaron en el país entero la "mentalidad de derecha". Después no hubo otro remedio que reducir la masa del impuesto agrario, aumentar el precio del trigo, exentar de impuestos a una parte de los campesinos contribuyentes, dar primas a la siembra; en lugar de Stalin, en la misma situación, usted habría hecho lo mismo, cualesquiera fuesen las responsabilidades previas. En su ya citada carta al Congreso de Iena, Lenin prevenía de la siguiente manera a los comunistas alemanes: "si no se la colocara en su lugar, la exageración hundiría seguramente la Internacional". (Es en efecto lo que está ocurriendo). "Exagerar –subraya–, aunque sea muy poco, es impedir la victoria". Y añadía, como si hubiese previsto su error actual: "exagerar la lucha contra el centrismo, es *salvar* el centrismo, es consolidar su posición, *fortalecer* su influencia sobre los obreros". (Una previsión más que se realiza). La advertencia me parece conservar su valor para la actividad económica. Expongo a continuación las razones, estrictamente comprimidas.

Su insistencia para acelerar la industrialización se refiere siempre al financiamiento. Ahora bien, por importante que sea el problema, no es exclusivo y no puede separarse de los demás: nivel de la técnica, estado de las herramientas, carácter racional de la organización, calificación de la mano de obra, capacidad de la dirección, experiencia de fabricación, coordinación de las diversas ramas de la producción. Para resolverlos, se necesita no sólo dinero sino tiempo. Para ir rápidamente, habrá que aprender de los predecesores y competidores. La industrialización soviética es imposible sin la contribución de los recursos de todo tipo del capitalismo occidental. Su error consiste en insistir obstinadamente sobre las inversiones sin prestar la atención suficiente al resto y, sin embargo, al redactar textos, sabe muy bien refutar la insania de la "autonomía" de la economía rusa. Aguijonadas por usted, las subvenciones presupuestales para la industria

aumentaron y siguen aumentando a cada ejercicio; pero usted sabe cómo se industrializa, en qué abismos son tragados los capitales, qué dilapidaciones fabulosas se deben a los métodos burocráticos, a la falta de cuadros experimentados. Claro está, quedará algo importante de todo este esfuerzo desordenado, de esta creación caótica, pero ¿para quién? Los números astronómicos con los cuales está salpicado el plan quinquenal no dejan de ser impresionantes y la oposición de izquierda, en Rusia, no deja de impresionarse: sin embargo, busco indicaciones sobre el origen de los fondos y no encuentro ninguna; mi imaginación suple en buena medida a esta carencia y admito, en lo que concierne a lo insoluble, padecer de infirmidad; pero me siento en perfecta salud cuando pregunto con qué medios se formarán los cien mil ingenieros y técnicos nuevos previstos por los superindustrializadores. Y me abstengo de plantear las múltiples preguntas que se plantean por sí mismas alrededor del mirífico proyecto: las conoce mejor que yo.

La industria soviética no alcanzará el rendimiento y el perfeccionamiento de los países avanzados privándose de sacar provecho de la división mundial del trabajo. La NEP y el vínculo de la URSS con el mercado exterior implican a la vez un antagonismo y una colaboración con el capitalismo. Estas necesidades exigen medios de comunicación culturales e intercambios comerciales adecuados a la novedad de estas relaciones; las modalidades actuales de realización del monopolio del comercio exterior y la especie de disciplina impuesta en el interior, lejos de satisfacerlo, constituyen un obstáculo. El Estado soviético todavía no ha sabido realizar eficazmente el principio de su monopolio y ninguna oposición propuso la reforma de arriba abajo que se impone. Así como el Estado en general debe ser educado para merecer volverse educador, así el Estado soviético en particular no está cerca de cumplir racionalmente con el papel de comprador y vendedor universales. Sólo una combinación de barreras aduanales con licencias de importación y exportación podría dar al monopolio el margen y la elasticidad indispensables, ahogar el foco de corrupción que representa el actual departamento comercial estatal, restaurar y desarrollar en las instituciones interesadas la conciencia de responsabilidad individual (con tal que, simultáneamente, el régimen interno cambie en el sentido de un alivio). Bajo la protección de este sistema, la industria debería y podría crecer en cantidad y calidad con la condición de empezar por el principio, esto es, por las materias primas y los productos semimanufacturados cuya venta permitiría comprar en las condiciones medias del mercado mundial las mercancías, sobre todo las máquinas, de los países especializados

con los que Rusia no puede competir. En un cuarto de siglo, la república de los soviets alcanzaría el nivel industrial requerido, con tal que sea una democracia, no una autocracia –y bajo reserva de las eventualidades de guerra. Todavía habría que abordar las cuestiones de crédito y de circulación monetaria, de cambio y de concesiones, pero no soy relator en el Congreso Panruso y quien está escribiendo un libro es usted.

Usted denunció en una carta la tendencia a deslizarse sobre una línea de menor resistencia: renunciamiento a las ventajas del porvenir al precio de mejoras inmediatas. Ningún comunista puede contradecir esto. Pero, ¿es una razón para que el proletariado, en el décimo segundo año de la revolución, sufra las miserias interminables del presente en espera de alivios hipotéticos? ¿Cuántas generaciones deberán resignarse a nutrirse de tesis indigestas? En otro documento, realza muy justamente el hecho de que no puede posponerse indefinidamente la mejora del nivel de vida, de que de la filosofía y la sicología obreras depende la productividad del trabajo. Hay que abstenerse, pues, de las generalizaciones abstractas. No se presenta ninguna perspectiva ideal y sólo se progresará superando, a fuerza de habilidad y tenacidad, todo tipo de contradicciones. La escasez demasiado prolongada de mercancías hace necesaria una contribución urgente de parte del exterior, la cual es posible sin que el papel del Estado soviético se reduzca al de intermediario entre dos capitalismos; si este Estado, poseedor de la sexta parte de la superficie terrestre, con incalculables riquezas en el subsuelo, que controla casi toda la industria y la construcción, los transportes y los bosques, se convirtiera en un simple intermediario, esto significaría la quiebra, no del gobierno de Stalin, sino del propio partido bolchevique.

Las posibilidades de industrialización no pueden medirse sólo según la capacidad de compra del campo, como lo hace usted; señaló cien veces el peligro de una diferencia mayor entre la oferta y la demanda en el mercado campesino en caso de buena cosecha; al olvidar tomar en cuenta todos los elementos de una producción próspera, indicados más arriba y la posibilidad de recurrir al mercado extranjero, incurre usted en la exageración llena de peligros que se deben evitar. También cuando se deja llevar por el aspecto administrativo, como decía Lenin, de las funciones del Plan de Estado, del que usted hablaba con razón, cinco años antes, como de un plan de orientación general, con tareas reguladoras. En un país como Rusia, la burocratización del trabajo prevista por el plan conducirá a equivocaciones irreparables. Por último, con respecto a las clases campesinas, cae en excesos semejantes cuyas consecuencias son demasiado evidentes.

Aun cuando en los escondites de los campesinos se encontrara el billón de pouds que usted no pudo contar, el empleo de la coacción en tal situación era contraindicado. El préstamo forzado equivalía entonces en la mente de todos los campesinos a medidas que abrogaban las disposiciones de la NEP. Dice que es imposible la paz de las clases; sin duda, pero la lucha de clases no es un deporte y en un Estado obligado a mantener cierto equilibrio social, pues la NEP es un compromiso, esta lucha no debe cobrar forma violenta sin una razón de fuerza mayor.

Niega usted desconocer la necesidad de la NEP, de "subestimar al campesinado": ya no se trata de sus tesis, sino de la idea que la población se hace de proposiciones prácticas. No está usted confinado en un laboratorio, sus intervenciones son públicas; hágase comprender o aguante la impopularidad de sus soluciones. Es bien posible y es mi convicción personal, que la aplicación a su debido tiempo de las sugerencias de la oposición hubiera evitado la crisis en cuestión (no en virtud de sus programas económicos, sino del progreso democrático-soviético, ya que "el mundo entero tiene más ingenio que M. de Voltaire" y los obreros hubieran rectificado los sabios proyectos de todos los Piatakov); pero sean cuales fueran los culpables, en un estado de hechos consumados, uno debe tomar en cuenta los datos reales y no entregarse a una sobrepuja de izquierda que desemboca en la reducción de la superficie sembrada, la desaparición del trigo, la escasez y lleva el poder soviético a retroceder frente al capitalismo campesino.

Una literatura declamatoria no sirve para contener y dar marcha de reversa al crecimiento de los kulaks. No hay que perder de vista su origen, su estado, para comprender su significación presente y futura. La oposición tuvo el mérito de desgarrar el velo de misterio que ocultaba este campo reticente a la penetración y cuyas necesidades y tendencias estaban ignoradas por el gobierno, hasta el grado de haber tenido, por medio de los sondeos de verdaderos exploradores (tal como la expedición Iakovlev en la provincia de Koursk), que tomarle el pulso y descubrir sus aspiraciones secretas. Ella despertó oportunamente al Partido que, por el abandono a la ley del menor esfuerzo, no había prestado atención a los fenómenos oscuros de diferenciación social entre los campesinos. Pero frente a índices certeros, sobrestimó evidentemente el poder numérico y económico de los kulaks (según ella: diez por ciento de la población rural, con un billón de pouds de trigo en reserva, sin tomar en cuenta las instalaciones, el inventario, el dinero) e ignoró sus vínculos con las demás categorías campesinas. Ella es corresponsable de una política repre-

siva en contra de los campesinos medios y de la que el enemigo de clase se aprovechó. Sobre todo no tiene excusas por haber olvidado que el kulak es efecto antes de convertirse en causa, que corresponde a un estadio específico del desarrollo de las fuerzas productivas que no será sometido por medidas administrativas y fiscales.

Mientras un modo de producción superior no lo domine y, luego lo elimine, el kulak será económicamente inevitable. Pudo convertirse de nuevo en explotador gracias a una selección humana que lo vuelve más consciente y a la posesión de instrumentos de trabajo, sobre todo animales de tiro, cuya penuria engendra al campesino pobre. Solamente podrían vencerlo las posesiones colectivas, fábricas de trigo, pero los planes fantasmagóricos no crean las condiciones requeridas para el cultivo intensivo de tipo económico socialista. La masa campesina está comprimida, no tanto por los impuestos (mejor repartidos desde hace poco) como por la usura y los altos precios industriales; ni el Estado, ni la cooperación pueden aliviarla de manera sensible con la actual orientación política y económica general; es así como el kulak dispone de una reserva proletaria de donde puede reclutar sus productores de plusvalía y sólo él pudo utilizarla para intensificar la productividad de la agricultura sobre tierras concentradas gracias a los arriendos. Esta explotación da quince y raya al cultivo extensivo de las minúsculas parcelas de la *obchtchina* y tendrá la última palabra si el Estado sólo es capaz de oponerle las acciones de la milicia. Después de haber adoptado el programa de los socialistas-revolucionarios sobre la nacionalización del suelo, el partido parece volver a los principios de la socialdemocracia referentes a la colectivización del trabajo; es una obra de larga duración para la que le deseo mucho éxito, pero que no se llevará a cabo, como tampoco la industrialización, a fuerza de decretos, circulares y consignas.

¿El régimen económico de la URSS tiende hacia el capitalismo o hacia el socialismo? A esta pregunta usted dio respuestas en un lapso de un año, si no contradictorias, por lo menos bastante diferentes y muy condicionales. Sin duda tenía motivos respetables y argumentos de peso. Pero no espere de parte de modestos occidentales alejados de Rusia desde hace años, faltos de documentación escogida, de tiempo para estudiar, una respuesta segura y definitiva en una fórmula mientras que ni siquiera hay dos líderes calificados de la oposición rusa que estén de acuerdo al pronunciarse.

Usted dedicó una carta casi completa a una requisitoria contra una

fracción del comunismo alemán excluida del partido, el antiguo núcleo de Espartaco vulgarmente calificado como "derecha", como si estimara necesario hacer hincapié sobre su exclusión y dar una primera impresión de la democracia de la que gozaríamos en una Internacional que correspondiera a sus deseos. Todavía no tengo relaciones directas con Brandler y Thalheimer, pues no urge y tenemos mucho qué hacer en nuestros respectivos países antes de tomar contacto útilmente. No nos une ninguna solidaridad particular que podría explicar el porqué se dirige a mí al respecto. Sin embargo, ya que usted los excluye por segunda vez, por su propia autoridad (siguiendo en esto su mal ejemplo, puesto que ellos también lo excluyeron), en la medida en que estoy al corriente de las cuestiones evocadas, le contestaré punto por punto.

"1. En 1923, este grupo no supo entender ni explotar una excepcional situación revolucionaria".

Acusación inconsistente. En 1923 este grupo no tuvo una política particular: estaba subordinado al Ejecutivo al que siguió fielmente, acaso sin ningún motivo, en todas sus instrucciones. Las responsabilidades de aquel entonces incumbe por completo al Ejecutivo, es decir en última instancia al poliburó ruso. Tal como lo recuerda más adelante, usted mismo se opuso a la tendencia que quería tratar a Brandler como el culpable exclusivo; mi punto de vista era semejante y no ha cambiado. Pero es inexacto porque es demasiado simplista atribuir la derrota a una "dirección Zinoviev-Stalin" de la Internacional. En el Ejecutivo, Radek es quien era autoridad en los asuntos de Alemania y su opinión prevalecía casi siempre. Usted era miembro del poliburó tanto como Zinoviev y Stalin y compartía sus responsabilidades. Sé muy bien que la desafortunada división del trabajo debida a Lenin y el estado de las relaciones personales entre dirigentes le apartaban a usted prácticamente de los asuntos de la Internacional, excepto los relativos a Francia, pero en el Buró Político su opinión tenía un importante peso. En cuanto a Stalin —ajeno a los asuntos exteriores, acostumbrado a dejar actuar a Zinoviev, quien las más de las veces se remitía a Radek para lo referente a Alemania—, hizo en esa ocasión sus vacilantes primeros pasos europeos apoyándose en los informes de camaradas rusos y polacos, agentes excepcionales que el poliburó consideraba como los mejores hombres que se podía mandar allá. (En esta circunstancia Dzerjinski desempeñó un papel más importante que Stalin).

Radek no era solamente un experto para el poliburó: las más de las veces su opinión era decisiva. En agosto-septiembre de 1923, el poliburó tomó la dirección de los asuntos alemanes, desposeyendo

prácticamente al Ejecutivo. En el consejo de guerra que celebramos en septiembre en Moscú, Brandler, Eberlein y Thaelmann estaban de acuerdo; el más "izquierdista" fue Brandler, que usted y Radek varias veces instaron a que volviera a la realidad. Un conflicto callado surgió cuando Brandler pidió al poliburó que lo mandara a usted a Alemania; Zinoviev tomó este trámite por una afrenta personal y no lo perdonó ni a Brandler ni a usted. En Chemnitz, se tomó la decisión de retirada por unanimidad, incluidas todas las tendencias, de acuerdo con Lozovski y Guralski; Radek y Piatakov, representantes de la Internacional en lugar de usted, aprobaron esta táctica. El Ejecutivo la confirmó. Sólo en enero Zinoviev intentó desacreditar a Brandler porque éste se había negado a sostener la campaña llevada contra usted en el partido ruso. Tales fueron los hechos.

Tanto antes del fallido octubre alemán como después, siempre pensé que Brandler había cometido dos grandes errores: uno, haber dejado que se crearan y desarrollaran el dualismo y el antagonismo entre la organización berlinesa izquierdista y la dirección del partido; el otro, que deriva del primero, haber transferido la Central a Saxe, desde donde se tenía una visión no válida para el conjunto del país. Tal hecho fue explicado por medio de la sospecha hacia Maslow, que documentos sustraidos al *Polizeipräsidium* de Berlín presentaban como un provocador o, en el mejor de los casos, como un peligroso aventurero. Pero esta explicación no es una justificación suficiente. En todo caso, nadie en Alemania o en Rusia puede pretender haber sido más clarividente que Brandler. Las faltas fueron comunes, las responsabilidades son iguales.

En un capítulo de *Nuevo rumbo* ("Tradición y política revolucionaria") escrito a finales de 1923, usted mismo expresó la idea de que el error principal del Partido Comunista Alemán fue el no haber sabido realizar un viraje táctico en el periodo iniciado con la "resistencia pasiva" a la ocupación de la Ruhr, el no haber tomado su impulso en mayo o en julio como los bolcheviques en Rusia en abril de 1917. Valga lo que valga esta explicación, no puede negarse que fue concebida a destiempo, merced a una visión de conjunto del periodo transcurrido: no es de mi conocimiento que usted haya señalado fecha en mayo o en julio. Su tesis data de diciembre y, aun suponiendo que fuera anterior y admitiendo que sea irrefutable, ¿de qué manera el mérito recaería sobre sus enemigos de ayer, seguidores de hoy, del movimiento comunista alemán?

"2. En 1924, Brandler se afanaba por considerar la situación revolucionaria bajo el ángulo del porvenir inmediato y no del pasado".

Si Brandler tuvo esta ilusión, la compartió con los dirigentes del

partido ruso y de la Internacional. Usted mismo alimentó una esperanza del mismo género. En el capítulo ya citado de *Nuevo rumbo,* escribía: "tenemos muchos motivos para pensar que el proletariado alemán no pagará demasiado caro su omisión, pues la estabilidad del actual régimen alemán, sobre todo a consecuencia de la situación internacional, es más que dudosa". Tal vez hacía entonces una concesión al estado de ánimo general, pero ¿por qué negar la misma excusa a Brandler? Es cierto que usted fue uno de los primeros en volver de esta ilusión; sólo Rosmer y yo compartíamos su opinión, lo que nos valió la acusación de no "creer" (sic) en la revolución alemana, por parte de sus enemigos de ayer, seguidores de hoy, en Francia; como de costumbre, el que más gravemente se equivocó fue Zinoviev, de quien quedan algunos escritos imprudentes. En cuanto a Brandler, ya no creía en la proximidad de la revolución cuando lo vi en Moscú en mayo de 1924.

Desde que hay revolucionarios, les sucedió tener que esperar de la misma manera anacrónica. Marx y Engels no escaparon a ello, a pesar de su extraordinaria clarividencia y Lenin más de una vez se equivocó en este sentido. El optimismo inherente a todo temperamento revolucionario predispone a los espejismos. En la actualidad usted mismo parece alimentar esperanzas que creo vanas. Pero eso es harina de otro costal.

"3. En 1925, declaró que no existía la menor situación revolucionaria, sino un análisis de Trotski 'sobrestimando la situación'".

(La frase es equívoca, la interpreto como refiriéndose a la situación de 1923). Hasta donde yo sé, aquí usted exagera la opinión de Brandler sobre dos puntos. El no negó la existencia de una situación revolucionaria sino que intentó explicar que se había sobrestimado las fuerzas del partido y menospreciado el poder del Estado burgués, de la Reichswehr, de la socialdemocracia, de las organizaciones militares secretas, etc. En una palabra, que uno se había equivocado respecto de las verdaderas relaciones de fuerzas. Cuando digo "uno", quiero decir no sólo Trotski, sino también el Ejecutivo, el poliburó ruso y la Central alemana. Por lo menos así es como comprendí la intervención de Brandler en el V Congreso de la Internacional. Ignoro si se explicó más cabalmente después. Aunque su esbozo de la situación alemana de 1923 en *Nuevo rumbo* me pareciera bastante justo en un principio, no deja de ser demasiado escueto para que se le considere como definitivo y sería inadmisible negarle a Brandler tener vela en el entierro. Ahora bien, no se organizó ninguna discusión seria sobre la cuestión alemana en el movimiento comunista; inclusive, el haber ahogado cualquier debate honesto al respecto

y explotado la derrota de Alemania en provecho de la lucha interna en Rusia, sacrificando así el presente y el porvenir inmediato del movimiento comunista alemán, pisoteando los intereses del comunismo internacional, es un verdadero crimen en el pasivo de Zinoviev. Mientras una sana y leal explicación no arroje más luz sobre el Octubre abortado, no me permitiré adelantar una opinión categórica, a mayor abundamiento condenar a quien sea. El discurso de Brandler en el V Congreso, ante una verdadera jauría furiosa que había jurado ahogar su voz y en la que se encontraban aquellos que intentaron mandarlo asesinar, no agota el tema. Aún queda casi todo por decir.

Por último, si usted tuvo la posibilidad de formarse personalmente una opinión definitiva, tanto gracias a su posición en Rusia, sus medios de información, sus relaciones, como a su propia personalidad, esto no lo autoriza a suponer que tal opinión deba ser considerada automáticamente como válida para otros. Su caso es único o casi. Aquellos que recitan sus lecciones no conocen el abecé del asunto. Se necesitará un intercambio de puntos de vista entre camaradas calificados para esclarecer este episodio de nuestra historia.

Esto es todo lo que le reprocha a Brandler en el terreno del movimiento en Alemania. Estrictamente preocupado por la verdad y con el único interés de nuestra causa, creo haber mostrado que sus aserciones todavía no son convincentes. Pero antes de pasar a sus demás críticas, quedan por hacer algunas observaciones sobre las relaciones de la oposición rusa con los oposicionistas alemanes.

En 1923, cuando habláramos de los cabecillas de la izquierda alemana, usted los tachaba explícitamente de "aventureros". Todavía le oigo pronunciar la palabra. Lenin era de la misma opinión y cuando menciona a Maslow y compañía en su carta al Congreso de Iena, los términos diplomáticos disimulan mal su opinión brutalmente peyorativa. Y esto fue antes de los hechos que condujeron a Maslow delante de la comisión investigadora de Moscú. Durante la discusión rusa de 1923, Molotov, al atacar a la oposición obrera y a ciertos grupos clandestinos excluidos, ante una asamblea de la región de Zamoskvoretchié (según me parece), acusó a Miasnikov junto con Maslow, Ruth Fischer y otras personas proclives a crear una IV Internacional (Andreytchin estaba presente y me informó de sus palabras). En efecto, supe que Maslow había tenido entrevistas a este respecto con Lutovinov, quien se suicidó al año siguiente. En septiembre, en la Comisión investigadora sobre el asunto Maslow, fue uno de los representantes más notorios de la oposición rusa, Piatakov, quien propuso el arresto inmediato de Maslow, exigencia que rechacé junto con Radek y Terracini. Sólo menciono a título de información la

hostilidad vivísima de Radek, tanto política como moral, hacia todo el grupo Maslow-Fischer y el implacable odio de éste contra Radek, sus denuncias virulentas del "radekismo". ¿Y todo esto para que nos sea permitido ver a Maslow y compañía reconocidos en 1924 como leninistas ortodoxos por la dirección Stalin-Zinoviev-Molotov del partido ruso, como "bolcheviques-leninistas" ortodoxos oposicionistas por la dirección Trotski-Zinoviev-Piatakov-Radek de la oposición? Mientras tanto, Brandler y Thalheimer, quienes se habían comportado dignamente durante la crisis rusa de 1923-24 negándose a mezclarse a la conspiración urdida contra usted, se dejaban llevar por desaprobarlo, después de la publicación de las *Lecciones de Octubre,* en circunstancias donde el tacto y la dignidad personal imponían el silencio; con ello sólo se ganaron cierta desconsideración y el reproche de amigos cercanos como Radek y Clara Zetkin. Más tarde, ésta última, con todo, iba a hacer algo aún peor, por odio hacia Maslow y su equipo a los que usted había hecho sus aliados, al guardar un silencio cómplice cuando los oposicionistas fueron deportados. Por último, los mismos Brandler y Thalheimer, al votar su exclusión del seno del partido, se habían disminuido vanamente a causa de un insensato cálculo con el que creían expediente pagar este precio para regresar a la escena política.

En esta sucesión de peripecias sin gloria para nadie, por más que busque la famosa "línea leninista de izquierda" de la que usted habla tan a menudo, no la encuentro más que la "barricada". En materia de barricada, percibo, si acaso, una serie de pequeñas barricadas, entrecruzadas en un desbarajuste inextricable donde quien se encuentra del lado izquierdo de una se halla a la vez de lado derecho de la otra. Pero ni la menor huella de barricada simbólica de clase. Y desafío a un proletario consciente, a un proletario de primera, a que encuentre la vía de su emancipación en este laberinto complicado, a que se ubique en este enmarañamiento de maniobras y tácticas donde no queda ya ningún lugar para los principios.

Aventureros en 1922, escisionistas en 1923, leninistas en 1924, oposicionistas en 1925-26, capitulacionistas en 1927-28, demagogos vulgares e intrigantes nocivos siempre, Maslow y consortes fueron investidos de la confianza de la oposición rusa mientras lo quisieron. ¿Con qué título? ¿Será porque hicieron perder al partido alemán las dos terceras partes de sus miembros, aniquilaron su influencia en los sindicatos, alejaron del comunismo a dos millones de electores y lograron promover a Hindenburg hasta la presidencia de la República? Para no hablar de su papel decisivo en la "bolchevización" que diezmó a nuestra Internacional. Les fue suficiente repetir dócil-

mente sus fórmulas y sus consignas, o simularlo, para estar en la "línea leninista de izquierda". Su ejemplo, además de muchos otros, es testimonio de que esta línea no representa forzosamente el pensamiento marxista ni una tendencia de clase; puede llevar a los desenlaces más singulares. Se comprende el porqué a Brandler no le atormente el deseo de seguirla.

Escribe usted que sólo dio a Brandler una apreciación desfavorable después de que se convenció de su mala voluntad o de su ineptitud para instruirse, aun a la luz de los mayores acontecimientos. ¿De qué criterio se sirve usted para tomar tal decisión? únicamente de sus divergencias de opiniones. Ahora bien, hasta el momento presente su concepción es estrictamente personal. Todavía ningún debate, ningún estudio han permitido volverla colectiva. Solamente en Alemania se sabe de qué se trata, ¿pero a través de cuántas deformaciones? En Francia, ni un solo texto apareció sobre este tema, excepto el suyo, ni siquiera el discurso de Brandler en el V Congreso. Sucedió lo mismo en los demás países. ¿Olvidó usted su carta de Alma-Ata del 21 de octubre de 1928, donde escribía: "un amplio y justo intercambio de experiencia teórica, una colaboración en el terreno del análisis marxista de los procesos que se producen y una elaboración de las consignas de acción, he aquí por donde hay que empezar"? No propongo otra cosa. No empecemos con conclusiones.

Por último, dice que la "apreciación retrospectiva de Brandler de la situación alemana de 1923 es en absoluto análoga a la crítica de los mencheviques en relación a la revolución de 1905 durante los años de reacción". No pido más que creerlo, pero antes dé pruebas, es decir citas, referencias y argumentos. Aun una coincidencia, aparente o fundamental, a una analogía de opiniones con los mencheviques, no es suficiente para impresionar *a priori.* No soy de aquellos que consideran una cuestión de honor el echarles la culpa a los mencheviques todo el tiempo, en cualquier lugar y en cada circunstancia. Después de la revolución de 1905, precisamente durante los años de reacción, Lenin anduvo con los mencheviques contra el conjunto de su partido, que se hallaba más "a la izquierda". No digo que Lenin tuviera la razón, ni que Brandler no esté equivocado. Sólo invoco un ejemplo clásico para prevenir contra cierta manera de discutir, de la que usted ha sido demasiado a menudo la víctima. Sigamos con sus críticas.

"4. En 1925-26, [Brandler] estimaba que era justo poner las esperanzas en el kulak, en aquel entonces concepción de Stalin-Bujarin".

En los años en cuestión, Brandler estaba de algún modo, en Rusia, en libertad bajo palabra. No estaba libre para expresar otra opinión

que el punto de vista oficial. ¿Aprobó realmente un "poner las esperanzas en el kulak" o simuló una aprobación por táctica? En ambos casos, se habría equivocado seriamente, pero necesitaría saber más al respecto. Es verosímil que la opinión de Brandler sobre la economía rusa haya sido fabricada por Radek, de quien usted dice que "hasta 1927 dudó que un rumbo económico diferente al marcado por Stalin-Bujarin fuera posible en general". ¿Por qué exigiría usted de Brandler que se oriente mejor, acerca de los asuntos rusos, que Radek quien estaba en contacto permanente con usted? Una vez más usted revela el escaso valor de su criterio al esperar que un comunista alemán sea mejor comunista ruso que un comunista ruso y la inanidad de su clasificación en izquierda y derecha en relación con problemas que no se prestan a ello. También es posible que Brandler haya mostrado inclinación hacia el pensamiento oficial bajo la influencia negativa de la oposición cuya justa crítica no justificaba cierta demagogia a la que Zinoviev daba una expresión particularmente repulsiva. Si uno pudiera escoger entre el error monstruoso de unos y la verdad irresistible de los demás, todo sería sencillo. Pero la alternativa ha sido diferente. El poder tomó en cuenta en cierta medida las advertencias de la oposición, le tomó prestadas más o menos mal algunas cláusulas de su programa y no puso realmente "las esperanzas en el kulak"; la oposición tuvo el mérito de dar la señal de alarma para luego perseguir la quimera de desenterrar millones de pouds de trigo y manipular la composición social del campo con medios que inevitablemente hubiesen provocado la huelga de cereales, la reducción de la superficie sembrada y lo demás; entre esta oposición y aquel poder ante problemas tan arduos, puede perdonarse a un antiguo albañil alemán, perdido en Rusia, el cometer un error en el mismo sentido en que lo cometieron líderes indiscutidos de la oposición tales como Piatakov, Krestinski, Antonov y error hacia el que se inclinan oposicionistas calificados como Preobrajenski, Smilga, Radek y muchos otros.

"5. En 1923-25, como miembro de la comisión del programa, Thalheimer sostenía a Bujarin contra mí en relación al programa (nada menos que un esquema de capitalismo *nacional* en lugar de una generalización teórica de la economía y la política *mundiales*)".

Ignoro la primera palabra de esta discrepancia. Desde luego, un programa comunista debe estar fundado sobre un análisis de la economía mundial. Es un truismo. ¿Hay verdaderamente aquí motivo de conflicto? Me cuesta trabajo creerlo, sobre todo cuando lo veo a usted atribuir a sus contradictores, en casos precisos en que me pone en tela de juicio, ideas que nunca tuvieron. La concepción de Thalheimer

seguramente ha sido más compleja que lo que usted dice. En la hipótesis en que aquel que Lenin consideraba, con razón o sin élla, como el "mejor marxista" de Alemania hubiese olvidado los rudimentos del marxismo, ¿tiene usted fuera de Rusia entre los oposicionistas titulados de la "línea leninista de izquierda" un interlocutor, uno solo, con quien discutir útilmente del programa sin tener que tacharlo de desviación?

El programa de Bujarin, entorpecido por las seiscientas enmiendas de los mameluks del seudo VI Congreso de la Internacional, es un notable documento que muestra la descomposición de la "vieja guardia" leninista. Después de esto, usted no tuvo dificultad para valerse de algunas observaciones llenas de sensatez. Pero al señalar las lagunas, sugerir correcciones, proponer desarrollos, preconizar una modificación de las proporciones, revela implícitamente un acuerdo general que lo vuelve un pariente mucho más cercano de la orientación del pensamiento de Bujarin y Thalheimer de lo que parece usted creer. Ni la atmósfera irrespirable de la Internacional, ni el aire malsano de la ortodoxia de oposición permiten actualmente la expresión útil de una concepción francamente divergente en relación a la de las fracciones oficiales; una vez más, las ideas ya hechas hacen retroceder por algún tiempo las ideas en gestación; esto me parece muy perjudicial para nuestro futuro, pues probablemente no soy el único en rumiar solitariamente consideraciones fuera de serie y, entre todas las que se elaboran, algunas merecen seguramente ser conocidas y fecundarían nuestra acción. Si el trabajo para el programa sólo fuese la traducción de un sentimiento de clase, hace tiempo que la obra estaría acabada; pero no se encuentra cerca de llegar a un resultado verdaderamente digno de nuestras metas porque para eso sería necesario un progreso sensible del pensamiento comunista. No se favorecerá tal progreso denunciando de antemano como herejía cualquier transgresión a una pretendida "línea leninista de izquierda".

"6. Hasta donde yo sé, Brandler y Thalheimer nunca protestaron contra la teoría del socialismo en un solo país".

Sin duda no creyeron necesario hacer algo que ya está hecho. ¿Es suficiente el que Stalin se esté burlando del mundo para que uno tenga la obligación de machacar un curso elemental de marxismo? Creo que Radek refutó brillantemente la tesis oficial con su ocurrencia sobre "el socialismo en un solo cantón". Esto me recuerda el grito de Víctor Considerant en la Asamblea de 1848: "¡Nada más dénos el bosque de Saint-Germain!" Pero dudo que Stalin comparta la ingenuidad del pacífico fourierista: no cree ni una sola palabra de su cuento sobre el socialismo ni tampoco de su leitmotiv sobre la guerra

inminente; explota las razones de Estado para mantener la dictadura del secretariado. En lugar de perder el tiempo repitiendo o parafraseando verdades adquiridas desde medio siglo, tenemos que dar respuestas nuevas a las cuestiones nuevas. En el IV Congreso de la Internacional, el último que contó para algo, declaramos todos en una resolución unánime: "el IV Congreso recuerda a los trabajadores de todos los países que la revolución proletaria nunca podrá vencer en el interior de un solo país sino en el marco internacional, como revolución proletaria mundial". Desde entonces no ha ocurrido nada que legitimara el repudio de la doctrina comunista, a menos de considerar una simple elucubración de Stalin como un acontecimiento.

"7. Brandler y Thalheimer intentaron introducirse en la dirección del partido enarbolando los colores stalinistas (a semejanza de Foster en Estados Unidos)".

Aquí usted tiene la razón y no lo he esperado para expresar mi pensamiento. Pero hay que decirlo todo: su falta fue la de rebajarse a un compromiso con este elemento específico del "leninismo" cuya justificación tuve que padecer a menudo por parte de los líderes de la oposición bajo el nombre de 'tselesoobraznost", algo así como la *efficiency* inglesa que no tiene equivalente en español y que de hecho corresponde de manera bastante exacta a la fórmula atribuida a los jesuitas: "el fin justifica los medios". Cada vez que hubo que denunciar alguna enormidad del neomachiavelismo bolchevique, en pro de la verdad tuve que reconocer la corresponsabilidad de la oposición oficial en la degradación moral del comunismo. ¿Habría olvidado usted las desaprobaciones mutuas y las retractaciones insinceras de la oposición en 1925 y 1926? Es cierto que una parte de los oposicionistas reconsideró su posición al año siguiente y dio prueba de una sana facultad de reacción contra la degenerescencia que la contaminaba: esto prueba que los hombres valían más que su elástica ética. El marxismo exige la concordancia de la teoría y la práctica. No todo debe parecernos sagrado en Lenin y especialmente lo que deriva de su fórmula: "no somos candidatos al premio Montyon", pues si Lenin es Lenin, vea usted lo que son los epígonos que creen poder permitirse todo invocando fines superiores para justificar medios inconfesables. Acerca del ardid bélico leninista, escribió usted cosas excelentes en *Nuevo rumbo* y, en cuanto a la moral, leí con agrado en su carta del 3 de enero de 1928: "no reconocemos una moral abstracta dominando la realidad, las clases y los intereses. Pero esto en absoluto significa que no reconozcamos ninguna moral". Si esta última afirmación no es una figura de retórica, implica no exigir únicamente de Brandler una rectitud de principios donde política, táctica, ética se confunden.

Hay que predicar con el ejemplo e inspeccionar un poco a los que se hallan en la "línea leninista de izquierda".

"8. En lo que se refiere a la revolución china, Brandler y Thalheimer se dejaron arrastrar por la dirección oficial del partido";

"9. Hicieron lo mismo a propósito del comité anglo-ruso".

He contestado más arriba sobre estos puntos. Aquí puede señalarse que también critica usted la posición de Radek, de Preobrajenski y de Smilga sobre la táctica en China, la de Radek sobre el comité anglo-ruso. Y no los nombra a todos. Así, Racovski también estaba en desacuerdo con usted sobre Inglaterra. ¿Por qué tomarla más específicamente contra Brandler? Aun cuando tenga razón en el fondo, está equivocado al hablar de criterios, a menos de que limpie sus filas.

Pasemos a su discusión.

Usted señala, en un informe de Thalheimer que no conozco, una frase que caracteriza una "posición vergonzosa" para un marxista: "el programa de Trotski exige una presión financiera más fuerte sobre el campesinado". Esta formulación le indigna porque el campesinado no es un todo, porque en él se libra una lucha de clases, porque engendra dos tendencias, una capitalista con el kulak, la otra socialista con el explotado. Aquí también, dudo que Thalheimer necesite estas revelaciones. Uno emplea comúnmente términos generales suponiendo que los interesados los comprenden en una acepción común. No data de hoy el que la pobreza y la casi fijación del vocabulario sean un obstáculo para la expresión del pensamiento. En algunos casos y justamente en éste, hay más inconvenientes que ventajas en emplear palabras restrictivas o demasiado precisas, que corresponden a visiones esquemáticas. En la Rusia de hoy día, con la escasez de productos manufacturados, los altos costos de la industria, el desempleo creciente, el parasitismo de la burocracia, la insuficiencia de la cooperación, la debilidad del crédito, la arbitrariedad fiscal, la brutalidad policiaca, la corrupción del partido y la incoherencia gubernamental, usted sabe, como yo, que la diferenciación social campesina no se refleja en corrientes políticas distintas sino que al contrario la masa tiende a unificarse temporalmente contra el poder, contra la "ciudad", como consecuencia de circunstancias determinadas. En este sentido, puede hablarse de campesinado, sin olvidar las condicionantes y las excepciones. Un poco de marxismo revela la estratificación de clase en el campo, mucho marxismo aclara las eventualidades de coalición de las clases.

Con una concepción mecanicista de los fenómenos sociales no

puede explicarse el papel de los campesinos pobres en la insurrección de la Vendée.

Hay ahora una situación de hecho en Rusia: el descontento de la gran mayoría de los campesinos. La oposición no puede dejar de tomarlo en cuenta, aun cuando no sea responsable de ello. Es fácil decir: imponer gravámenes a los ricos, escatimar los medios, ayudar a los pobres. Puedo proponerle lo mismo. Pero después de esto, queda todo por hacer. Y todo queda por hacer con la Rusia tal como está, con el partido tal como está, con la industria tal como está, con los soviets tales como están. Nada es estático, entendido. Puede depurarse, despertarse, democratizarse el partido, hacerse progresar la industria, reanimarse los soviets. De acuerdo. Mas esto no se hará con decretos, habrá que trabajar, luchar, maniobrar y es precisamente sobre las vías y los medios de este largo proceso que es preciso explicarse. Una condición previa es la de no condenarse mutuamente de antemano sin una razón suficientemente válida.

Todos hemos empleado términos generales, como "campesinado", "los campesinos", sin que por ello desdeñáramos las enseñanzas del marxismo. ¿Saldría usted inmune si se le aplicara el modo de discusión que emplea? Permita que me refiera a un texto a título de ejemplo: sus tesis sobre la situación económica de Rusia para el IV Congreso de la Internacional, el último que se llevara a cabo limpiamente y donde se hablara sin temer las interpretaciones tendenciosas. En algunas cuartillas se encuentra una docena de veces expresiones como "la economía campesina", "los campesinos", "las masas campesinas", "las explotaciones campesinas", "la clase campesina", "el campesino". He aquí algunas de sus frases:

"Los acontecimientos contrarrevolucionarios de febrero de 1921 mostraron la urgencia de una adaptación más cabal de los métodos económicos de la edificación socialista a las necesidades de *la clase campesina*". "Todas las tierras pertenecen al Estado, cerca de noventa y cinco por ciento de las tierras arables se halla en usufructo económico de *los campesinos*". "Así como en la guerra civil la lucha se libraba en gran medida para obtener la participación política de *la clase campesina,* asimismo actualmente la lucha tiene como objetivo principal el mercado *campesino*". "El principal resultado político y económico de la NEP, es la seria y sólida alianza con *la clase campesina*", etc. "Hacer que participen *los campesinos* a la realización del plan económico del Estado, es decir del plan socialista, éste es un problema aún más complicado, que exige aún más tiempo". Etcétera.

Un adversario poco escrupuloso podría llamarle al orden del marxismo y revelarle en cada ocasión que hay varias especies de "campe-

sinos", que la "clase campesina" se diferencia y otras verdades análogas, que conocemos muy bien, usted, Thalheimer y yo. No pongo en tela de juicio su buena fe. Pero digo que le obsesionan las ideas fijas. En lugar de revisarlas a la luz de los hechos y de la discusión amistosa, las repite con una especie de ensañamiento que las vuelve cada vez menos persuasivas. Por eso hubiese deseado que se desprendiera, por decirlo así, de la mentalidad bastante especial conformada en el ambiente de las luchas internas, el trabajo clandestino, la deportación, y que "aprovechara" y perdone la expresión, su exilio para verificar, renovar, vivificar sus puntos de vista.

Escribe que "el campesinado medio es un protoplasma social; invariable y constantemente cobra forma en dos direcciones: capitalista por medio de los kulaks y socialista por medio de los semiproletarios y los jornaleros". Es una vieja hipótesis marxista, que la historia no ha comprobado. Usted la transcribe de un modo demasiado simple y absoluto. En los países burgueses, la concentración capitalista y la proletarización del trabajo no tomaron en el campo el rumbo esperado. Lo atestiguan la estadística, la ciencia económica, la experiencia. Se ha constituido una pequeña y media propiedad rural que no evoluciona ni en el sentido capitalista con los kulaks, ni en el sentido socialista con los semiproletarios y los jornaleros. Por supuesto, no se trata de afirmar la perennidad de esta forma de producción agraria, pero es evidente que puede durar en cierto estadio de la evolución de la humanidad, en el que corresponde a una técnica dada y a las condiciones del mercado. ¿Tendremos en Rusia un desarrollo original de este "campesinado medio"? Esto dependerá del desarrollo general de la economía rusa en su conjunto, en relación con la economía mundial. Una política tendente a favorecer los campesinos medios mediante la exoneración de impuestos, la abertura de créditos, la ayuda en semillas y herramientas, la reducción de los precios de productos manufacturados sólo conduciría, suponiendo que el Estado soviético tenga talla para realizarla, a elevar los campesinos pobres al rango de campesinos medios y consolidar las llamadas explotaciones rurales medias. Y si, por añadidura, el despegue de las empresas de tipo capitalista de los kulaks pudiera ser detenido o invertido mediante la coacción administrativa y fiscal, también se reforzaría al "campesinado medio". Luego, su protoplasma cobraría forma en un tercer sentido, el que usted no ha previsto. Sólo mediante la creación de un nuevo modo de producción, el colectivo, esto es, ni kulak ni proletario, se podría orientar a la economía agrícola en una cuarta dirección, la verdadera dirección socialista o comunista. Pero para alcanzar esto, es preciso un conjunto de condiciones

y medios que es poco factible que lleguen a reunirse por la vía que adoptó Stalin y que tampoco se encontrará en la "línea leninista de izquierda".

Después de su bosquejo acerca del "campesinado medio", usted pasa bruscamente al régimen interno del partido. Lo voy siguiendo.

Thalheimer hubiese tachado de "menchevismo" su reivindicación del voto secreto en el partido. Se equivoca del todo al emplear una expresión que implica demasiadas interpretaciones infelices y corre peligro de enconar la controversia, pero esto no me hará darle la razón a usted en cuanto al fondo. (Dicho sea de paso, señalemos que por su parte en cuanto puede acusa a todo aquel que le contradice de socialdemócrata o de oportunista sin contestar a sus argumentos). Cierto, su idea directriz al respecto sólo tiene el aspecto formal en común con el punto de vista de los mencheviques, pero su demostración no la justifica; al contrario, subraya su debilidad. Usted preconiza el voto secreto en el partido esperando que la experiencia permitirá introducirlo después en los sindicatos proletarios, es decir, si entendí bien, solamente en los sindicatos de obreros de la industria y tal vez más tarde, según los resultados que se obtengan, en los soviets. Para empezar, ¿por qué esta ventaja para el partido? Claro está, porque usted considera al partido como la élite de la clase obrera, su vanguardia, su elemento más consciente, según la definición clásica. Esta no es sino una concepción abstracta, no dialéctica, del problema.

Para refutar a Thalheimer, usted mismo está obligado a colocar los obreros del partido en el mismo nivel que los sin partido al decir que tienen miedo de hablar y votar en conciencia, temiendo al aparato y sus represalias. En pocas palabras, la élite tiene miedo, la vanguardia está arrodillada. Y no es mi intención ironizar; se trata de un importante hecho histórico. No se conoce ejemplo de una revolución donde los nervios de los combatientes hayan estado en tensión tanto tiempo. Con trágico simbolismo, la muerte de Lenin corresponde a la relajación del esfuerzo revolucionario del partido. El asesinato político que usted sufrió consagra este "viraje". El desgaste físico, el cansancio moral, las privaciones, el desempleo, la incultura, el retraso de la economía, las presiones de las clases enemigas, todo contribuyó a hacer del partido lo que es hoy día. Pero no hay que tomarlo por lo que ya no es.

Si usted hubiese explorado un poco el tema, no se le habrían escapado las observaciones siguientes: el "reclutamiento de Lenin" entorpeció el partido con centenares de miles de adherentes atrasados, no comunistas y, con los reclutamientos posteriores, cerca de un

millón de autómatas ahogaron a los miembros conscientes; de estos últimos, sólo queda ya un ínfimo núcleo: extinción y senilidad de la "vieja guardia"; eliminación quirúrgica de las oposiciones; corrupción y burocratización de los cuadros; aburguesamiento de los funcionarios; exclusión sistemática de los elementos sanos, despiertos, críticos, aprovechando las depuraciones sucesivas; letargo de los demás; la masa llamada a votar compra en el partido un seguro contra el desempleo, mejora sus condiciones de existencia y afirma un tanto sus derechos cívicos: legítima *self-defense,* instinto de conservación que el vulgo traduce torpemente por el epíteto "chkurniki"; (esta masa no es muy diferente de la que en Occidente llena las organizaciones sindicales dueñas de los servicios públicos, municipalidades, cooperativas, etc). Cae de su peso que tal estado de cosas y de gentes no permanecerá estático; dentro de nuevas condiciones históricas, los mismos autómatas se pondrán en marcha por sí mismos y apuesto que lo tacharán a usted de derechista. Mas por ahora se trata del partido tal como es y como será durante un periodo determinado. ¿Y es a este partido que usted asigna un papel que un verdadero comunista, conforme con los principios, tal vez no llevaría a cabo? Para permitirle asumirlo, se imagina reanimarlo merced al voto secreto. ¿Está usted seguro de que el secreto del voto no tenga como efecto más próximo y decisivo, el de abrir camino a las influencias de las clases enemigas cuya presión denuncia usted incansablemente?

En un país en que un solo partido tiene el monopolio de la vida política –cosa que ningún programa comunista prescribió jamás–, todas las influencias de clases se ejercen en él y, en este caso, la de los campesinos es enorme. Subsiste actualmente en las profundidades del proletariado un potencial revolucionario que el poder y su base deben tener en cuenta, como lo prueba la fraseología oficial de izquierda y que, aun a través de la cortina de la burocracia, todavía mantiene a raya, en cierta medida, a las avanzadas de la contrarrevolución: el escrutinio secreto abriría las compuertas a la marea de la ideología campesina y lo que queda de la oposición no tendría fuerzas para contenerla. Con su mentalidad de casta privilegiada, el partido actual, colocado por encima de las clases, no es una selección del proletariado; la élite revolucionaria está fuera del partido, unos excluidos, otros que han salido por decisión propia, los demás resistiéndose a ingresar; para renovar la acción comunista, habrá que buscar fuerzas nuevas y volver a encontrar en la masa elementos dirigentes bien templados. Al reclamar el voto secreto en el partido porque sus miembros ya no se atreven a decir ni pío, usted toma nota del hecho de que el partido ya no es el partido; sin embargo, razona

como si lo siguiera siendo. Pero si el partido fuera el partido, su iniciativa carecería de razón de ser. Y si los obreros fueran capaces de imponer el voto secreto al aparato opresivo, estarían en condiciones de convertirse de nuevo en los dueños de la casa y realizarían una reforma equivalente a una revolución.

Es un círculo de contradicciones. Además, usted lanza una consigna desprovista de interés para más de noventa y nueve por ciento de la población. Nadie tiene la obligación de ingresar al partido, pues se supone que la adhesión es voluntaria y el hecho de que los miembros del partido sean libres o no de hablar o de callar no les importa en lo más mínimo a los ciento cincuenta millones de "ciudadanos" soviéticos no miembros del partido, primero y luego a la propia inmensa mayoría del partido que no entiende nada del "comité anglo-ruso" ni del "Koumintang" y en lugar del voto secreto prefiere, bajo el efecto de una necesidad aguda, un poco más de mantequilla sobre un poco más de pan. Hay más aún: para que el voto secreto tenga algún valor, debe ser precedido por una relativa libertad de información y de discusión, a falta de lo cual sólo serviría para hacer confirmar, mediante un voto secreto que usted *a priori* habría reconocido como válido, la puesta fuera de la ley de la oposición decidida durante el escrutinio público. Esto plantea, pues, la cuestión de la prensa, de la correspondencia, de las garantías individuales, de los límites de la dictadura, de la legalidad revolucionaria, de la democracia soviética en general.

Este es el problema que interesa, que apasionaría a la gran masa. Pero usted lo aborda de manera tangencial a través de un aspecto secundario, en lugar de abrazarlo en toda su amplitud. Lo que pasa es que, en este caso, sin saberlo se hace usted el intérprete, no de los intereses generales de las clases explotadas sino del interés particular de la oposición. Su consigna expresa una concepción estrecha del interés de su fracción. Al revés, habría sido necesario que la oposición se hiciera, en el más amplio sentido, el vocero de las clases trabajadoras. Más valdría hablar un poco menos del proletariado y los campesinos pobres y pensar más en ellos, que hablar de los mismos a cada paso y fuera de lugar desconociendo casi siempre sus aspiraciones.

Hace poco, asistí en París a una discusión acerca del voto secreto, entre un sindicalista anarquista, Lazarevitch y un sindicalista comunista, Rosmer. El primero estaba en favor del secreto, el segundo en contra; Rosmer se valió, para invitar a reflexionar a su predecesor, de una alusión a los mencheviques, con tacto por supuesto. Lazarevitch se mantuvo firme, en una posición mejor que la de usted;

como punto de partida él defendía a los sindicatos, concepción excusable en un sindicalista, pero reivindicaba el escrutinio secreto para todos los explotados, luego para una parte considerable de la población activa. En ese debate nadie distinguió una izquierda y una derecha, tampoco un "centrismo": solamente se trataba de dos revolucionarios de tendencias diferentes que buscaban una solución en interés del proletariado, de la revolución, del comunismo. Y si usted tuviese la posibilidad de discutir su iniciativa en una asamblea de la oposición rusa, quizá sería usted quien pasaría por oportunista.

Dice que la socialdemocracia sostuvo a Stalin y Bujarin en las cuestiones esenciales de la revolución mundial que usted evoca. Sin defender a esas gentes, puede establecerse la verdad: su aserción no tiene más valor que la de Stalin y Bujarin cuando le acusan de estar defendido por los socialdemócratas. Con excepción de los mencheviques rusos y de algunas escasas personalidades, los socialistas en su conjunto no entienden media palabra de la mayoría de los conflictos del comunismo ruso y, en general, no se mezclan con él; cuando ocurre el caso de que alguno de ellos emite una opinión, de carácter estrictamente personal y, en suma, de índole periodística, es para aprobar al que cree más "moderado"; es así como Trotski y Stalin recibieron alternativamente su parte de elogios condicionales y poco comprometedores. Al irse acentuando de manera cada vez más visible la orientación izquierdista de la oposición y su fraseología revolucionaria, se está iniciando lentamente una especie de educación del "público" que incita a los socialistas a tener alguna preferencia para Stalin como si fuera de los males el menor. Pero sería bastante arbitrario ver en eso un problema de identidad de contenido social que se reflejara en una tendencia política común.

Incluso una coincidencia o una similitud, pasajero o durable, de intereses más o menos bien comprendidos no tendría necesariamente el sentido que usted sobrentiende. En el pasado, asistimos a la unión de los marxistas y los lassallanos, de los guesdistas y los jauresistas, de los bolcheviques y los mencheviques; no hay que descartar la hipótesis de que el futuro nos reserve dislocaciones de partidos obreros existentes y fusiones de fragmentos, factibles o no, pero temporalmente inevitables. Los actuales partidos socialistas y comunistas traducen burdamente, bajo formas divergentes y a veces antagónicas, el desconcierto de un proletariado desangrado por la guerra, desmoralizado por la quiebra de la II Internacional, el aborto de las revoluciones en Europa central, la dirección decepcionante de la revolución rusa y la descomposición rápida de la Internacional comunista; desmoralización complicada además por influencias burguesas,

que se trasmiten a través de capas obreras privilegiadas, los cuadros de los sindicatos y de las cooperativas, los puestos parlamentarios y municipales conquistados. La próxima crisis económica y la ascensión de una nueva generación crearán coyunturas diferentes. Pero las premisas pueden aparecer ya y producir sus efectos. ¿Por qué olvida aplicar aquí su razonamiento predilecto y desconoce que la inmensa mayoría obrera del movimiento socialista, al ejercer presión sobre la dirección en casos precisos, puede determinar una convergencia hacia objetivos señalados por el movimiento comunista? ¿Y cómo conciliaría usted su tesis de un Stalin intérprete indirecto e inconsciente de las tendencias campesinas, con su segunda tesis acerca de una identidad política fundamental entre Stalin y... MacDonald cuyo carácter de representante del campesinado le será difícil establecer? Se sabe todo lo que los recursos de un espíritu fértil puede oponerme como consideraciones restrictivas, desarrollos casuísticos, matices, sutilezas; tal vez podría redactar, en su lugar, a título de plagio, una justificación de su punto de vista. Mas como no es mi intención dar aquí respuestas definitivas a cuestiones mal planteadas, solamente estoy reaccionando contra una propensión a zanjarlo todo con demasiada prisa y simplismo.

A este respecto, su punto de vista sería comprensible si, en la medida en que lo permite la ciencia social, hubiéramos establecido que la sociedad burguesa ha entrado en la fase final de su existencia; podría considerarse entonces como episódica la complejidad de las relaciones de clases y de los antagonismos políticos y esperar en un futuro próximo el surgimiento de conflictos decisivos en estado puro, o casi. En esta eventualidad, sería fácil deducir la significación histórica de los partidos socialista y comunista. Pero precisamente nos queda aún por elaborar una caracterización más profunda y comprobada de la época en que vivimos, a no ser de que se juzgue suficiente la frase de Lenin que la define como un periodo de guerras y revoluciones. Entre tanto, no se puede sino advertir el hecho de que, si bien los partidos socialistas necesitaron medio siglo para degenerar, cinco años fueron suficientes para que decayeran los partidos comunistas. Esto merece reflexión.

A propósito de las defecciones sucesivas que diezmaron las filas de la oposición y que todavía siguen, se refiere usted sumariamente a desacuerdos anteriores con los camaradas que ahora rompen las relaciones, para ver en esto la fuente de su actual desviación respecto de la "línea" que usted preconiza. Estamos muy lejos de la verdad. Para adjudicar "errores" a sus contradictores, ¿cuál es su piedra de toque? Usted no pretende ser infalible y si erige su punto de vista

en doctrina, o en "línea", lo hace creyendo haber conseguido que sus compañeros de armas la compartan, en la medida en que la autocracia soviética permitió la elaboración de un pensamiento común. Ahora bien, esta medida, precisamente, ha sido muy débil. Y además, existe tal desproporción entre usted y sus partidarios, tal diferencia de medios y capacidades que sus éxitos en este terreno no equivalen a un verdadero acuerdo. Subyugar no es adoctrinar. Usted no desconfía suficientemente de su magnetismo, cuyos efectos no pueden resistir mucho tiempo a la presión de las grandes corrientes sociales y políticas. En realidad, por razones intrínsecas y extrínsecas, la oposición nunca tuvo esta "línea" continua a la cual se refiere usted como a un talismán. Decir que era heterogénea es demasiado poco, a decir verdad le hicieron falta los principios. Decididamente incapaz de sustraerse a las deformaciones generales del bolchevismo, a pesar de veleidades prometedoras, todavía las enriqueció con sus propios errores y contradicciones. Hasta la formación del "bloque" de 1926, era más marxista que leninista; al constituirse el bloque, predominó el leninismo. La "plataforma" colectiva, documento de compromiso, representaba ciertamente una etapa superior de su pensamiento con respecto a los problemas de la revolución rusa, pero, inversamente, una carencia frente a los problemas internacionales. La dislocación del bloque, previsible puesto que se había previsto, ilustró la validez de los famosos "criterios" y la fecundidad de su táctica. La pérdida continua de sus fuerzas no deja de ser instructiva. En vano se consuela usted con una ilusión a la frase de Lenin acerca de la ineluctabilidad de las rupturas y deserciones, mientras que los partidarios fieles se parecen como hermanos a los infieles. Las gentes que hablan en nombre suyo en diversos países darían una triste idea de la calidad del último cuadro de los irreductibles de la URSS si hubiera que juzgar a éstos con base en aquéllos. En Francia, nos hemos defendido contra sus invitaciones a imitar el modelo ruso (pues la oposición actúa exactamente como un pequeño Comintern) y nos encontramos bien por haber hecho imposible la conformación de un "bloque". Nos ahorra ejercicios sicológicos y literarios sobre los pretendidos capitulacionistas.

A fin de concluir provisionalmente sobre Brandler y Thalheimer, opondré de la siguiente manera mi criterio al suyo: dado el estado de la Internacional, hay que salvar en cada país lo que pueda salvarse para el futuro del socialismo, del comunismo y esto presupone en un principio sustraer los elementos sanos y los jóvenes a las direcciones de derecha o izquierda de "Moscú" para orientarlos a que sepan autodirigirse, arreglárselas sin instrucciones imperativas provenientes

del exterior, incitarlos a pensar su doctrina y a elaborar su política, a reagrupar para la acción de clase una verdadera élite de trabajadores. Si Brandler y Thalheimer contribuyen eficazmente a esta tarea, si ponen en pie un partido vivo que sepa defender a los obreros alemanes en la ingrata lucha diaria y prepararlos a caminar hacia el gran objetivo final, muy bien pueden equivocarse, como usted y yo, sobre el comité anglo-ruso o sobre el Koumintang; se harán hecho dignos, no obstante, del proletariado y de la revolución. Los juzgaremos, y nos juzgarán también, según los resultados.

"En última instancia, una línea política justa es la que decide", concluye usted. Depende. La mejor "línea" política no vale nada para la acción si sólo se concibe de una manera abstracta, si no expresa una voluntad colectiva avisada, si no dispone de individuos lúcidos para seguirla y que, en caso necesario, puedan modificarla. En otro texto, hablando de Rusia, dice: "son las clases quienes decidirán". Perdón. Si las clases hubieran podido decidir, hace tiempo que las clases campesinas habrían decidido contra nosotros, en un país donde, además de los campesinos propiamente dichos que representan más de los cinco sextos de la población, la mitad de los citadinos son semicampesinos de diversas maneras. Afortunadamente, la decisión es la resultante de intereses, actividades e influencias recíprocamente contrarrestados donde una fracción de clase más consciente y resuelta que las clases en general, puede dirigir el juego. Al fin y al cabo, prevalecerá la obligación de desarrollar las fuerzas productivas que puedan satisfacer las más urgentes necesidades de la sociedad. "La historia se hace de tal modo que el resultado final deriva siempre del conflicto de muchas voluntades individuales, cada una de las cuales es lo que es, a consecuencia de una infinidad de condiciones particulares; por ende, hay innumerables fuerzas que se entrecruzan, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas de los que sale como resultante el acontecimiento histórico, el cual puede considerarse como el producto de una fuerza que actúa, como un todo, inconscientemente y sin voluntad. Pues lo que cada quien quiere es contrarrestado por cada uno de los demás y lo que ocurre es algo que nadie quiso". Perdone esta frecuente referencia a los clásicos, pero sus fórmulas demasiado rígidas me obligan a ello y no he terminado. Hay tiempo para todo, tanto para los esquemas simplificadores como para los matices atenuantes; se trata de hacerlos intervenir oportunamente. Usted da, a menudo, excelentes lecciones de dialéctica, como cuando se dirige a los amigos de Sapronov, pero inmediata-

mente después recae en una escolástica formal; de ahí nuestros desacuerdos.

Entre las críticas que usted me hace, está aquella según la cual tengo tendencia hacia la desviación subjetiva al otorgar demasiada importancia al valor de los hombres y a la crítica de las ideas, como si la estructura económica y los factores de clases debieran dominar necesariamente todos los temas. Se trata de una vieja disputa anterior a mi modesto papel. El problema consiste en saber en qué límites y en qué momento se considera una cuestión. No tenemos que recordarnos mutuamente, todos los días, que los hombres hacen su propia historia bajo circunstancias determinadas; ya es suficiente tener que explicarlo constantemente a otros. En los periodos de estancamiento o inmediatamente después de los conflictos, en momentos en que las grandes mareas sociales no sumergen a las voluntades individuales, no se puede sino reconocer el lugar que ocupan los hombres y los grupos, en espera de que las clases y las múltiples fuerzas se pongan de nuevo en marcha. Puede hablarse de los hombres sin perder de vista a las clases y a las posiciones políticas; aquel que se refiere a cada momento a las clases, no necesariamente posee una justa concepción de clase. Entre marxistas, hay sobrentendidos que no necesitan hacerse explícitos. Podría sostener que muy a menudo usted exagera la importancia de las personalidades, como es el caso a propósito de los lamentables líderes tradeunionistas ingleses a los cuales atribuye tantas calamidades; pero usted se cree protegido detrás de algunos "desde luego", "es evidente", "naturalmente", y para que no se diga evoca al materialismo histórico, útil precaución con respecto a los numerosos contradictores desleales, pero vana para el lector amistoso, desinteresado y alerta. La actual inercia de las masas –puesto que se equivoca usted, a mi modo de ver, al hablar de su "izquierdización" o "radicalización"– nos llena de mediocres de los que sin duda nos libraremos a la primer sacudida; pero no es una razón para padecerlos mientras tanto, ni sobre todo para reagruparlos y otorgarles algún interés. Y con el pretexto de reducir los individuos a la porción congruente de acuerdo a su importancia histórica, no había que complicar nuestro trabajo mezclándolo con gentes "que no querían tirar su librea sino modificar su corte".

"La doctrina materialista según la cual los hombres son productos de las circunstancias y de la educación y, por consiguiente, hombres diferentes son productos de circunstancias y de una educación distintas, olvida que son precisamente los hombres quienes cambian las circunstancias y que el mismo educador debe ser educado". Lenin, que no era leninista, dio una prueba más de su clarividencia al caracteri-

zar en su "testamento" a los hombres del comité central entre quienes preveía que iba a librarse la lucha política. En una época que ofrece más de un punto en común con la nuestra, Marx escribía a Engels estas líneas que usted podría haber escrito a Racovski: "...Viejos camaradas desaparecieron, otros dejaron la lucha o degeneraron y los nuevos reclutas todavía no se dejan ver. Además, nosotros mismos sabemos el papel que desempeña la tontería en las revoluciones y cómo éstas son explotadas por canallas". Asimismo escribía a Sorge, en un momento en que la I Internacional se hallaba en un estado relativamente semejante al de la III de hoy: "en vista de la situación en Europa, sería útil por el momento dejar que se borre la organización formal de la Internacional y, de ser posible, no abandonar el centro de Nueva York únicamente para que idiotas o aventureros no puedan adueñarse de la dirección y comprometer la causa". Veintitrés años antes, él mismo, otra vez, había dicho a la Liga de los Comunistas: "tienen que sostener luchas sociales durante quince, veinte, cincuenta años, no sólo para cambiar las condiciones sociales sino para cambiarse a sí mismos y volverse dignos del poder". Así es como entiendo la cuestión de los hombres, sin abstraerla de ninguna otra y por eso desapruebo su actual conducta hacia los comunistas occidentales; me parece que ilustra un proverbio oriental según el cual "más vale un ejército de burros dirigidos por un león que un ejército de leones dirigidos por un burro". Ahora bien, el partido no es un ejército sino en determinados momentos de la historia e incluso, en tiempo de paz, un ejército se transforma en escuela y, en la guerra moderna, aun civil, los ejércitos no se parecen a las hordas del proverbio. Por otra parte, a título de contradicción suplementaria, usted denuncia la exclusión de los militantes más experimentados de nuestro movimiento: "casi no queda un solo país donde el partido comunista tenga a su cabeza los revolucionarios que lo dirigían en vida de Lenin. La mayoría ha sido excluida de la Internacional". "Después de la muerte de Lenin, casi todos los participantes influyentes en los primeros cuatro congresos fueron separados de la Internacional". Vuelve varias veces sobre esta observación (aunque excluya una vez más a estos excluidos, a causa de su no conformismo a propósito del Kuomintang). En el IV Congreso de la Internacional, donde exhaló su supremo consejo con sus últimas fuerzas, el último grito de Lenin fue: "Aprender". Sí, los individuos que se creen llamados a dirigir al proletariado antes que nada deben aprender, tal como los adjuraba hacerlo Lenin, transformarse a sí mismos y volverse dignos de la tarea, como lo aconsejaba Marx. Esto es lo que el *Boletín comunista* en vano intentó hacer comprender en Francia a una oposición

que prefirió, bajo la influencia de la oposición rusa y el veneno del leninismo, rebajarse al nivel del partido que la excluyera y cuyo miserable destino compartirá.

Todos sus razonamientos sobre el presente de los partidos comunistas y de las oposiciones en Europa central y occidental padecen de una enorme laguna: el olvido del hecho esencial de la época para el movimiento revolucionario, a saber la exterminación de diez millones de hombres, en su gran mayoría proletarios y la desmoralización de cuarenta millones de sobrevivientes, lastre que paralizará por mucho tiempo aun nuestra acción. En Francia donde la población masculina válida fue movilizada casi en su totalidad y el porcentaje de las pérdidas considerable, el fenómeno me parece de lo más sensible, apenas atenuado por el mantenimiento en retaguardia de los obreros de la industria militar; los cadáveres físicos y los cadáveres morales –pues el superviviente del frente y el privilegiado del interior generalmente están perdidos para la revolución y, en el mejor de los casos, se orientan hacia el socialismo pacífico– aplastan nuestros reducidos círculos. Solamente ahora hacen sentirse fuertemente las consecuencias físicas de la guerra, de las que no se podía tener una idea exacta inmediatamente después del armisticio. Es preciso trabajar para acoger y ganarse a las nuevas generaciones de energía intacta y no agotarse en galvanizar elementos desencantados, apoltronados o corrompidos. Los escasos marxistas revolucionarios no desanimados y madurados por la adversidad sólo pueden aspirar a un papel de trasmisores; ya sería mucho asegurar la continuidad de nuestro pensamiento, nuestras tradiciones, nuestra cultura y entregar a los jóvenes la antorcha trasmitida por nuestros mayores. Estas son las ideas que sostuve en contra de la mayoría de los camaradas de la oposición desde el principio de nuestra crisis de 1924, sobre todo contra todos los oposicionistas rusos, añadiendo que nuestro marasmo duraría aproximadamente unos diez años, cosa de la que no tengo razones para desdecirme.

Cada día transcurrido desde hace cinco años, o sea la mitad del tiempo previsto, ha confirmado mi convicción. Nuestras crisis internas, las escisiones, las deserciones, la pulverización de nuestro movimiento me dan siempre la razón contra todos aquellos que cuentan fuera de lugar historias de izquierda y derecha y de influencias de clases cuando precisamente lo que hace falta son las influencias de clases. Quiero recordarle otro fragmento de la carta ya citada de Marx a Sorge: "los acontecimientos, la evolución y el enmarañamiento inevitables de las cosas se encargaron por sí mismos de la resurrección de la Internacional bajo una forma superior. Entre tanto, basta

con no abandonar por completo el vínculo con los más capaces en los diferentes países". Esto fue escrito después de la caída de la Comuna. Unos veinte años antes, la derrota de 1848 había sugerido a Engels las reflexiones que usted conoce: "pues bien, si hemos sido vencidos, todo lo que tenemos que hacer es volver a empezar por el principio y el respiro, probablemente de corta duración, que nos es acordado entre el fin del primer acto y el inicio del segundo afortunadamente nos deja tiempo para una tarea de las más útiles: el estudio de las causas que provocaron a la vez la reciente revolución y su derrota..." Usted comprenderá que no utilizo estas citas como respuestas ya hechas a las cuestiones actuales sino que, por el contrario, las apunto en apoyo de mis propios argumentos. Cada quien puede matizar su interpretación.

Conservar los vínculos con los mejores hombres de los diversos países, aun de diferentes tendencias, sin anhelar crear una prematura organización internacional, hasta la inevitable resurrección que aceleraremos con nuestro trabajo; volver a empezar por el principio a favor de una tregua que será larga, estudiar las causas de nuestros reveses, prever el futuro renovado de vigor, ponerse a trabajar en las investigaciones de larga duración, preparar una generación nueva, he aquí el sentido general de una tarea válida para los revolucionarios incorruptibles, entre dos grandes convulsiones del orden capitalista. Considere que ni siquiera tenemos alguna obra seria acerca de la revolución alemana, tampoco de la revolución sovietista de Bavaria, ni de la revolución húngara. ¿Y sobre la revolución rusa? Uno tiene que cansarse leyendo docenas de volúmenes denigrantes y apologéticos igualmente incomprensibles y serviles para sacar algunos datos útiles y esto casi exige especialistas. En el III Congreso de la Internacional, al hablar de la revolución europea, expresaba usted: "en 1919, nos dijimos: es una cuestión de meses; ahora nos decimos: es una cuestión de años". Hoy está claro que se trataba de una cuestión de decenas de años y esto no puede sino influir sobre nuestro trabajo. Cuestión de decenas de años, pues aun cuando la crisis de sobreproducción y no es necesario ser un gran economista para ver que se aproxima, nos valiera una conflagración general y esto no es inminente, está fuera de duda que no habría por lo pronto partidos comunistas lo suficientemente homogéneos y conscientes como para hacer frente a los acontecimientos. Sabemos por experiencia para qué son buenas las actuales secciones de la Internacional, formadas mediante una selección al revés: sólo sirven para desacreditar al comunismo y retrasar el nacimiento de partidos conformes a la "misión histórica del proletariado".

Lo difícil reside en tomar en cuenta las realidades sin adaptarse a ellas. Pero el más rebelde al aburguesamiento no forzosamente es aquel que denuncia con énfasis al observador de sangre fría. Y el anunciador cotidiano de la tempestad, además de que lo desacreditan los días de calma chicha —como estos meteorologistas cuyos avisos acaban por ser interpretados al revés—, corre el riesgo de cansarse justamente a la hora en que se produce el acontecimiento tantas veces presagiado en vano. Camille Desmoulins manifestaba su desaliento frente a la apatía de los parisinos en la víspera del 14 de julio. Proudhon en 1847 demostraba que la era de las revoluciones había pasado para siempre, mientras que Marx predecía el '48. En octubre de 1870, Bakunin abandonaba Francia y escribía: "Ya no tengo ninguna fe en la revolución en Francia, este pueblo ya no es revolucionario en absoluto"; la Comuna tuvo lugar sin él. Me gusta la imagen de Rosa Luxemburgo quien comparaba a las masas populares con el mar tranquilo y al revolucionario lúcido con el piloto capaz de prever el oleaje. Cierto, con usted el proletariado mundial tiene un dirigente indomable y sabio, que siempre estará listo para la lucha. Pero hay que dominar el temperamento que induce a tocar paso de carga en el momento en que debería batirse en retirada. La dialéctica de nuestro movimiento no es una filosofía de la ofensiva y me parece luminosamente expresada en la sentencia de Goethe: "no basta con dar pasos que deben algún día llegar a la meta, cada paso debe ser en sí una meta a la vez que nos lleva hacia adelante".

¿Hemos aprendido algo desde Marx y Engels, enriquecido nuestra doctrina, perfeccionado nuestros métodos? ¿Qué lecciones somos capaces de sacar de los grandes acontecimientos de este siglo: el reparto del mundo por los imperialismos, el despertar de los pueblos orientales, la guerra mundial, la adaptación del socialismo internacional a la legalidad burguesa, la revolución en Rusia, en Alemania, en Austria-Hungría, la dictadura revolucionaria en Rusia y la dictadura reaccionaria en los demás países agrarios, la balkanización de Europa, la supremacía económica de Estados Unidos, el nacimiento y el desmoronamiento de la Internacional comunista, la revolución china, la crisis del Imperio británico, los gigantescos progresos de la ciencia y la técnica? ¿Dónde están nuestras soluciones para los problemas que se plantean bajo nuevos aspectos y que son consecuencia de todos estos hechos, el de los ciclos de crisis, de la expansión de los mercados, del desempleo, de la racionalización, de las clases, del crecimiento absoluto de la parte del proletariado en el producto total

a pesar de su decrecimiento relativo? Nuestra literatura con su línea y sus análisis chapuceros, sus afirmaciones pedantes, sus previsiones ligeras, no responde a nada. ¿Tendrá Wall Street la posibilidad de imponer, aunque sea durante algún tiempo, una paz sobre el Pacífico y el Atlántico, como la de Roma sobre el mundo mediterráneo? ¿Y los viejos Estados capitalistas de Europa ya no tienen otro recurso para asegurar su tasa de ganancia que el de abrir por la fuerza los mercados de oriente europeo y asiático? Por más que los agoreros de Moscú, de derecha e izquierda, anuncien cada día la inminencia de la guerra desde hace años, esta alarma facticia no podrá hacer las veces de política internacional por mucho tiempo. (Hace cuatro años, descarté brevemente la tesis vaga y demasiado absurda de una guerra próxima preparada por Locarno, y refuté más detalladamente, dos años después, la tesis más precisa de la oposición rusa, compartida por los dirigentes, de la guerra contra la Unión Soviética como única salida para Inglaterra para resolver una crisis industrial. Es posible que estas opiniones sean las de un "derechista", pero los acontecimientos han confirmado su justeza mientras que las alertas dichas de "izquierda" revelan ser simples divagaciones). Hubiese preferido discutir con usted acerca de estos problemas del porvenir, en lugar de volver a las cuestiones del pasado, con todo y el interés que aún conservan y que en sus escritos muestran ser el centro de sus preocupaciones. Por lo menos espero que las explicaciones retrospectivas no perjudicarán las posibilidades futuras de trabajo y acción comunes.

En cuanto al presente, me parece dominado por un "momento" esencial sobre el que tengo algo que decirle, a pesar de los inconvenientes de una formulación demasiado concisa. De todo el gran esfuerzo revolucionario de la época, sólo nos queda el Estado soviético (y si se quiere, el balance pasivo de la Internacional comunista que enseña la manera como no se debe organizar y dirigir al proletariado). La existencia de este Estado nos obliga a concebir una política y una táctica generales conformes a sus intereses, los cuales no pueden contradecir los del movimiento obrero internacional; en ningún caso la alternativa puede ser la de tener que sacrificar unos a los otros y si las contradicciones de la situación llegan a presentar esta apariencia, son los del Estado soviético los que deben prevalecer, a condición de que se los haya comprendido cabalmente y que se tenga plena conciencia de lo que se hace. El actual dualismo entre la política de la Internacional y la del Estado soviético, si persiste incluso bajo una máscara de identidad, llevará una y otra a la tumba. Creyendo dar pruebas de revolucionarismo intransigente, la oposición se equivoca al subordinar necesidades tangibles del Estado so-

viético a las necesidades dudosas de algún episodio de aspecto revolucionario en otro lugar. Para el conjunto del movimiento obrero internacional, no hay nada más importante que los éxitos económicos del Estado soviético, cuyo capitalismo de Estado significa la primera tentativa por organizar la producción sin apropiación privada; este capitalismo de Estado no es el socialismo, pero presenta un progreso indiscutible sobre el capitalismo imperialista, si no en su realización, por lo menos en sus tendencias. La oposición debería hacer pasar la voluntad de trabajar a su servicio antes de la aspiración a volver a ingresar al partido, pues su posición actual la reduce a un inútil heroísmo sin servir ni al partido, ni al Estado. Nuestro error común fue el de querer, bajo la influencia de usted, reintegrarnos a un partido en donde no hay lugar para marxistas y el error más específico de la oposición rusa es de perseverar en eso, unos lográndolo individualmente mediante la claudicación, otros creyendo lograrlo en grupo mediante un martirio del que esperan el despertar del proletariado. Estoy seguro de que un Lenin no hubiera caído en este romanticismo y hubiese preferido, a la literatura de un incierto homenaje otorgado por una vaga posteridad, la más pequeña posibilidad de trabajo práctico en provecho del proletariado, sin retractarse en absoluto de sus ideas, sin renunciar a nada de sus proyectos. Saber esperar es tan necesario como poder combatir y aun es posible callar sin perder la facultad de actuar así como puede darse la ilusión de la acción agotándose en palabras. Por más inverosímil que pueda parecer a un comunista ruso, uno puede ser útil a la revolución sin ser miembro del poliburó, ni del comité central, ni del partido. No hace falta el trabajo. El camino más corto hacia el renacimiento del partido, entre otras eventualidades, puede no pasar por el partido. También hay que coordinar el trabajo de los hombres y la obra del tiempo y suputar las fuerzas silenciosas. Considérelo, mientras quede en pie en Rusia un valiente equipo decidido a resistir y que se dispersará por todos lados si usted no toma, por medio de una inteligente retirada, la iniciativa de salvarla para nuestro porvenir.

B. Souvarine

RESPUESTA DE L. TROTSKI A B. SOUVARINE

Constantinopla, 3 de julio de 1929

Camarada Souvarine:

Su extensa carta o, mejor dicho, su folleto, me proporciona las precisiones necesarias. No veo que quede todavía algo de los lazos que nos unían hace algunos años. Si le contesto con la presente, no es por piedad hacia el pasado, sino a causa de la necesidad política de decir que el futuro nos opone de manera irreconciliable.

No encuentro en su carta casi ninguna idea que sea justa y fundamentada en la doctrina marxista y los grandes hechos históricos. No puedo deshacerme de la impresión de que la pluma de un periodista descontento lo guía y le insinúa sus paradojas. Además, éstas no son nuevas. Yo podría citar muchos casos en que la deserción revolucionaria se adornó de fórmulas análogas, a excepción tal vez de la habilidad periodística y la riqueza de citas.

No tengo ni la posibilidad ni el deseo de analizar las complicadas cadenas de sus paradojas y sofismos. Me ocuparé de un solo ejemplo, pero totalmente suficiente ya que se trata de la cuestión más importante.

Usted trata al partido y la Internacional, incluida la Oposición, como si fuera un cadáver. Según usted, el gran error de la Oposición rusa consiste en insistir en tratar de influenciar al partido y contemplar una posible reintegración en su seno. Por otro lado, caracteriza la economía soviética como capitalismo de Estado como si fuera un gran paso hacia adelante y exige que la oposición en lugar de interesarse en el partido se ponga al servicio de este capitalismo de Estado.

Con ello pone el ejemplo de un análisis que parte de las palabras y no de las nociones, sólo para desembocar en palabras sin contenido.

El capitalismo de Estado –conservo su fórmula– significa que la industria y los transportes nacionalizados guardan su carácter "estatal" exclusivamente por el partido. El aparato estatal y el aparato

de los mismos trusts, está compuesto por tendencias centrífugas. No exagero si digo que, de diez, nueve de los elementos que componen los aparatos económicos serían muy felices si pudieran transformar los trusts en empresas más o menos independientes del Estado, para convertirlos, en una segunda etapa, en empresas privadas.

Por otra parte, si no estuvieran controlados por el partido, los sindicatos estarían completamente dispuestos e inclinados a desencadenar una lucha sindical fuera de cualquier consideración estatal y del plan quinquenal. A aquel que no hace un periodismo superficial sino que manipula realidades, nunca podría ocurrírsele la idea de servir a la economía soviética ignorando al partido y fuera de los medios del partido o de una fracción. El capitalismo "estatal" vive y muere con el partido. Y la mejor prueba de ello consiste en el hecho de que la economía soviética sufre cada día la influencia de la Oposición reflejada y desfigurada por el aparato estalinista.

Su idea de que se puede servir a la causa del proletariado fuera del partido ni siquiera es lo suficientemente madura para que pueda denominarse sindicalista. En la presente etapa, sólo significa la deserción de la organización marxista. Durante la contrarrevolución en Rusia y al principio de la guerra imperialista, se oía a menudo esta filosofía que representa el remate de su carta: "hay que callar y esperar". Esto siempre significa que se está cambiando la chaqueta.

Estoy seguro de que mañana usted no callará. Pasará al otro lado de la barricada. Desde un punto de vista teórico ya se encuentra ahí.

Se registra un hombre al agua y se pasa a la orden del día.

L. Trotski

NOTA DE BORIS SOUVARINE

En suma, al evitar contestar a los argumentos adelantados por su corresponsal, Trotski concentra su razonamiento sobre "un solo ejemplo" que cree decisivo, el de la identidad entre el partido único y el Estado totalitario. Ahora bien, si alguien escribió mil veces una verdad tan poco controvertible, ésta es la persona a quien se dirige Trotski. Esto no impide que en el régimen soviético, la multitud de los individuos no miembros del partido están al servicio del Estado. En particular, los comunistas excluidos del partido encontraron todos un empleo para ganarse la vida en cualquier institución del Estado soviético.

Después de mi propia exclusión, en 1925, trabajé en las Ediciones del Estado (*Gosizdat*) al lado del director, N.L. Mechtcheriakov, quien me confió entre otras cosas la tarea de prologar dos libros de Pierre Hamp. Dicho sea de paso, ahí tenía como colega de oficina a D.A. Furmanov, el autor de *Tchpaiev*, relato que se volvió célebre diez años después cuando se hizo con él una película famosa. Furmanov era por decirlo así un trotskista discreto, taciturno, muy reservado y si simpatizó espontáneamente conmigo y me habló de manera confidencial, fue en razón de mi desgracia como expulsado de quien compartía las opiniones y los sentimientos. El también se indignaba, pero secretamente, asqueado por los medios puestos en marcha para desacreditar y aplastar a Trotski, sin suscribir por ello las "tesis" pedantes a las cuales no daba mayor importancia. Si no se pronunciaba en voz alta, como tantos otros comunistas sinceros desamparados frente al espectáculo de la maquinación en curso, esto se debía a la certidumbre de la impotencia y a la preocupación por no expresarse sino en el momento oportuno, con alguna esperanza de hacerse entender. Tuvo la suerte de morir en 1926, antes de asistir a los horrores del stalinismo y de ser también su víctima.

A mi regreso a Francia, trabajé en 1925 para el Instituto Marx-Engels, otro establecimiento del Estado soviético, creado por Lenin

para dar a D.B. Riazanov las más amplias posibilidades de trabajo intelectual a su altura, al margen del partido. Los heréticos de toda especie pululaban en esta institución agradable y seria. A cada crisis comunista seguida de revocaciones y exclusiones, Riazanov se frotaba las manos e ironizaba con malicia: "voy a poder reclutar nuevos colaboradores de talento... Somos una especie de Salón de los Rechazados..." Aún hablaba sin rodeos, resistió dos veces a Stalin cuando éste exigió mi despido y sólo obedeció a la tercera intimación cuando sintió que Stalin iba a reaccionar bestialmente. Nunca debe perderse de vista las fechas en que ocurrieron estos hechos. En 1929 nadie preveía de lo que Stalin iba a ser capaz y él mismo sólo se atrevió paso a paso, estimulado por la impunidad obtenida a cada etapa de su ascenso despótico. Entre el momento (1926) en que Riazanov resistía a Stalin argumentando de manera exagerada: "Souvarine es irremplazable" (*niezamenimyi*) y el día (1931) en que Stalin hizo deportar a Riazanov y a su esposa, cinco años siniestros habían transcurrido, apenas empezaba el terror que no iba a alcanzar su paroxismo sino hasta 1934, después del asesinato de Kirov a manos de los esbirros de Stalin.

Así pues, Trotski descubre el Mediterráneo al identificar el Estado con el partido, pero cuando condena "la idea de que se puede servir a la causa del proletariado fuera del partido", se pregunta uno a qué viene su retórica puesto que todavía consistía un raro privilegio el poder anatemizar a Stalin, desde Constantinopla o México, mientras estaba fuera del partido e incluso fuera del país soviético. Pero, ¿quién de sus compañeros de armas confinados en el imperio de Stalin podía hacerlo? Si hubiéramos sabido en 1929 el destino que les reservaba el porvenir, la única alternativa que les habríamos podido ofrecer era el suicidio o la evasión, la emigración como bajo el zarismo, pero esta vez fuera de la "patria socialista" que hasta su muerte Trotski se obstinó en definir como un "Estado proletario". ¿Quién podía preconizar un suicidio colectivo en 1929 o una fuga imposible en las condiciones soviéticas? En cuanto al "ejemplo de un análisis que parte de las palabras y no de las nociones, sólo para desembocar en palabras sin contenido", le toca al lector descubrir en cuál de las cartas publicadas se encuentra.

Es exacto que ya veía yo "al partido y la Internacional, incluida la Oposición, como un cadáver" y en absoluto tengo la intención de desdecirme de ello treinta y cinco años después. Puesto que si hacemos abstracción de la Internacional y de la Oposición que Stalin se quitó de encima con una crueldad abominable, el partido que sigue existiendo en apariencia ya no es el de Lenin, sin que haya lu-

gar a duda. El partido de Lenin murió poco tiempo después de la erección del mausoleo de la Plaza Roja y la III Internacional compartió su suerte. Puede entenderse por qué en Moscú se prohibe el acceso a los archivos que encierran la verdad sobre este capítulo de historia.

Sin duda cuesta trabajo leer los textos precedentes colocándose en el estado de ánimo de los autores en la época en que escribían: en 1929, Stalin aún no había transformado el régimen soviético en tiranía personal de pesadilla y nadie todavía discernía en Hitler la encarnación de una fuerza que iba a modificar el curso de la historia. A una distancia de treinta y cinco años, no puedo desaprobar las críticas esbozadas entonces en mi respuesta a Trotski en contra de las diversas fracciones del comunismo y que no dejé de justificar, acentuar, en todos mis escritos posteriores a la luz de los hechos nuevos y de todo lo que contribuye a la madurez intelectual. Lo que desapruebo, desde la controversia de que se trata, es la fidelidad ingenua al marxismo, a sus reglas estrictas, a su lenguaje convencional, sin por ello identificarlo con el comunismo soviético, ni hacer de Marx el responsable de todas las desgracias causadas por los falsos discípulos de los cuales tuvo la lucidez de desolidarizarse de antemano. Aclaración que presenta aparentemente un interés limitado a una biografía individual, pero que en realidad se extiende a toda una generación política. Pero el hecho de que el trotskismo sea de nuevo ruidosamente puesto en tela de juicio en el conflicto entre los dos principales Estados que reivindican la herencia doctrinal de Lenin, confiere indiscutiblemente una reactualización de las ideas emitidas por el intransigente teórico de la "revolución permanente" proscrito bajo el régimen del que había sido uno de los principales fundadores.

B. Souvarine

Indice

Índice

Se terminó de imprimir el día 23 de noviembre de 1983 en la Imprenta de Juan Pablos, S. A., Mexicali 39, 06100, México, D. F. 2,000 ejemplares más sobrantes para reposición.

Este libro consta de cuatro cartas de León Trotski: la primera dirigida a sus camaradas a propósito de los diversos agrupamientos de la oposición comunista; la segunda y la tercera destinadas a Boris Souvarine discutiendo temas de actualidad y la cuarta donde Trotski hace más precisiones sobre Brandler-Thalheimer y es dirigida a un destinatario no identificado.

Continúa con una extensa respuesta de Souvarine en la que se explaya, entre otros temas, sobre el problema del leninismo y el partido; misma que es brevemente contestada por Trotski y es ahí donde se registra la ruptura casi definitiva entre ambas líneas políticas.

Finaliza con una nota de actualización de Boris Souvarine.

Boris Souvarine, nació en 1895, socialista francés durante la Primera Guerra Mundial, corresponsal en París de La Nueva Vida (cotidiano publicado por Máximo Gorki en Petrogrado), uno de los fundadores del Partido Comunista Francés, después uno de los secretarios de la Tercera Internacional. Como tal, colaboró con Lenin, Trotski, Zinoviev, Bujarin, Radek, Racovski, Clara Zetkin, Gramsci, Bordiga, etc., antes de ser excluido de esa organización por "indisciplina". En seguida corresponsal en París del Instituto Marx-Engels, entonces bajo la dirección de David Riazanov, de quien era amigo. Excluido del Instituto, se hizo corresponsal del Instituto de Historia Social de Amsterdam. Colaborador de la Enciclopedia Británica y de la Enciclopedia de Ciencias Sociales. Fundador y director de la revista La Crítica Social, después también del Contrato Social.